MARTÍN SOLARES

Una noche en la selva



RANDOM HOUSE

Una noche en la selva

MARTÍN SOLARES

Una noche en la selva



RANDOM HOUSE



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Parte de esta novela se escribió con el apoyo de una beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Ésta es una obra de ficción.

Una noche en la selva

Primera edición digital: septiembre, 2026

D. R. © 2026, Martín Solares

D. R. © 2026, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y copyright. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o

préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-387-820-3

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

A Mateo, Mariana y Joaquín, para que no olviden estas historias

A Doré Castillo

Entre 1943 y 1984, el poeta inglés Edward James usó la inmensa fortuna de su familia para construir en cuarenta hectáreas de la selva potosina decenas de esculturas imponentes, excéntricas, caprichosas, divertidas, sobrecogedoras, las cuales conforman el majestuoso jardín conocido como "Las Pozas", junto al pueblo de Xilitla. Con ayuda de los habitantes de las cercanías, de sus secretarios mexicanos y de los surrealistas que habitaban en México, James construyó no el esplendor, sino las ruinas de una civilización imaginaria, y decidió que, lejos de protegerlas del entorno, sus creaciones sufrirían la invasión de las raíces, las ramas y el follaje de los árboles e incluso la posibilidad de ser devoradas por el olvido.

Sólo una vez al final de su vida, en el transcurso de una fiesta que duró tres días seguidos, James aceptó que grabaran su voz en una grabadora profesional. Allí contó su vida, obra y aventuras en siete cintas de audio. Durante mucho tiempo soñé con escuchar esas cintas, pero cuando me acerqué a la persona que las resguardaba, me enteré de que se habían borrado por accidente hace años. Decepcionado de semejante pérdida, pero decidido a escuchar la voz de James, investigué cada hecho histórico, cada rumor, cada leyenda, a fin de reconstruir el contenido de las cintas mediante una novela: éstas son las historias que Edward James quizás contó, pudo contar o me gustaría que hubiese contado a quienes le preguntaban por sus aventuras.

1
Un millonario conoce a una bailarina

Lo primero que vamos a averiguar es si el fantasma soy yo o eres tú.

Dices que yo me manifesté aquí en cuanto entraste y yo creo que el aparecido eres tú, que saliste de la nada y te paseas a tu gusto por mi casa, por mi sala, por mis libros, como si fueras el dueño de este jardín. Y ahora que te dirijo la palabra no sabes cómo reaccionar. ¿Qué debemos hacer si nos topamos con un fantasma? Lo mismo que haríamos al hallar un jaguar a mitad de la selva.

Una vez, luego de una larga noche de fiesta en el pueblo, desperté en esta misma casa con una sed perentoria. Como no había gota de agua a la vista, tomé una jarra de agua y me fui hasta el río a pie. Me inclinaba sobre el arroyo a eso de las cinco de la madrugada cuando sentí que el cabello de la nuca se me erizaba por completo, como si quisiera huir de mi cuerpo. Alcé la vista y vi a un extraño animal a siete pasos de mí, del otro lado de la corriente, en el punto menos profundo de las pozas. Al principio pensé que era un perro labrador muy desarrollado y bastante sucio, pero cuando vi el tamaño, las manchas, el movimiento sinuoso de la cola, similar a una serpiente, y sobre todo su olor, un olor espantoso, el de un ser que vive de matar a otros animales, comprendí que no era un bonito perro doméstico, sino algo más peligroso, que podría alcanzarme de un salto. ¿Tú has visto un jaguar cara a cara? Me refiero a un jaguar de la Huasteca potosina, capaz de atrapar entre sus fauces a un burro y saltar hasta la copa de un árbol para devorarlo. Sus ojos eran esmeraldas del tamaño de un puño; las quijadas, dos prensas para triturarlo todo, huesos incluso; su cabeza, una mole redonda, que no podría abarcarla con mis brazos, como esas esculturas que hacían los antiguos moradores de este país: exacto, una cabeza olmeca, eso quise decir. Cuando ves las cabezas olmecas, tan altas como un ser humano, de labios gruesos y colmillos tan gordos como un cuchillo de obsidiana, entiendes que esos escultores sabían lo que significaba toparse de frente con un jaguar. El animal que encontré tenía extendidas las garras, así; extendida la lengua descomunal, así, y se disponía a beber un sorbo de agua cuando yo llegué con mi jarrita. Por fortuna, mi cuerpo fue más listo que mi cerebro. La bestia y yo nos vimos a los ojos por menos de un

segundo, y ¡pum!, huimos en direcciones opuestas, como dos cohetes asustados de encontrarse. Fue la primera y última vez que se toparon un jaguar y un surrealista. El jaguar se perdió en el follaje y yo trepé de un salto esa parte de la montaña que es casi vertical, algo que sería imposible de escalar para mí en circunstancias normales, pero lo hice y corrí a encerrarme en mi casa. Vaya, hasta perdí mis huaraches y no he vuelto a ver esa jarra. Era una jarra de cristal muy bonita, que me había regalado la reina Isabel. Bueno, pues allí la perdí. Eso ocurre ante un jaguar o un fantasma.

La segunda manera de reaccionar frente a una aparición consiste en ceder al espanto: estás tan asustado que no te puedes mover, y te quedas allí mientras se producen las cosas delante de ti, y tú las miras sin respirar, con cautela, en estado de alerta. No sabes qué va a pasar, pero no puedes moverte; sabes que viste algo, y ese algo te vio a ti también. Estás petrificado de miedo, y la tensión crece y crece, porque no sabes quién es el otro ni por qué se encuentra ahí, qué tipo de puerta hacia el otro mundo se abrió y qué va a suceder, como le ocurrió a André Breton cuando se topó, en distintos rincones de Francia, con un fantasma femenino que lo miraba con odio y lo amenazó con uñas afiladas como garras…*

No sé qué vas a hacer tú, pero yo me voy a sentar; si quieres hacer lo propio ahí junto a ti hay un sillón rojo. Sólo asegúrate de que no haya alacranes instalados: hay uno, de color negro, que me sigue por todos lados últimamente. Y también te sugiero que no me pierdas de vista, como no te pierdo yo a ti, mientras decidimos qué hacer.

Insisto: será mejor que te pongas cómodo, porque la noche en la selva pone a prueba a cualquiera. ¿Tuviste un escalofrío? Para tu información, lo que sentiste en la piel y que te estremeció tanto es esa mole monstruosa que puedes admirar por la ventana. Mira, mira a ese gigante que baja serpeando por los cerros: es la niebla. *Sólo la niebla*, señor*,* como dijeron cuando llegué aquí: sólo la niebla huasteca. Todas las tardes la niebla se esparce por estos cerros, y cuando los ha cubierto por completo se alza y desciende, se alza y

desciende, como si estuviese hirviendo a su ritmo o, mejor dicho, como si tratara de hacer una reverencia o dirigir una oración silenciosa a un dios extraviado hace muchos siglos. La ves aparecer tras los cerros, recubrir la selva y recorrer este pueblo casi por completo, como si sufriéramos una inundación de nubes en cámara lenta. "Bosques de niebla", los llaman: no quedan muchos en el mundo; yo diría que son un verdadero milagro, como los que hubo en los mejores cuadros de Dalí… Salvador Dalí, el pintor catalán: ¿no has oído hablar de él? Eso que sentiste en la piel fue el beso de la niebla. ¿No tienes nada que decir? Uy, amigo: necesitarás un milagro para demostrar que estás vivo. Que yo lo estoy me consta, pues sobreviví a un atentado mortal. No todo el mundo ama a los artistas en este país.

Hace dos semanas, cuando supervisaba los avances en la construcción de Las Pozas, me dirigía a mi casa en la selva cuando un tronco, que había sido cortado por los albañiles, rodó desde lo alto del cerro y vino directo hacia mí. Todo fue simultáneo: oí la mole caer, vi un torbellino verde que arrastraba a las plantas en su trayectoria, y me petrifiqué. El tronco rompió todo lo que encontró en su camino y yo pensé: *Ha llegado la hora de morir*. Por fortuna chocó con una ceiba, que lo paró en seco, pero en el impacto se le desprendió una rama, que voló por los aires y me golpeó con tanta fuerza que me desmayé. Me dio aquí, en la espalda.

Cuando recuperé la conciencia no podía mover las piernas. Los leñadores que trabajaban en la terraza improvisaron una camilla, me cargaron y me bajaron hasta la carretera. Mi secretario me recostó en la parte trasera de su jeep y me llevó al Hospital de Ciudad Valles. Una semana después me trajeron de regreso y me instalaron aquí. Mi secretario, que fue a examinar el lugar del accidente, concluyó que alguien había aflojado las cadenas y las soltó al verme pasar. Que fui muy afortunado, porque el atacante sólo logró arrojar uno de los troncos, el que chocó con la ceiba, y no otros doce, que estaban arracimados ahí. Desde entonces no he dormido una noche: paso el tiempo sudando, convencido de que alguien me quiere matar. Tú pensarás: ¿quién querría matar a un artista como este señor, que viste como un fracasado? Pero no soy un fracaso, eso es

muy injusto conmigo: soy por lo menos tres fracasos paralelos. He escrito poemas, fui mecenas de artistas, invertí en arte… Ahora que lo pienso, aquí en la Huasteca hay una persona que se alegraría de mi muerte: cierto vecino que quiso comprar este rancho. Como dirían en las novelas policiales: tan sólo sigue el dinero y encontrarás al culpable. Aunque me temo que en esta historia el sospechoso soy yo, pues, al igual que Peggy Guggenheim, siempre he tenido problemas por culpa de mi fortuna.

¿Escuchaste ese trueno? Si yo fuera tú, me alejaría de la ventana y me sentaría en esta parte de la sala. No te imaginas los destrozos que puede provocar la lluvia en unos segundos. El miedo esencial que sienten los niños nos invade al oír el primer trueno en la selva huasteca, y con toda razón. A veces un trueno desgaja una parte de las laderas y la tierra arrastra casas, vehículos, personas y animales. El paisaje cambia todo el tiempo por culpa de los truenos. Un árbol que amabas aquí de repente se encuentra allá, en un pueblo lejano, a muchos kilómetros de distancia, porque un trueno lo desgajó y se lo llevó la tormenta. Un caminito de piedra, caro y difícil de construir, desaparece en una noche, como si la selva se tragara el dinero. Y las plantas, incluso las esculturas de plantas, pueden ser aplastadas por un pedazo de cerro o un árbol y convertirse en una ruina auténtica en un parpadeo. A diferencia de lo que ocurre en las ciudades, aquí en la selva nadie visita dos veces el mismo rincón. Lo saben quienes viven en Xilitla, y lo sé yo, que he reconstruido mis casas y mis esculturas decenas de veces. Hay que amar mucho este pueblo para vivir aquí. Leonora dice que siempre estoy reconstruyendo una parte de Las Pozas, y una parte de mi persona. Y tiene toda la razón. Cuando yo llegué a este pueblo, estaba hecho una ruina a nivel emocional. ¿Cómo llegué aquí? Por lo único que vale la pena vivir. Me volví jardinero por una historia de amor.

Me extraña que no lo sepas, si alguien llega hasta acá es porque algo sabe sobre mi persona… Para la familia real soy una vergüenza; para mi exesposa soy un criminal; para mi contador, un manirroto imperdonable, y para el servicio británico de impuestos, un evasor fiscal. Para mis amistades, un millonario, un excéntrico y un loco. ¡Hasta Dalí lo dijo una vez! Si Dalí lo dijo, eso equivale a un

certificado de excentricidad. Y no es por la relación que tengo con mi dinero, ni por las esculturas que hice en la selva, sino por ciertas manías, como mi adicción al papel higiénico y a las toallas de papel desechable: necesito limpiar lo que voy a tocar, le tengo pavor a las bacterias, como le ocurría a Howard Hughes. Sólo mi querido Salvador Dalí, que tampoco era muy normal que digamos, dijo que no era para tanto: que yo soy tan sólo un poeta inglés con una fortuna infinita. Pero no quiero hablar del dinero, ni del papel. Prefiero hablar de la niebla…

La prensa amarillista, que ama el olor de la sangre, me ha atribuido romances con actrices como Ruth Ford o Greta Garbo, y con la legendaria condesa Marie-Laure de Noailles. Lo de Ruth Ford no fue nada: le propuse matrimonio tres veces y tres veces me rechazó; lo de Greta Garbo fue una honrosa confusión. A la Garbo le renté el palacio en que yo vivía por entonces, la exquisita Villa Cimbrone, en Italia. Ella se hospedó allí en secreto con el director Leopold Stokowski, que era su amante, a fin de vivir su pasión durante un par de semanas. ¿Puedes creer que diez *paparazzi* de otros países fueron a espiarla? Se instalaron en los alrededores, y todas las noches aguardaban a que Greta asomara desnuda por la ventana principal del palacio para fumar un cigarro con la luz apagada y abrazar a su amante. Al verla en pleno romance, los reporteros creyeron que el acompañante era yo, pero tal honor no me correspondió a mí, sino al maestro Stokowski. Así que ningún romance con la Garbo… en cambio la historia con la condesa de Noailles, mi querida Marie-Laure, eso fue una cosa distinta. Desde que nos conocimos quedamos fascinados el uno por el otro, pero truncamos nuestro amor con toda elegancia, para no ofender a su marido… ¿Sabes que ella es descendiente de Petrarca y del Marqués de Sade? El día que me invitó a su mansión en París me presentó un maletín de cuero en forma de, ejem, la parte más rebelde del cuerpo masculino. Era un maletín muy extraño, dentro del cual conservaba el manuscrito original de *Las 120 jornadas de Sodoma,* del divino Marqués. Fue Marie-Laure quien me presentó a las personas más bellas de todo París, y entre ellas al amor de mi vida.

Un día, al acompañarla a un ballet, vi a una mujer delgada, de melena rubia, que bajaba por la escalera principal: dos ojos claros, que detenían el tiempo al mirarte; una nariz recta y chiquita; labios hechos para pronunciar un idioma superior al de todos los mortales. Ese día usaba un atuendo blanco brillante, del color de las nubes, ajustado en la elegante curva de sus nalgas y en los bultos de sus pechos. De la blusa emergían sus brazos fuertes, marcados por el ejercicio. Ella me miró… y no pude dar un paso más. Una nube venía en mi camino.

Desde que la vi supe que algo iba a ocurrir entre nosotros, alrededor de nosotros, a partir de nosotros; supe que seríamos *nosotros*. Ya me había enamorado antes, pero sólo esa vez tuve la impresión de estar parado en las vías del tren mientras una locomotora implacable avanzaba en mi dirección.

Pasó junto a mí y yo me quedé embelesado por su presencia, hasta que me rebasó y la seguí con la vista. Algo debió sentir, porque se detuvo como si una corriente eléctrica le hubiese recorrido la espalda y volteó hacia donde yo me encontraba. Volteó a verme por segunda vez, y un profundo suspiro levantó sus hombros. Entonces me dio la espalda y se fue.

Tuve la certeza de que cometería un error muy grave si la dejaba alejarse, una certeza perfecta, de las que se tienen una sola vez en la vida: tuve la convicción de que mi destino estaba ligado al de esa mujer.

Le supliqué a Marie-Laure que nos presentara: Por ella estoy dispuesto a dejar mi adicción a las toallas de papel desechables, le dije. Marie-Laure estaba celosa y se burló de los trucos evidentes con que la misteriosa mujer deseaba llamar mi atención; pero yo insistí y Marie-Laure confesó que esa persona respondía al espantoso nombre de Otilia, pero sus amigos la llamaban *Tilly, Tilly Losch*: una de las mujeres más fascinantes que han existido. Hasta John Wayne, que conoció a las actrices más famosas de Hollywood, quedó impresionado al verla caminar. Si ves una foto suya, verás a una mujer muy guapa, de enorme y espesa melena, con un rizo siempre despeinado de modo encantador… y una mirada enigmática, como si pensara en algo trascendental sobre ti. Pero al verla en

persona todo mejoraba, ¡oh, Dios! No parecía caminar, sino flotar sobre la tierra. Si la veías venir, dejabas todo para ver cómo se desplazaba: parecía que posaba un pie en una nube, luego el otro, y así seguía, avanzando por la niebla. Era imposible no detenerse a admirarla. Y si tenías la fortuna de que Tilly Losch te mirara a los ojos, te sentías el hombre más feliz de la tierra.

El secreto de Tilly era el movimiento. Te embelesaba con su manera de caminar, de alzar las manos, de inclinar la cabeza, de sonreír, de respirar: por eso se hizo bailarina. Cuando conseguí que Bertolt Brecht y Balanchine escribieran un guion de ballet para ella, Balanchine se reunió con Tilly, le pidió que ejecutara su rutina más compleja, la estudió y llegó a una conclusión: Como bailarina es buena, dijo, pero nunca será de las mejores: le falta esa brizna de locura y pasión que sólo se ve en las leyendas, pero por otra parte sus manos, dijo, vaya: nadie mueve las manos como ella, Edward, con eso debemos trabajar, y yo estuve de acuerdo. A partir de entonces Bertolt Brecht y Balanchine se esmeraron en que las manos de Tilly fueran la parte central de su número de danza. En la tercera llamada se encendía una fuerte luz blanca y ella aparecía en el centro del escenario, vestida con una blusa y un pantalón negros, de los que sólo emergían su rostro y las manos. En cuanto la orquesta tocaba una composición de Satie, sus manos se elevaban, decididas a flotar, a estirarse, a girar, a danzar y a reptar por su cuerpo, mientras Tilly sonreía o parpadeaba, sorprendida por la pasión de sus manos: por momentos creías asistir al nacimiento de una flor muy extraña, una flor juguetona, que quisiera entrar en contacto con Tilly; por momentos sentías que era una idea, una frase, un verso o un cuento lo que se había apoderado de sus manos y deseaba llegar a las últimas consecuencias: un par de aves se lanzaban al aire, dos peces jugaban a perseguirse, una estrella descendía para posarse en su corazón, y ella suspiraba como si estuviera a punto de alcanzar el éxtasis con las caricias de sus dedos: así era el acto de Tilly… Por supuesto, tuvo mucho éxito, porque ese ballet fue creado sólo para ella y para nadie más sobre esta tierra: tuvo el mayor éxito de su carrera… y fracasó en todo lo demás el resto de su vida. Ay, Tilly. A veces parece que venimos a la

Tierra a interpretar un solo acto, de público y duración limitada, un acto que justifica nuestra existencia y una vez terminado pasamos tras bambalinas… Mi Tilly: un minuto de silencio por el amor que nos tuvimos. Un escritor mexicano, Renato Leduc, que estuvo casado con Leonora, solía decir: Hablar mal de la mujer que uno amó es innoble. Pero hablar bien es ridículo, eso decía Renato, y, sin embargo, yo voy a hablar bien de Tilly Losch, porque no puedo hablar mal de la niebla.

Si estuviéramos en París, te diría: En esa esquina su amor me salvó la vida. Allí uno de sus besos me salvó la vida. Allá, un abrazo. Por ahí, su sonrisa. En ese hotel, en aquel café, en aquella avenida verla caminar me salvó la vida. Y aunque hay canciones que aún no puedo oír, películas que no puedo ver, calles en las que no me detengo, ciudades que no visitaré por un tiempo, porque la recuerdo a ella, debo reconocer que dos o tres pasos de esa mujer, dos o tres besos, dos o tres días, dos o tres meses con ella me salvaron la vida, porque su amor llegó cuando más lo necesitaba. Estaba solo y muy triste, creía que mis amigos me olvidaban, que mis enemigos conspiraban contra mi vida, que mis propias hermanas intentaron envenenarme, y entonces, encontré a Tilly. Yo no sabía nada sobre el matrimonio, y aún no estoy muy seguro de saber algo; no sabía mucho sobre el amor, pero en esos días tristes amar se parecía a meterse en la niebla, era la vastísima niebla, sin saber quién eres tú, quién es la otra persona, en dónde empezaba o terminaba cada uno de los dos.

Durante meses seguí y perseguí a Tilly por Viena, Berlín, Londres y otras ciudades de Europa, a doquiera que ella viajaba, sin lograr que me observara de nuevo. En Italia por fin aceptó ir a tomar un café. En Londres, ir a cenar. En París le declaré mi amor y le pedí que se casara conmigo. Ella aceptó y viví la mayor felicidad durante las siguientes semanas.

¡Qué ser tan delicado era Tilly! Cada vez que entraba a una habitación la gente se detenía a mirarla. Las conversaciones se interrumpían, las mujeres la examinaban de arriba abajo, y los hombres quedaban boquiabiertos y extasiados, como si hubiese entrado un hada o un ser perfecto. Verla caminar o moverse era

todo un espectáculo. La delicadeza con que elevaba ambas manos… más que sostener se diría que le daba vida a una taza de té. Cuando sonreía, uno se preguntaba qué extraño hechizo emanaba de esa mujer. Si juzgabas por separado sus ojos, su frente, su peinado o la forma de su cara no dirías que había algo excepcional, pero reunidos producían el efecto de una revelación. Entonces, al ver a la verdadera Tilly, comprendías que tu primera impresión fue insuficiente, y que su cabeza era una escultura perfecta; sus ojos, dos turquesas que brillaban sobre el tono aceitunado de su piel; su labio superior, el arco de una catedral. Si ella abría sus labios de rubí y te miraba, y veías las perlas que tenía por dientes, no querías que acabara ese instante, fascinado ante lo que parecía el interés o el deseo de esa mujer hacia ti. Su labio inferior era tan amplio y mullido que si tenías la suerte de besarlo querías quedarte a vivir en él, como quien se recuesta en un sillón rojo. Quizás yo estaba pensando en ella cuando convencí a Dalí de hacer ese diván con la forma de los labios de Mae West, y esa pequeña escultura, hecha de perlas y rubís. Vaya que amé a Tilly, aunque ahora estemos separados. A medida que la escuchabas, poco a poco descubrías que si su apariencia era maravillosa, apenas era el marco de un ser fascinante. Su personalidad se elevaba como un aroma hasta apoderarse del entorno. Por eso caímos a sus pies artistas y reyes, millonarios y actores, plebeyos y nobles, y por encima de todos, yo: el más desgraciado de todos, su mayor admirador. En mi castillo inglés tuve, durante muchos años, una alfombra que reproducía la huella que dejaban sus pisadas. En mi casa de Londres, retratos que le hicieron los mejores, Man Ray entre ellos. Y en mi sala preferida, un sillón como éste, un sillón con la forma de los labios de Mae West, que también era la forma de sus labios, los labios de Tilly Losch.

Aunque había signos que me advertían de que no bajara la guardia por completo, no tuve hambre ni sueño hasta que aceptó ser mi esposa. Firmamos los papeles, hicimos la fiesta y tomamos el tren que nos llevaría a nuestra luna de miel. Pero el tren del destino se desvió y nos llevó a la tierra del desastre.

Con la galantería que me caracterizaba, yo había rentado dos gabinetes contiguos, los mejores, y después de cenar fui a visitar a mi flamante cónyuge, esperando que me recibiera como se recibe al primer amor en la luna de miel. Imagínate mi sorpresa cuando ella se negó a tener relaciones conmigo y me solicitó de inmediato el divorcio. Me dijo: Pensé que esto era un matrimonio decorativo, Edward, pensé que eras homosexual, que querías esto por conveniencia: no estoy dispuesta a acostarme contigo, no eres mi tipo, solicito una indemnización. Esto me gritó desde la puerta, mientras yo me encontraba en el pasillo, con el corazón roto, y así inició mi calvario. Yo no podía creerlo: se había casado conmigo por dinero… No me amó nunca… Yo siempre creí que me amaba. Pero la verdad es que me acechaba como una boa a su presa.

Al principio me dije: Se le va a pasar, debo ser paciente: la noche de bodas no es cualquier cosa para una doncella; y creí que debía darle tiempo: respetarla, cortejarla de nuevo hasta que ella se enamorara de mí. Fuimos de viaje a las ciudades más bellas de Europa. La presenté con los mejores coreógrafos del mundo, patrociné un ballet para ella, toda una compañía, un libreto escrito por el mejor dramaturgo vivo; llevé su espectáculo a los Estados Unidos y ¿qué pasó? Se volvió intolerante y explosiva. Bastaba que yo me acercara para que ella, por lo general tierna y sonriente, temblara de rabia, como si estuviera poseída por el demonio; gritaba: ¡Te odio, Edward!, y echaba espumarajos por la boca. De día nunca coincidíamos y por la noche, muy tarde, ella llegaba a dormir en su habitación, en el departamento que compré para ambos en el centro de Manhattan. Cuando el detective privado que contraté me mostró las fotografías, comprobé que tenía un amante. Un ridículo conde ruso, que vivía a dos cuadras de allí, al cual habíamos hospedado en nuestra casa en París. Un bueno para nada, mantenido por una mujer mayor que podría ser su mamá. Un haragán y un sátrapa, adicto a los calmantes y otras medicinas, un drogadicto que no dejaba de sonreír, eso es lo que era. Bueno, me dije, mi idea del amor es flexible, pero tengo límites. Usé las fotografías del detective en el proceso de divorcio y ella contraatacó: alegó impotencia, homosexualidad, adicción al alcohol y a las

drogas, y otras falacias en contra mía, y se dedicó a esparcir, mediante los imbéciles de turno, sus rumores preferidos. Un divorcio siempre es una guerra de ficciones: cada parte lucha por imponer las suya; la verdad tarda en salir a la luz. Pero todos prefieren los cuentos de una bailarina a los de un millonario, y así fue que chismosos de toda laya se dedicaron a difundir esas calumnias. De pronto, hasta mis amigos cercanos repetían como loros las mismas mentiras: es decir, que fue un divorcio convencional.

Llegó un momento en que no pude más, tenía los nervios destrozados. Tomé un vuelo a Los Ángeles. Crucé la frontera en Tijuana y seguí viajando hacia el sur. Me instalé en la Ciudad de México. Sentir que se acaba el amor es una de las experiencias más devastadoras de la vida. Algunos doctores la comparan al hecho de estar en duelo. Creemos que no volveremos a ver al ser amado, y la verdad es más cruel: lo volveremos a ver, pero estará con un abogado. Comprender que el amor que sentía se acabó era demasiado… Por eso me fui. Después de la Segunda Guerra toda Europa estaba en ruinas, al igual que mi matrimonio. No podía vivir ahí.

En la Ciudad de México comencé a sentirme mejor por primera vez en mucho tiempo. Pensé que volvería a encontrar el amor… y me reencontré con amigos artistas: encontré a Benjamin Péret, que vivía con la inolvidable Remedios Varo; conocí a Pedro Friedeberg, a José y a Kati Horna, a Chiki Weisz y, por supuesto, a Leonora, mi sorprendente, mi única amiga. Cada vez que iba a verla le llevaba un par de orquídeas.

Un día quise comprar orquídeas para Leonora y no había en toda la ciudad. Mi secretario sugirió: Vamos a la selva de San Luis Potosí, allá encontrarás todas las orquídeas que quieras. Y me habló de este lugar que no tiene igual, y cuya magia empieza al pronunciar su nombre: *Xilitla*. Hasta las cosas fluyen de otro modo al pronunciar la palabra, ¿lo sentiste? *Xilitla*, como si el nombre de ese pueblo fuera una invención de las aves, algo que sólo se dice en el idioma de animales pequeños, ágiles y coloridos, hechos para volar.

Pero una cosa es pronunciarlo y otra, encontrarlo. Como el pueblo ni siquiera aparecía en los mapas, nos subimos mi secretario,

mi chofer alemán y yo a mi nuevo Packard, y nos dirigimos a San Luis Potosí. Bajamos por la imponente Sierra Gorda de Querétaro, donde el paisaje es una belleza, pero el camino es una tortura; entramos al estado de San Luis, donde la cosa mejora, pero aparece la niebla. A partir de Ciudad Valles, cada vez que encontrábamos a un campesino en la carretera le preguntábamos cómo llegar a Xilitla, pero nadie sabía responder, como si el pueblo fuera un fantasma que surgía a su antojo en ciertas épocas del año.

El segundo día de búsqueda, cuando la gente nos aseguraba que estábamos cerca de Xilitla, pero Xilitla no aparecía, un campesino nos aseguró que estaba en lo alto de una colina. Convencí a mis acompañantes de estacionar el coche en un claro de la selva, poco más allá de donde terminaba el camino, cargar lo más importante del equipaje y avanzar por la selva. Por una discrepancia que tuve con mi brújula, caminamos en una dirección ligeramente equivocada y la noche nos sorprendió a medio camino. Por fortuna teníamos lo necesario para instalar un bonito campamento. Es cierto que faltaban algunas cosas, como el botiquín de primeros auxilios, comida o material para hacer una fogata, porque preferí que cada quien cargara un saco entero de papel sanitario y toallas desechables, o de otra manera no podría estar tranquilo. Fue entonces que el Destino adoptó uno de sus disfraces más terribles para desafiarnos a muerte. No contábamos con una aparición espantosa. La llaman *La Helada* en el centro y el norte de México, y es imposible predecirla. Aparece con toda su maldad en el momento menos pensado y devora plantas, animales y personas mientras instala un frío brutal. A medida que avanzaba la noche, sentimos cuánto bajaba la temperatura, y llegó el frío demencial, terrible, un frío mordelón, capaz de volverte loco, como si un jaguar de hielo te cayera encima y se dedicara a roer el interior de tus huesos. Nos refugiamos ahí, todos alrededor de la hoguera, nos acercamos tanto al fuego que las suelas de los zapatos se derretían. A mi chofer se le chamuscaron los bigotes; a mi secretario se le prendió el copete; a mí la barba, el bigote y las patillas. A mitad de la noche la lluvia apagó nuestra hoguera. Y dado que nuestras ropas eran primaverales, los tres íbamos a morir.

Me insultaron hasta que se cansaron: Eres un tonto, Eduardo, Nos perdimos por tu culpa, ¿cómo vamos a salir de aquí? Y la temperatura seguía bajando. Los dientes nos castañeteaban. Las manos nos temblaban. Nuestros labios adquirieron un color azul frambuesa. Mi chofer sugirió beber el aguardiente que llevábamos con nosotros, convencido de que un buen golpe de coñac podía salvarnos la vida; pero yo sólo había comprado cervezas, y eso nos obligaba a orinar y a congelarnos más. Llegó un momento en que los oídos me zumbaban como si estuviera a punto de entrar en coma, y pensé que había llegado el final.

Mientras mis colegas pateaban el suelo para entrar en calor, yo tomé un poco de papel sanitario, que era el único papel que teníamos, y con las manos temblorosas le escribí una carta a Tilly: debía despedirme de ella. No tiene caso citarla, porque era una carta privada, entre dos exesposos que ya no se amaban. ¿Te has dado cuenta de que, a veces, en los momentos más difíciles de la vida, uno escribe cartas que jamás va a enviar? O tardamos demasiado en revisarlas, o esperamos hasta que pasa el problema, y nos quedamos con cartas que pudieron cambiar el curso de nuestras vidas, o de la vida en general, y son cartas que nadie leerá. Cartas perdidas en la noche. Está bien: si insistes, aún conservo una copia en algún lado… aquí debe estar, en alguna parte de mi saco… la carta que le envié a Tilly Losch:

> Hola, Tilly:
>
> Escribo esto en la oscuridad, sin ver el papel, adivinando dónde caen mis palabras. Durante mucho, mucho tiempo pensé que yo era esa voz en la noche que sabía cómo hablarle a tu alma, el único capaz de hallarte en la niebla. Tus pretendientes fueron legión, pero ¿cuántos te siguieron como yo, Tilly, ciudad por ciudad? ¿Cuántos te ofrecieron matrimonio? ¿Cuántos hicieron a un lado a su familia con tal de seguirte? ¿Cuántos lo dieron todo por ti? Pero me equivoqué, Tilly: no fui yo. O apenas lo fui, por unos momentos. Lamento la confusión. No hay nada peor que esos vagabundos, esos hombres extraviados que creen conocer

el camino y arrastran a otros en la misma dirección equivocada. Hace un rato comprendí que soy yo quien se encuentra perdido. Por un ligero error de cálculo mis guías y yo vamos a morir congelados en la selva de San Luis Potosí. Yo estaba seguro de conocer el camino, vaya, la punta del cerro era visible cuando bajamos del auto y avanzamos a machetazos por la selva. Pero llegó ese monstruo al que llaman La Helada y se apagó el fuego; no tenemos gasolina ni cerillos y la temperatura desciende cada vez más. ¿Te acuerdas de aquel frío en Berlín, en el invierno que pasamos ahí? No es nada en comparación con este descenso abismal de la temperatura, que a cada minuto se empeña en bajar aún más. Creo que voy a morir, Tilly, y quise despedirme de ti. Por eso te escribo, sin ver mis palabras. Hace rato se acabó la última vela de la expedición. Ahora te escribo a oscuras, mientras mis dientes tiemblan y percuten. No sé si enviaré esta carta. No sé si resistirá a la intemperie, si alguien va a encontrarla algún día. Pero te escribo, Tilly, para que te acuerdes de un poeta que, cada vez que te miraba, creía que podía salvarte de la niebla. Pero los espejismos no pueden sobrevivir en la selva, Tilly, a diferencia de las orquídeas, que viven a la temperatura de la pasión, por eso, Tilly, te digo adiós. Si alguna vez reencarno en orquídea, me acordaré de ti. Espero que perdones a este poeta menor. Y perdón por escribirte en el único tipo de papel que tengo a mano. Sé que no es muy elegante, pero es muy sincero, apelo a tu comprensión.

Cuando terminé de escribir esta carta, estaba a punto de decir: Adiós, amigos: perdonen mis errores porque vamos a morir, pero la fortuna, que sigue a los héroes, me detuvo en seco y me dio una idea afortunada. Ridícula, pero afortunada: cuando iba a guardar la carta, miré el contenido de mi saco de explorador, el cual contenía un saco con rollos de papel higiénico, y de golpe pensé que el papel también sirve para conservar el calor: ¡El papel!, grité, ¡el papel, amigos, el papel! ¡Estamos salvados! Y aunque al principio me seguían insultando, los convencí de que se enrollaran con tantas

capas de papel como fuera conveniente. Y puse el ejemplo: tomé un rollo de papel higiénico y me cubrí el torso, los brazos, el cuello, las piernas y el rostro. La temperatura mejoró de inmediato. Mi secretario y mi chofer tardaron en aceptarlo, pero como no dejaban de temblar terminaron por hacerme caso y se cubrieron con rollos de papel sanitario, unos diez por persona. Y con eso vencimos al frío. Teníamos hambre, teníamos sueño, estábamos cansados y sucios, incluso enojados unos contra otros, pero ya no íbamos a morir. Mi secretario sugirió caminar, No vaya a ser que regrese la lluvia, y yo le dije que sí, que abandonáramos el campamento y que marcháramos hasta encontrar a un ser vivo. Y así, disfrazados de momias egipcias, pero muy satisfechos, caminamos el resto de la noche por la selva huasteca en busca de la carretera principal. Nunca hallamos la carretera, por supuesto, y tampoco mi coche, que aún debe estar por ahí. Pero cuando creíamos desfallecer y mis acompañantes no podían más por segunda vez en la noche, luego de subir un cerrito, escuchamos voces y música, así que corrimos, corrimos con la esperanza de sobrevivir, corrimos como tres momias egipcias saliendo de la tumba, alegres de regresar a la vida; vimos unas cuantas casas y un mercado lleno de gente, en el cual decenas de campesinos trabajaban en construir sus respectivos puestos: casi lloramos de alegría. ¡Estábamos salvados! Corrimos hacia ellos, y entonces vimos la niebla que reptaba por las calles empedradas de la ciudad. Era tanta y tan alta que pensé que algo malo ocurría. ¿Será una fuga de gas, me preguntaba? ¿Será un sueño? Me acerqué a las primeras personas que vi, pero al vernos disfrazados de momias pensaron que estábamos locos: sólo sonreían y se hacían a un lado, sin responder. Cuando me cansé de la situación me detuve delante de un anciano indígena que montaba un caballo blanco, descubrí mi rostro todo lo que pude y pregunté en mi pobre español: Buenos días, señor: soy un poeta inglés, estoy perdido, ¿puede decirme cómo se llama este pueblo, y qué es eso que viene ahí? El indio se agachó hasta mirarme a los ojos; luego de comprobar que yo era un ser humano y no un loco disfrazado de Boris Karloff, me sonrió, y las palabras que me dirigió desde entonces me han parecido las mejores del mundo: Esto es Xilitla,

señor, y eso es la niebla, sólo la niebla, señor. Eso dijo el anciano, y por eso me quedé a vivir aquí.

Meses después, cuando por fin me instalé, pedí que me enviaran todo mi correo desde Europa, y además de las cartas furiosas de mi contador, algunas cartas donde Gala y Dalí insistían en pasarme facturas, recibí unas líneas de Tilly. Sí, de Tilly: la mujer que me hizo la vida miserable. ¿Y sabes qué decía? Querido Edward. Sí, comenzaba con un: Querido Edward: es evidente que has pensado y sufrido. Leí tu carta y me hiciste llorar. Creo que es lo mejor que has escrito y tenía que decírtelo. Eso es todo. Y lo firmaba Tilly. Yo estaba conmocionado, casi a punto de llorar, pero ese sentimiento de alegría se terminó cuando leí las últimas líneas: Posdata: La próxima vez, por favor busca otro tipo de soporte para escribirme: el papel que usaste es ridículo.

Hace calor, ¿verdad? Y una corriente fría al mismo tiempo.

Una tormenta o una invasión de nubes: así es la vida en este país.

Así es la vida en Xilitla.

---

[*] Quien quiera saber más de este tema puede consultar *Cómo vi a la Mujer Desnuda cuando entraba en el bosque*, Random House, 2024.

2
Por culpa de mi dinero

Por tu propio bien espero que no hayas venido hasta acá para tratar de robarme. A esta casa mía la han saqueado tantas veces que ya no contiene nada valioso. Cosas invaluables, sí, pero nada valioso: ese poema que escribí en la pared, por ejemplo: para mí es invaluable pero ante el resto del mundo no tiene valor. Esa pared de madera con esa puertita parece una pared cualquiera, pero me parece invaluable porque es la habitación de mis boas. Sí, oíste bien: de mis boas. Dos: ahí las llevo cuando se van a dormir.

Al principio tenía un tocadiscos, un mini-bar, mi maleta y el mejor de mis trajes, pero muy pronto aprendí que la selva tiene más ojos y manos de los que podemos imaginar. De un tiempo a la fecha, si tengo ganas de oír un disco y beber un trago muy frío, subo a casa de mi secretario y me instalo en su magnífica sala. Aquí sólo tengo lo indispensable para escribir poesía: una botella de agua y veinte cajas de papel desechable, que renuevo todos los días. Cada vez que la persona que hace el aseo viene a traerme más cajas, me dice: ¿Para qué quiere tanto papel desechable, patrón? No ande descalzo, le van a picar los alacranes; parece un cotorro con gripe, señor James. Lo sé, pero no puedo tener nada lujoso ni muy cómodo aquí dentro, y es una de las desgracias que he sufrido por culpa de mi dinero.

¿Podrías ponerte de pie? Por un instante me pareció ver una boa a tus espaldas… No te asustes, creí que era mi mascota Venetia, una boa muy inquieta, que he criado desde que nació. Pero me equivoqué: era una corbata colgada, agitada por el viento; las garras de la tormenta lo mueven todo en esta casa.

Ojalá hubiera sido mi boa y no una corbata. Venetia paseaba conmigo el día del atentado, hace ocho días, y se llevó un susto terrible. Como es su costumbre, se enroscó alrededor de mi cuerpo durante el paseo. La llevo a casa de mi secretario cada dos días para que elija el ratón que será su desayuno, de entre todos los ratones blancos que guardamos por ahí, y por eso al ver que me pongo zapatos para salir a la calle se acerca y se me enreda muy feliz. Yo la dejo subir hasta mis hombros, y cuando veo que se ha instalado a sus anchas, salimos a caminar.

Cuando íbamos a mitad del camino oímos que la selva crujía y se agitaba como un ser vivo. Mientras el tronco rodaba hacia nosotros Venetia me apretó con tanta fuerza que me quebró las costillas, y justo al recibir el impacto, poco antes de desmayarme, sentí el instante en que me soltó, como si mi alma me hubiera abandonado de un salto para esconderse en la selva. Pasé varios días en el hospital y lo primero que supe al salir es que nadie sabe dónde se encuentra mi boa, que una tormenta tropical viene en camino y que una periodista inglesa de la revista *Forbes* me espera en casa de mi secretario para interrogarme. ¡Vaya suerte la mía!

Como decía Peggy Guggenheim, por culpa de mi dinero tengo muchas historias que contar. Hace rato, antes de que empezara la lluvia, pensaba en Peggy. Quizás no lo sepas, pero aunque pocos lo reconozcan fue una de las pocas personas que tuvo una visión completa de lo que era y sería el arte en la segunda mitad del siglo xx. Como ella misma decía, no es fácil ser mujer en este mundo. Tienes que hacer todo dos veces mejor que cualquiera para que te reconozcan una brizna de virtud. Ella destacó en simpatía, gracia, carisma, visión, sacrificio, constancia. Aunque heredó el principal emporio de cobre de los Estados Unidos, nunca se le subió a la cabeza su inagotable fortuna, y supo usar su dinero para preservar el arte.

¿Sabes cómo inició Peggy su carrera de coleccionista? Por recomendación de Marcel Duchamp fue a visitar el taller de Brancusi y mientras miraba las esculturas sintió que algo la llamaba en uno de los estantes. Dio media vuelta y ahí estaba: una pieza pequeña, redondita, de rasgos curveados como un bebé. Peggy sintió el impulso de tomarla en sus brazos. Y en cuanto lo hizo, y comenzó a mecerla, supo que jamás podría desprenderse de ella, como si fuera a adoptarla. Le tomó horas convencer a Brancusi de que la vendiera. ¿Por qué no me la quiere vender?, le preguntaba Peggy. No, es imposible, dijo Brancusi, usted no tiene otras obras de arte que acompañen a la mía. Compraré obras de los mejores artistas, le juró Peggy, pero por favor, véndamela. De ningún modo, tosió el escultor: aunque comprara usted obras de los mejores artistas que viven ahora mismo en París, no podría vendérsela, porque esa obra

mía sólo va a pertenecer a alguien con un gusto refinado y un ojo infalible. Tendré ese ojo, replicó Peggy, tomaré cursos, leeré libros, contrataré asesores: ahora mismo Marcel Duchamp y Samuel Beckett me indican qué exposiciones ver, qué artistas visitar: véndamela, por favor. No insista, señorita: trabajé años para lograr esa pieza: quiero que esté en un museo, no en una colección particular. Entonces fundaré un museo, prometió Peggy, y la exhibiré ahí en el centro de la colección; ahora dígame, ¿tiene otro reparo? Brancusi quedó sin habla cuando comprendió que la mujer hablaba en serio y él había presenciado el nacimiento de un museo en los Estados Unidos. Así lo contaba la misma Peggy.

Además de una seductora genial y de una aventurera sin límites, Peggy fue una visionaria. Sin los museos y galerías que fundó ni el surrealismo ni el arte abstracto hubiesen tenido tanto impacto en los Estados Unidos. Su apoyo logró que galeristas y curadores reconocieran como arte lo que antes rechazaban con horror.

Es una lástima que no la vi más a menudo. Más que alejarme de ella, que era tan divertida, me alejé de su entorno: millonarios con cien mayordomos, cansados de sentarse en la cama para desayunar a las doce del día; empresarios con miles de empleados, que vivían de explotarlos. En cambio, Peggy… Sus memorias, como las de los surrealistas, crearon una nueva especie de género literario donde ella cuenta sus aventuras.

Aunque nadie quiera reconocerlo, Peggy era una narradora genial. Tiene una frase frecuente, con la que inician los mejores capítulos de sus memorias: "Por culpa de mi dinero, una vez…", o "También por culpa de mi dinero…". La mayoría de los narradores que conozco sueñan con crear una nueva manera de decir "Había una vez" y no lo logran. Pero llega Peggy Guggenheim, una mujer poco preparada en cuanto a estudios literarios se refiere, y escribe: "Por culpa de mi dinero, una vez…" y a partir de ahí puede contar lo que sea: una de sus famosas aventuras sexuales, la persecución interminable de una obra de arte o bien, el relato de cómo la maltrató su primer marido, el terrible Laurence Vail, artista bohemio y golpeador de mujeres; cómo debió abandonarlo de tajo y cómo, a partir de entonces, tuvo por amantes a muchos de los creadores del

siglo xx: Samuel Beckett entre ellos, con el cual, tal como Peggy escribió, aún seguiría en la cama de no ser porque Peggy debía ir a una cita con un famoso e irritable pintor, lo cual llenó de celos a Beckett… y por supuesto, el libro también cuenta cómo se enamoró de Max Ernst. Se conocieron cuando el buen Max era un fugitivo del terrible campo de detención de Les Milles, aquel campo custodiado por el terrible general Dentz, y se había refugiado en Marsella con el resto de los surrealistas. Allí, para agradar a la coleccionista, Ernst se trepó a un árbol de plátano y colgó todos los cuadros que había pintado mientras estuvo preso, con pocos colores, pero todo su genio. Así fue como nació su discutible romance con Max, una historia que no terminó nada bien para Peggy, como pienso contarle a Leonora. Peggy se volvió coleccionista por amor al arte, yo me dediqué al arte por falta de amor. Pero esa historia te la contaré después, si consigo encontrar la carta que le escribí a Leonora, y que, por supuesto, tampoco le he enviado.

Alguna vez Peggy me preguntó: ¿Y tú? ¿Qué te llevó a crear tu jardín surrealista, Edward? Yo sólo buscaba las mejores orquídeas de este país, le dije, y es verdad: yo buscaba las orquídeas gigantes, que se abren por la noche; las orquídeas rojas, de pétalos moteados, que atraen al colibrí; las deliciosas campanulatas; las que tienen forma de espárrago y que nunca me acuerdo cómo se llaman; las albinas, que parecen el fantasma de una araña; las de color violeta incandescente; las doradas, que cuando están ahí, en los árboles, parece que van a cantar una canción hecha de color amarillo, apoyadas como divas en el mejor rincón de la corteza.

Cuando decidí que quería vivir aquí para siempre, compré el rancho que comienza en la falda del cerro y termina en el borde del acantilado; en él puedes encontrar un par de cascadas, un río que se ramifica con las tempestades, cientos de especies de plantas y animales, y los muy lindos estanques que aquí llaman *pozas*. A unos kilómetros de allí instalé mi primer refugio, un cuarto de madera sostenido por cuatro pilotes, y mi criadero de orquídeas. Sembré cincuenta mil de un tirón. Si sabes el trabajo y el tiempo que requiere plantar una orquídea hasta que adquiere el tamaño óptimo, multiplica ese esfuerzo por cincuenta mil. Imagínate la extensión.

Imagínate la belleza. Fue el mayor proyecto de toda mi vida, mi primera inversión mayúscula: la mitad del pueblo trabajaba para mí. Se veía tan hermoso, mi propio bosque de orquídeas… Pero ocurrió algo impredecible en esa época del año: regresó el monstruo de hielo, La Helada, el animal de muchas quijadas, y una noche asesina la temperatura cayó quince grados de golpe, de un cruel zarpazo, de treinta a cero grados en muy pocas horas. Intentamos protegerlas, pero no había plástico ni papel, ni telas suficientes para cubrirlas a todas. Luchamos toda la noche contra La Helada, y ganó ella: las vi arder de frío. Murieron mis cincuenta mil plantas. Mis cincuenta mil niñas… ¿Has visto los efectos del frío sobre las plantas tropicales? Parece que un ser despiadado hubiera incendiado sus hojas. Fue el día más triste de mi vida. La gente en general llora al perder una mascota, pero la gente de gran corazón sufre al perder a sus plantas. A la pérdida le siguió la furia. Como el clima se reía de mis propósitos, decidí reírme del clima.

Al día siguiente le dije a mis jardineros que los iba a convertir en albañiles. Compramos un camión de cemento y lo subimos al centro de Las Pozas. Hasta el último minuto, mis peones creyeron que iba a construir un invernadero, pero en cuanto el camión se detuvo les dije: Vamos a construir una flor, una flor de cemento. No hay nada más difícil que la comunicación entre un surrealista inglés y un grupo de albañiles mexicanos. Pensaron que mi español no sólo era deficiente, sino desastroso, y me preguntaban dónde quería las paredes. Esto no tendrá ninguna pared, entiendan, no habrá paredes en este jardín, y vaya que he cumplido mi palabra. Cuando conseguí que mi secretario aceptara mi idea, luego de una larga explicación, corrió a decirles que debían construir una orquídea de concreto, de veinte metros de alto, capaz de resistir las temperaturas extremas. Mi secretario, que para entonces ya sonreía, pues fue el único en comprender mi propósito, me aconsejó: Eso no se construye sobre la marcha, querido Eduardo, tenemos que hacer los moldes primero. Así fue como entró a mi vida don José, el artesano más sabio de este país. Al oír mi propósito, don José se rascó la cabeza y cuando comprendió que yo era un artista, lo único que me preguntó fue si no sería mejor que hiciera la flor a un ladito

de la carretera, donde los coches que pasan rumbo a Ciudad Valles pudieran verla. Para que más gente la disfrute, señor, y le dije que no: Esto es una lucha privada, entre La Helada y yo, le expliqué, no quiero que los extraños la vean, y don José no volvió a preguntar nada. Yo mismo hice el dibujo, hoja por hoja, y le expliqué las medidas; él puso manos a la obra con urgencia y horas después los moldes estaban terminados. Pero don José, que era el mejor maestro carpintero en muchos pueblos a la redonda, no contaba con que el terreno necesitaba cálculos adicionales de ingeniería.

En cuanto estuvo terminada, la gigantesca flor de cemento se inclinó a la izquierda. Le indiqué a los albañiles: Pónganle más material en la base, de este lado. Y disimulen con dos hojitas de concreto, más o menos aquí. Entonces la escultura se inclinó para el lado contrario y ya se iba a caer: Rápido, pongan más cemento acá, pongan tres hojitas adicionales. Pero la planta se inclinó por tercera ocasión, hacia otro ángulo: Corran, corran, refuercen este lado, vamos todos hacia allá. Lo que iba a ser una delicada orquídea de concreto, delgada y alta, se convirtió en una escultura muy tosca, de enorme grosor. Cada vez que un albañil me preguntaba si ya habíamos terminado, yo le decía que podría ser, podría ser, que quizás añadiríamos un piso más, hasta que la pieza con forma de flor se detuvo y no se movió. Así me convertí en escultor. Desde el punto de vista arquitectónico mi primera flor es un desastre. Pero no se cayó. Mis albañiles la miraban y se preguntaban: ¿Qué va a hacer con la flor, don Eduardo?, y yo les dije: La voy a dejar aquí, en medio de la selva, para desafiar a La Helada. ¿Y qué hacemos con el material que sobró? Entonces me di cuenta de que había sobrado un montón de cemento, así que me permití construir otras cosas.

El mismo frío que se llevó a mis orquídeas se llevó también a mis tortugas: tenía cuarenta tortugas sueltas en las pozas y todas fallecieron por La Helada. En su honor construimos el "Cementerio de las Tortugas": ¿no viste los caparazones rociados por toda la colina cuando venías para acá? Poco después me regalaron dos bellísimos ocelotes, que se aburrían de estar en la casa, así que hice la "Escalera para Jaguares": una espiral de sesenta metros de alto, con escalones tan apartados y caprichosos que sólo un felino puede

saltar de uno a otro: mis mascotas fueron muy felices ahí, tomando el sol al final de la tarde. Pero entonces conseguí dos venados, y claro, no iba a dejarlos a merced de las bestias, así que construí "La Casa de los Venados", y a un lado, mi nueva mansión en la selva, donde fui muy feliz. Allí conviví con las dos boas que me obsequiaron tan pronto nacieron, y que al principio estaban convencidas de que yo era su padre: todas las noches compartí con ellas mi cama, hasta que un día amanecieron rectas y estiradas como una regla, justo a mi lado, y un veterinario me advirtió: No se preocupe por la salud de sus animalitos, don Eduardo, a ellos no les pasa nada: preocúpese por usted; cuando las boas hacen eso están midiendo si pueden comerse o no al animal junto al cual se estiraron. Para evitar sorpresas, le encargué al fabuloso escultor surrealista José Horna que construyera el "Cuarto de las Boas": un recinto que parece la proa de un buque precioso, pegado a mi casa por una ventana. Allí las dos boas se dedicaban a jugar y a digerir los ratones blancos.

Un día me di cuenta de que nadie en Xilitla había ido al cine, así que construí una pantalla en la selva, hecha por ramas de concreto de cuarenta metros de altura, cuya textura imitaba a las ramas de bambú. La llamé "El cinematógrafo", y ahí proyecté películas para deleite de los vecinos.

Pero un cine sin una plaza no tiene sentido, así que construí lo que los vecinos bautizaron como "La plaza de don Eduardo" y que visitaban con mucho placer. Al ver cuánta gente arriesgaba su vida al nadar en la cascada y el río, construí una presa, para que la gente se bañara con seguridad, y añadí unas cuantas esculturas más, como la columna que detiene a la montaña, y que alguna vez fue mi banquito. A juzgar por la cantidad de niños que van a jugar ahí, esa parte que llamo "Las Pozas" es el corazón del jardín. El día que las estrenamos y que vi a tantas personas nadando supe qué quería hacer con mi vida y mi dinero.

Desde entonces no he dejado de trabajar. Al entrar al jardín verán un anillo de compromiso de dos metros de alto, que construí para la reina Isabel. Si se casaba conmigo, le dije, le daría un anillo de diamantes de ese tamaño… Me dijo que no. Luego están mi

homenaje a Max Ernst y mi homenaje a Magritte, que son fáciles de reconocer. Aquí abajo, si vuelves por este camino verás "La jaula de los pericos", "El techo de la ballena", "La casa de tres pisos que iba a ser de cinco", los pasillos con puertas medievales, y muchas piezas más… en alguna parte tengo una carta con la lista de todo. No es fácil recordar cuántas cosas hay: son cuarenta hectáreas.

Todo eso le conté a Peggy la última vez que la vi, en una reunión en su casa. Le mostré las fotos, le mostré una película filmada en súper ocho que mostraba las casas, pero la muy canalla estaba decidida a ponerme en ridículo frente a todos nuestros amigos, así que me preguntó: ¿Por qué no instalaste tus esculturas en un museo o, al menos, dentro de una ciudad? ¿No crees que tu jardín surrealista es una pérdida de tiempo y dinero? Yo le contesté: ¿La brillante señorita Guggenheim es incapaz de reconocer el arte si se lo encuentra fuera de un recinto? Pero ella insistió: No desvíes la conversación: para llegar a tu jardín hay que cruzar la Sierra Gorda de Querétaro en automóvil, dormir en Ciudad Valles, viajar en coche y luego seguir a pie por una colina, ¿por qué debe ser tan incómodo? Y yo repliqué: ¿Es posible gozar de una experiencia artística sin pedir un pequeño esfuerzo al espectador?, y los amigos se reían, y Peggy volvía a la carga: Oye, Edward, ¿por qué no creas una ruta que lleve con claridad de una escultura a otra? ¡Uno tiene que hallarlas por sí mismo en la selva, saltando sobre plantas e insectos! Y yo contesté: Tú, que eres la rebelde de tu familia y que ya no eres una niña, ¿dirías que en la vida hay una ruta clara que nos dice cómo llegar a nuestro destino?, y los presentes aplaudieron, pero Peggy se guardaba lo peor para el remate: Pues bien, Edward, ¿qué pasará cuando la naturaleza engulla y derribe tus esculturas?; y yo concluí: Dime, Peggy, ¿hay algún tipo de obra humana que el tiempo y la naturaleza no engullirán jamás? Entonces Peggy me preguntó: Has invertido diez millones de dólares en ese jardín, ¿ya sabes qué vas a hacer cuando te quedes sin dinero? ¿De qué vas a vivir, Edward? Y ésa fue la única respuesta que no pude responder a satisfacción de los presentes. Lo único que logré farfullar fue: No lo sé, pero confío en el arte. Entre los presentes estaban unos cuantos pintores: fueron los únicos que aplaudieron. El resto tenía miedo a

irritarla. Y ésa fue mi discusión con la señorita Guggenheim, la patrona del arte moderno. Durante años me ha atormentado este recuerdo. ¿Tú crees que me guarda rencor?

3
El hombre que fue Salvador Dalí

No me lo tomes a mal, pero hace un instante, mientras te contaba la apasionante historia de Peggy Guggenheim y su visión del arte moderno, tú te recostaste de lado y, pum, te quedaste dormido, como un globo que se desinfla. Apenas fue un parpadeo, pero juraría que te vi salir de tu cuerpo para entrar en el sueño. Juré que dormirías hasta el amanecer, que yo me iría de puntitas al pueblo y que no nos veríamos de nuevo. Que te despertarías al escuchar el rugido de un jaguar. La tormenta arreciaba, pero tú cerraste los ojos y te fuiste a otro sitio.

Lo cual nos lleva a preguntar: ¿a dónde se va el alma cuando soñamos? ¿A dónde se va mientras contemplamos una obra de arte o cuando leemos? Siempre he sospechado que ante un sueño, el arte o un libro sufrimos una especie de elevación: una parte de nosotros se va a flotar a una suerte de nube invisible que se halla frente a nosotros, como las que aparecen en los cuadros de Magritte, de modo que en una galería o en un museo, o en una pequeña pero estupenda exposición, avanzamos todos por ahí, alrededor de los cuadros, con el alma flotando por delante y por arriba de nosotros, en esa especie de nube… la persona que pudiera medir cuánto nos eleva un cuadro, un filme o un poema podría medir la calidad artística. Sería estupendo decir: los primeros cuadros de Man Ray nos elevan cincuenta centímetros; una foto de Dora Maar: un metro con ochenta centímetros; un cuadro de Magritte: dos metros y cincuenta centímetros… Pero veo que a ti no te importan las cuestiones artísticas. Mi generación le apostó todo a los misterios del arte, dio la vida por ellos y en cambio tú te sientas allí y te quedas dormido… Y claro, ahora te tallas la cara como si quisieras quitarte la niebla de encima… Despertar significa emerger de una oscuridad cavernosa, de la que no tenemos conciencia, y subir hasta un punto más alto, donde podemos entrar de nuevo en el cuerpo y los recuerdos, como quien se pone un calcetín.

Mientras dormías me pregunté: Si no es un fantasma ni un ladrón, y todo indica que no lo es, ¿entonces quién puede ser? Luego de muchas suposiciones, llegué a una conclusión: ¿no serás tú, por azar, el sujeto que intentó asesinarme? De sólo pensarlo se

me erizó la piel de la nuca. No me lo tomes a mal, pero aunque me asegures que no es el caso, es mejor que nos quedemos en ambos extremos de esta sala. Es lo más práctico: tú tienes la pared contra la espalda y yo también… Claro que creo en tu palabra, pero es mejor así. Nada puede tomarnos por sorpresa si estamos un poco alejados y podemos seguir conversando mientras deja de llover. Pronto amanecerá y vendrá mi secretario. Armado, por supuesto, él siempre anda armado.

Quizás deba aplicarte a ti el método paranoico-crítico… Porque si no eres un fantasma, un ladrón o un asesino, ¿no serás el espía que enviaron a vigilarme, por orden de cierto cacique? ¿El que me observa cuando trabajo en las esculturas y que, según entiendo, incluso ha llegado a fotografiarme mientras nado desnudo en mi poza privada? Al saber que un artista inglés, que huye de todo, viene a construir esculturas al corazón de la selva potosina, un cacique desconfiado y curioso mandó a su agente de confianza a averiguar quién es ese hombre y por qué hace cosas tan raras, por qué invierte su dinero en construcciones que nadie visita y casas inhabitables: obras bellas, pero sin función aparente, escondidas en el último rincón del planeta. Por eso es normal que el cacique se extrañe: Esas construcciones, ¿no tendrán una doble intención? Ese güerito, ¿no será un espía a las órdenes de una potencia extranjera? ¿Un doble agente, que prepara la destrucción del país? Eso se pregunta el cacique y no entiende: mientras lo piensa, se inquieta y tiene rachas de insomnio. Él, que lo domina todo, no comprende qué hago en Las Pozas, y le urge llegar a una conclusión. ¿No serás ese espía? He visto que llevas una de esas cámaras fotográficas muy pequeñas… En fin, aunque tú fueras el detective y yo el agente extranjero, si interrumpimos la conversación y salimos huyendo podríamos morir allá afuera: la tormenta está en su momento más fuerte y no hay manera de escapar. Ve cómo se mueven los árboles… ¿No será un huracán? La tormenta que comenzó con un trueno remoto y unas gotitas ahora parece desgarrar el cielo y arrebatarle toneladas de agua, ¿ves esa corriente? Se han formado ríos caprichosos, que recorren Las Pozas como los dedos de un gigante, uno que puede cerrar el puño cuando le dé la gana y

acabar con todo a su alrededor, incluyendo mis esculturas. Lo mejor que podemos hacer es seguir aquí, en este refugio, mientras la tormenta se cansa y se va. Como personajes de un drama que llegan por lados opuestos del escenario. O mejor aún: como el narrador y el lector, que se encuentran por azar en un libro, lo cual nos lleva a otra pregunta: si eso sucediera en alguna ocasión, ¿quién sería real y quién el fantasma, como se preguntaba todos los días Salvador Dalí?

¿Oíste ese trueno? La tormenta empeora. Por lo menos en esta selva, el trueno anuncia la llegada de un ente descomunal, el ser de cien brazos y mil garras, el monstruo al que llamaban Tláloc: el dios de la lluvia, el ser de largos colmillos, que porta un cinturón de serpientes y toca un tambor espantoso, el tambor del estruendo. Tláloc no sólo es el señor de la lluvia y los ríos, sino también de las heladas y los terremotos, un dios que se mueve bajo la lluvia como un actor en el escenario, y se pasea orgulloso, para disfrutar la tormenta. Es un artista, el dios Tláloc: un actor o un escritor que no cambia tu realidad, que no te rasguña y no te abre los ojos, es un pobre creador: cumplidor, pero desechable, como ciertos novelistas policiacos. En cambio, un buen actor o escritor debe habitar al personaje, transformarse en él, pasearse por sus secretos y ofrecer una serie de platillos exuberantes puestos en fila, en la que cada elemento ofrezca un festín de sensualidad, como ocurre cuando vemos ese cuadro de Dalí, el *Retrato de Mae West que puede utilizarse como apartamento surrealista*. ¿Lo conoces? Es una obra maestra, quizás uno de los mayores retratos hechos por un pintor, y lo tengo colgado en mi casa de Londres.

Cuando lo conocí, Dalí se jactaba de ser el mejor pintor del siglo veinte y quizás tenía razón. Él mismo reconocía que no era nadie si se comparaba con los maestros de la antigüedad. Pero dado que mis colegas son tan mediocres, decía, y que no saben nada de la técnica, agregaba, soy por mucho el mejor pintor de la actualidad, concluía. En su mejor momento fue el Vermeer surrealista: nadie logró ese dominio de la técnica, ni nadie tuvo ese sentido del humor. También es cierto que se volvió adicto al dinero: Breton no lo bautizó *Ávida dollars* por capricho. Era un genio inconfundible por su

originalidad, pero a fuerza de repetirse tanto y sin escrúpulos se volvió un canalla egoísta. En una de las pocas cartas que sí envié, le reclamé que vendiera su alma por dinero… la copia debe estar por ahí. Mientras fuimos patrocinador y pintor sólo discutimos por cuestiones artísticas. Pero en cuanto terminó nuestro acuerdo económico, me lanzó una serie de acusaciones muy bajas, que no merecía. Yo le reclamé que dejaba a mi cargo la realización de sus ideas y la solución de todos sus problemas, como si mi única función en la vida fuese cumplir sus caprichos, veinticuatro horas al día, los siete días de la semana. Y aunque Dios sabe que lo intenté, y que me consagré a eso, era imposible hacer feliz a Salvador Dalí.

Salvador tuvo dos problemas peculiares… Sí, su amor al dinero, por supuesto, pero en primer lugar su desdén por la realidad. ¿Te doy un ejemplo? Cuando hizo aquel retrato de Lenin que irritó tanto a Breton. André estuvo a punto de matarlo por la falta de respeto a los principios de izquierda, eso lo vi yo con mis propios ojos, nadie me lo va a contar: el cuadro se vio como una afrenta a la causa comunista y a los ideales del surrealismo, fue un momento muy delicado… aunque, claro, debo decir que todos los momentos en la vida de André Breton, de Salvador Dalí y del Partido Comunista fueron muy delicados… Estar de espaldas a la realidad: ése era el mayor problema de Dalí… por no hablar de sus limitaciones técnicas: era incapaz de imaginar sus cuadros en tres dimensiones. Él pintaba y creía que ya había terminado, como si un cuadro fuera una cosa plana. Pero los visitantes de sus mejores obras sabemos que un buen cuadro es infinito: las playas de Cadaqués inundadas por relojes que se derriten, elefantes en zancos, jirafas en llamas, tigres que salen del interior de una granada y mujeres con forma de armario, llenas de secretos, uno por cada cajón entreabierto, esos escenarios nunca van a concluir… Ay, mi buen Salvador, que empezaste tan bien y lo traicionaste todo, hasta tu propia imaginación. Pero volvamos al retrato paranoico de Mae West…

Allí, en el cuadro que fundó la arquitectura surrealista, en la que ya habían incursionado De Chirico y Delvaux, Dalí pintó una serie de muebles, que, vistos en conjunto, recordaban los rasgos de esa actriz norteamericana que fue objeto del deseo para muchos de mi

generación. Fue ella quien dijo: Cuando soy buena soy muy buena, pero cuando soy mala soy mejor, y: Sólo se vive una vez, pero si lo haces bien, con una es suficiente. En el cuadro de Salvador, las cortinas que permitían el paso al interior del cuarto formaban la glamourosa melena rubia y los seductores rizos de la actriz; en el cuadro de Dalí su nariz era una chimenea con un elegante reloj de oro diminuto, ubicado en la exquisita curva que se le formaba en la punta; sus famosos ojos azules nos miraban desde el interior de dos cuadros enmarcados, que continuaban la perspectiva de la habitación; su barbilla era un elegante piso de madera recién pulida y su boca, su boca, no podía creerlo cuando la vi, su boca era un sillón forrado de una relumbrante tela roja, en donde uno quería acostarse a dormir. Cuando vi ese cuadro quedé fascinado, como le ha ocurrido a todo el mundo desde entonces. Le dije a Dalí: Tenemos que hacerlo en tres dimensiones. ¿A qué te refieres?, me miró con su expresión de loco asombrado, las cejas alzadas, los labios apretados hasta la mínima expresión: Vamos a crear el rostro de Mae West, tal cual lo pintaste, le dije; construiremos una habitación con el rostro de Mae West, un cuarto que la gente pueda visitar, de modo que puedan habitar el rostro de Mae West e incluso sentarse en ese sillón y recibir el beso de nuestra actriz preferida. Me costó mucho convencer a Salvador, y por supuesto, como sucedía cuando la idea era mía, no suya, pronto fue suya y no mía, pero era yo quien debía realizarla y costearla, de modo que me hice cargo en persona: contraté al carpintero y al arquitecto, al diseñador de interiores, al diseñador de muebles: todos pensaron que estaba loco, pero cuando armamos por fin el sillón en forma de labios de Mae West y estuvo terminado, ni siquiera el propio Salvador podía creerlo. Tengo una foto aquí, mira: ¿verdad que es bonito? Pues bien, soy muy afortunado de ser el feliz propietario del cuadro y de los muebles. La persona con mayor derecho a disfrutar de esa obra, como decía Peggy Guggenheim. Yo he colaborado con Breton, con Magritte, con Man Ray, con Bertolt Brecht, con Leonora Carrington, con José y Kati Horna, pero la relación más importante que tuve, y la que me llevó a cometer mis mayores locuras y mis mayores inversiones, fue mi amistad con ese pintor catalán, que ocultaba un

oscuro secreto de familia y vivió una relación sentimental fraudulenta con una mujer que lo explotó a un nivel ridículo. Pero todo en Dalí era ridículo por entonces.

Su bigote, por ejemplo, es la cosa más ridícula que hay en el arte moderno. Todos lo recordamos por la excentricidad de sus mostachos, pero cuando yo lo conocí, en 1924, no usaba aún esos bigotillos largos como patas de insecto acuático, o antenas de langosta: era tan sólo un bigotillo recortado a ras de piel, que dibujaba dos medias lunas, o dos ridículas cimitarras sobre su labio superior. Entonces Dalí era enjuto y frágil como una copa de cristal. Lo pensabas dos veces antes de ponerle una mano en el hombro, y Dalí tampoco permitía que nadie le pusiera una mano en un hombro, le tenía horror al contacto físico: así de introvertido y nervioso era el joven Dalí. Cuando lo vi por primera vez, allí, sentado en la sala de los condes de Noailles, me recordó a una mantis religiosa, porque Dalí tenía los ojos saltones, y doblaba las manos hacia abajo, como si colgaran de las mangas de su traje. Eso pensé y Dalí volteó a verme, como si me hubiera escuchado. Comprendí que él era el autor del estupendo retrato de Marie-Laure de Noailles que colgaba en la sala de los condes y fui a saludarlo. Me llevé una sorpresa. Bajo la apariencia de fragilidad que exhalaba ese catalán, sus ideas eran vehículos todo terreno, resistentes a las críticas y los ataques más despiadados: un tanque tripulado por un colibrí.

Otros pintores muestran sus influencias en el interior de sus obras. Dalí mostraba sus influencias en su rostro. El bigote de Salvador era un homenaje público y permanente, como él mismo decía, al bigote del pintor español Diego Velázquez, mucho más denso y puntiagudo que el suyo. Cuando nos conocimos, a los pocos meses de tratarnos, la amistad era tan completa y tan extensa que nos influimos uno al otro: muy pronto él se vistió como yo, con los mismos trajes de tres piezas, y para corresponder yo me corté los bigotes y la barba como él, y, dado que nos parecíamos tanto, todo el mundo nos confundía. Incluso, porque las circunstancias lo exigieron, durante un tiempo estuve obligado a convertirme en él. Yo también fui Salvador Dalí. No, no te estás durmiendo de nuevo, eso

fue lo que dije: durante un tiempo yo fui Salvador Dalí. Para ser ladrón o espía eres uno de los más distraídos que conozco.

Los artistas famosos en todo el mundo existen porque hay una multitud trabajando para ellos. Yo fui una de esas personas: el patrocinador y mecenas de Dalí. Durante tres años seguidos le compré todo lo que pintaba, a cambio de una generosa mensualidad, que dejó boquiabierta a la misma Gala. Era una inversión descabellada, según mi contador, pero yo creía en Salvador y no me gustaba ver en apuros financieros a mi amigo. Salvador estaba obligado a entregarme todos los meses un cuadro mediano, un cuadro chico y cinco dibujos. Si pintaba algo adicional, tenía derecho a venderlo por su cuenta, siempre y cuando yo no estuviera interesado y no hiciera una oferta por él. No diré cuánto le pagaba, sólo diré que no era poco, que ningún pintor ganaba una cantidad similar, que fuimos muy felices con nuestro acuerdo, y que los más famosos cuadros de Dalí surgieron de ese patrocinio. Sus cuadros más logrados, los de imaginación más radical. Mis parientes y mi contador decían que yo estaba loco por derrochar mi dinero en esas pesadillas, pero yo no podía hacer menos, pues en ese tiempo, como te dije, yo también era Salvador Dalí.

¿Por qué me convertí en Dalí? Pues porque creía en su talento. Durante buena parte de mi vida puse todo cuanto estaba en mis manos para que la gente lo apreciara tanto como yo. Lo que no sabía es que a Salvador no había manera de satisfacerlo, y te lo dice alguien que lo intentó, uno que puso todos sus recursos a las órdenes de sus caprichos. Gasté buena parte de mi fortuna en construir su pabellón surrealista en Londres, y fue un éxito, pero él no estuvo contento: alegó errores en la interpretación de sus esquemas, frivolidad y descuido en la realización del concepto, mal gusto en la ejecución. Gasté otra fortuna en construir su *Sueño de Venus* en Nueva York, una instalación que multiplicó su fama por todo el mundo, pero a pesar de mi dedicación y sacrificios, el resultado le pareció repugnante, peor que si lo hubiera hecho Walt Disney, me reclamó. Ni yo, con mi fe y mis recursos, pude satisfacerlo. Lo movía una especie de motor delirante, como si en lugar de corazón tuviera una licuadora.

Una vez, por medio de Stefan Zweig, le presenté a Sigmund Freud, para que lo analizara, pero ni el mismo Freud pudo ayudar a Dalí. Freud, que no quería saber nada de los surrealistas, ni entendía por qué nos interesaba tanto, accedió a recibirnos a Salvador y a mí en su consultorio: No entiendo por qué un montón de locos me ha elegido como santo patrón, nos dijo, y cuando le pregunté si creía que los surrealistas estaban locos, agregó: Por completo no, digamos que en un 95 por ciento, como el alcohol absoluto. Mientras estuvimos ahí, Salvador no podía de la emoción: para él, conocer a Freud era como acceder a Dios Padre; mucho le costó presentarse y farfullar dos o tres frases para iniciar la conversación. Fueron dos o tres, pero a Freud le bastaron para clasificarlo. En cuanto Dalí guardó silencio, el respetadísimo padre del psicoanálisis se echó a reír: Usted no es una persona, es un arquetipo. ¡Eso le dijo a Dalí! ¡Usted cree ser muy complejo, pero es un arquetipo español en estado puro! Eso no le gustó nada a Salvador, que si bien disimuló su furia, me dijo en voz baja: Vaya decepción, este hombre es incapaz de reconocer mi genio. Así que el resto de la reunión, Dalí se dedicó a pintar a Freud en silencio, y a tomar nota de su rostro, con frenesí, mientras Freud, que se había aburrido del pintor, dio media vuelta para conversar conmigo. Uno de los momentos cumbre de mi vida fue ese instante en que Freud se tocó la barba y me miró: Cuénteme, ¿quién es usted? ¿Por qué no me cuenta su vida? No me lo pidió dos veces. Cuando logré controlar mi emoción le conté de mi padre, William James, que taló más bosques que nadie en América del Norte, mientras construía y se hacía millonario con los ferrocarriles, pero ignoró a su hijo; le conté de su muerte prematura, cuando yo tenía cinco años de edad, a costa de una enfermedad súbita, y, para sorpresa mía, le conté de la falta que me hacía: el vacío intenso que dejó con su ausencia, el cual ya creía superado, pero por lo visto no era así, y descubrí que la emoción me abrumaba. Para cambiar de tema le conté que por la injusta razón de ser el único hijo varón de mi familia, heredé la mayor parte de su fortuna, y las dificultades que eso provocó con mis cuatro hermanas. Le conté de la discusión mortal que tuve con ellas, obligadas a contentarse con una modesta dote y una pensión por el resto de sus

días mientras yo disfrutaba de millones; le conté cómo intentaron convencerme de repartir la herencia en partes iguales, y la resistencia que presenté, pero como ese tema aún me incomodaba, le conté de mi tío Daniel, el hermano más querido de mi padre, que amasó una fortuna escandalosa gracias a que cazó de manera ilegal cientos de elefantes africanos para vender su marfil, hasta que murió aplastado bajo las patas de uno de esos mastodontes, y dado que mi tío no tenía descendencia y mi padre había muerto, también heredé sus millones. Y por supuesto, le conté de mi madre, la bellísima y muy popular Evy James Forbes, amante de la moda por sobre todas las cosas, incluso sobre sus hijos, al grado que cuando iba a salir a la calle, le decía a sus sirvientes: Traigan a uno de mis hijos para que me acompañe. ¿A cuál, señora?, le preguntaba el ama de llaves. Al que combine mejor con mis ropas, decía mi madre, y por eso yo nunca salía con ella, porque era más fácil combinar a mis hermanas, que usaban vestidos, que a mí, que portaba conjuntos de marinero: sólo ellas salían, sólo ellas tenían la oportunidad de ver a mi madre con sus amistades, entre ellas el rey Eduardo VII de Inglaterra y las damas de la corte: así que si mis hermanas se quedaron con mi madre, quizás eso explique por qué yo me quedé con su dinero.

Freud alzó las cejas, incrédulo e imperturbable, como correspondía al padre del psicoanálisis, y mientras Dalí pulía su retrato, le conté que toda mi infancia, y más tarde, en la adolescencia, fui víctima del rumor de que mi madre era amante del rey Eduardo, y sufrí en silencio las humillaciones de mis compañeros, primero en la escuela primaria y más tarde en la universidad, donde me llamaban *Bastardo*. Le conté, entre lágrimas rabiosas, de la muerte inesperada de mi madre, poco antes de que yo cumpliera la mayoría de edad. Le conté que mis hermanas, irritadas porque heredé tres fortunas, y ellas sólo bicocas, me hostilizaron a tal extremo durante la última de nuestras reuniones, que llegué a la conclusión de que me habían envenenado. Le conté cómo mi hermana mayor me sirvió una taza de té, y me dijo: Entonces, ¿jamás cambiarás de opinión, Edward?, y a continuación fue a sentarse en el otro extremo de la habitación mientras estudiaba mi

semblante, como si algo inesperado estuviera a punto de ocurrir; le conté a Freud lo mal que me puse a medida que avanzaba la charla, cómo sentí que se me cerró la garganta y no podía respirar, y cuando mi hermana menor preguntó: ¿Te sientes bien?, salté de mi silla y grité: ¡Me envenenaron, canallas! y corrí a mi auto y sólo me sentí mejor a medida que mi chofer me llevaba al hospital, a buscar el antídoto, pero una vez que llegamos a la sala de emergencias, el doctor me miró y se burló: No está envenenado, es un simple ataque de angustia.

En fin: le conté a Freud de mi vida triste, de niño huérfano, adolescente humillado y hombre sin hermanas hasta que descubrí la poesía, hasta que descubrí a los surrealistas, hasta que conocí a Magritte y a Dalí, hasta que conocí a Marie-Laure de Noailles, hasta que me casé con Otilia. Hablé y hablé, y al final Freud logró comprender esa selva enmarañada que era mi alma, porque el padre del psicoanálisis se inclinó hacia mí: Yo no debería decirle esto, joven: contradice buena parte de mi trabajo, pero en vista de que no es una sesión de terapia, sino una charla informal, quiero decir que si usted impide que lo traten como si fuera un tapete, como si fuera el tapete de las personas que lo rodean, algún día llegará a hacer algo propio, de auténtico valor. Piénselo bien: deje de ser el tapete de los otros o nunca hará su obra propia y nunca veremos su rostro, y miró en dirección de Dalí.

Al oír eso, sentí que me iba a desmayar. Freud no tenía manera de saberlo, pero René Magritte me había hecho unos cuantos retratos, que se volvieron muy famosos, y en el más logrado aparezco de espaldas, en mi casa de Walpole Street, mirando el espejo de la sala. Pero en lugar de que el espejo refleje mi rostro, refleja mi cuerpo visto de espaldas, como si yo fuera un vampiro inglés con un traje a la moda, un vampiro que sólo se aprecia visto por detrás, como si una ley muy antigua impidiera que mi rostro fuera retratado. Se llama *La reproducción prohibida*, y está en mi casa de Monkton. Freud no tenía manera de conocer ese cuadro, pero dio en el blanco: ése era yo, el tapete sin rostro, el hombre que se ponía a los pies de los otros para no trabajar en su obra propia, el que quizás se sentía indigno de su dinero y eso explica por qué

patrocinaba a los otros. Ése era yo, un tapete con una cartera. Cuando pude recuperarme de la conmoción, advertí que Dalí llevaba rato carraspeando, con sus cuadernos doblados bajo el brazo, listo para partir. Me puse de pie: Gracias, maestro, ha sido un honor, y nos escoltó a la puerta. En el momento de salir, Freud se inclinó y me dijo en voz baja: Si a su amigo el pintor le queda algo de cordura, dígale que entre a terapia cuanto antes, o será muy tarde para que lleve una existencia serena. Eso le dije a Dalí pero, por supuesto, Salvador nunca regresó, a pesar de que se lo supliqué y ofrecí pagar la terapia. Esa tarde Dalí no podía creer que yo y no él hubiera sido el centro de atención para Freud: Eres un asno podrido, ¡menos que nada!, y cuando contaba nuestro encuentro con Freud, se reía: Conozco a muchos hombres normales que fingen estar locos. Pero Edward James es un loco auténtico, que finge ser una persona normal. ¡Pueden preguntar a Freud! Ah, Salvador… Es una lástima que el escarabajo de la desconfianza haya acabado con nuestra amistad. El escarabajo negro se incrustó entre Salvador y yo, y acabó con todo lo que nos unía… Y cuando digo *escarabajo* no me refiero a Gala. Me refiero a la suspicacia entre artistas y mecenas, que mucho se parece al escarabajo de las cortezas, el temido *bark beetle*, que se ve por aquí… No, no era difícil lidiar con Dalí: no lidiamos, fuimos amigos; Sí, tenía un ego descomunal; no, el ego no era su rasgo principal, por lo menos no en esa época; pero sí, por supuesto: Dalí nunca supo ser fiel a sus amigos. Si yo era lento y humilde como un tapete, él era un colibrí en un tanque de guerra.

Dalí no sólo me abandonó a mí cuando montamos el pabellón surrealista. También abandonó a Buñuel durante la filmación de *Un perro andaluz*. Buñuel le pidió a Dalí que lo alcanzara en París el día que comenzaba la filmación, incluso le pagó el billete de tren desde España, a fin de que Dalí pudiera participar en el rodaje del argumento que escribieron a cuatro manos. Sólo le hizo un encargo: Tráeme a París treinta hormigas vivas para filmar la primera escena, porque aquí no hay; de preferencia atrápalas el mismo día que vayas a tomar el tren, para que estén muy inquietas. ¿Y qué fue lo que hizo Dalí? Fue a París, salió de la estación, tomó un taxi y en lugar

de socorrer a su amigo, le ordenó al chofer que lo llevara al mejor burdel de la ciudad, donde se dedicó a tomar notas, según dijo, para documentar sus impulsos eróticos; luego, fue a hacerse un esmoquin; después, fue a ver al galerista Camille Goemans; por la noche, a cenar con Joan Miró, y sólo más tarde, muy tarde, tardísimo, llegó por fin a su hotel. Buñuel, que contaba con las hormigas por la mañana, estaba desesperado, porque la filmación estaba por comenzar y ni Salvador ni las hormigas aparecían. Lejos de ayudar a su amigo, Dalí le avisó que estaba enfermo y durante los días siguientes se dedicó a pasear por el Jardín de Luxemburgo y los alrededores, tratando de conquistar mujeres, según él, pero en realidad estuvo tres días de parranda con Joan Miró. Durante tres días seguidos, Dalí parrandeó con Miró: asistió a fiestas y cenas del *jet set* parisino, y no se apareció jamás por los estudios de cine. Por supuesto, Buñuel tuvo que atrapar él mismo las hormigas a las afueras de París, rugiendo de rabia, mientras Dalí festejaba. Sólo cuando Buñuel le mandó a decir que iban a filmar la escena en la que Dalí debía interpretar a un hermano marista y que, si no llegaba puntual, otra persona interpretaría ese papel, Dalí fue corriendo al set de filmación en los Studios de Billancourt. Una vez allí, también participó en la escena de los asnos podridos y del piano de cola, pero no se distinguió por su afán de colaborar con el pobre Buñuel, que debió resolver él solo innumerables problemas. No fue sencillo el primer film surrealista. Ninguno de los técnicos entendía qué estaban haciendo, por qué debían meter al set a dos asnos muertos, en avanzado proceso de putrefacción, ni qué pensaba hacer el director con esa navaja de barbero y una hermosa mujer; por no mencionar que había discusiones constantes entre Buñuel y su equipo. ¡Fue tan difícil filmar *Un perro andaluz* que incluso Dalí, que sólo se presentó unas horas, tuvo un ataque de nervios! El primer actor intentó suicidarse. Cuando filmaron la famosa escena del ojo, la escena más importante del rodaje, aunque sabían que era una ficción, fue tal el nivel de realismo que todos los presentes quedaron muy afectados. Cuando tomaron la navaja para fingir que cortaban el ojo de la actriz, Dalí dijo que no podía soportar eso, que Buñuel era un bruto y abandonó el set, y a causa de la tensión que había en

el ambiente, uno de los técnicos se desmayó. Por fortuna Buñuel supo resolver cada uno de los problemas sin Dalí, y así fue posible que existiera *Un perro andaluz*. Por cierto, ¿sabes que usaron un ojo de buey para simular el corte que vemos en pantalla? Compraron un ojo de buey, lo sobrepusieron al ojo de la actriz y eso fue lo único que cortaron. Nadie salió herido. Pero a pesar de ello, la escena de la navaja fue tan fuerte para la actriz, los actores, los técnicos y los testigos, como lo sigue siendo para cualquiera que vea esa película hoy en día, pero sobre todo para Buñuel, que en cuanto terminó de filmar cayó enfermo durante una semana. ¿Qué hizo Dalí? Siguió con el mismo tren de vida durante un mes más, siempre a costa de la producción, y regresó a España sin avisar. El pobre Buñuel tuvo que editar sin su ayuda *Un perro andaluz*, y afrontar él solo las reacciones airadas del público el día del estreno. Además de la burguesía parisina, con los condes de Noailles a la cabeza, también asistieron Picasso, Breton, Cocteau y algunos de los surrealistas más inflamables y explosivos. Buñuel estaba tan preocupado por la reacción del público y de sus colegas que salió a la calle y se llenó los bolsillos con las piedras más pesadas que pudo encontrar, a fin de defenderse él solo de ser necesario, mientras maldecía la ausencia de Dalí. Por fortuna, los millonarios y los poetas adoraron la película y Buñuel pudo devolver las piedras a la calle.

Escucha lo que escribió Dalí en su *Autobiografía de un genio*: "Cada día, cuando me despierto, y compruebo con alivio que soy Salvador Dalí, me pregunto cómo puede sobrevivir la gente que se despierta y descubre que no es Salvador Dalí". Esta frase le trajo muchas críticas a mi amigo, pero sólo yo sé a qué se refería. Para él era una cuestión de vida o muerte.

Durante toda su vida, Salvador luchó a muerte por atraer la atención de los otros. Antes de que él naciera, sus padres tuvieron a un primer hijo al que le pusieron de nombre "Salvador". Ese primer hijo murió antes de cumplir un año de edad, y a Dalí, que nació diez meses después del fallecimiento, le dieron el nombre de su hermano muerto. Suena sencillo, pero debió ser horrible. Imagínate: por toda la casa había fotos del primer niño, que fue muy querido, y cada vez que el papá de Dalí o su madre suspiraban y decían: Mi querido

Salvador, ¿por qué te moriste?, mi amigo gritaba: ¡No es cierto, papá; no es cierto, mamá: yo estoy aquí! ¡Estoy vivo! Dalí creía que todas sus locuras y excentricidades venían de esta situación. Decía que sus padres lo trataban como si fuera un ser de segunda categoría, un mero reemplazo, un niño inferior al hermano muerto, y nunca entendieron cuánto le dolía que lo ignoraran. Una vez confesó: Toda mi vida me he esforzado en demostrar que yo soy el verdadero Salvador.

Imagina que eres un recién nacido y te obligan a ser Salvador Dalí. Vaya trabajito. Y eso siguió toda su vida. De la tiranía de su padre se fue a vivir bajo la tiranía de Gala. No es que muchos la quisieran: Péret la llamaba "Gala la ponzoñosa" ("*Gala le gale*"), otros la llamaban "La Caja Registradora", y Buñuel estuvo a punto de estrangularla una vez. Harto de que Gala los interrumpiera a él y a Dalí con comentarios malintencionados y referencias al dinero, Buñuel la tiró al suelo e intentó estrangularla hasta que los presentes lograron detenerlo. Lo único que argumentó fue que no quería matarla, sólo quería ver cómo asomaba su lengua entre los dientes. En ese mismo instante Gala y Dalí echaron a Buñuel de Cadaqués y la amistad terminó para siempre.

A partir de allí, Dalí vivió una mascarada: quienes conocíamos a Salvador sabíamos que su relación sentimental con Gala era una farsa: nunca hicieron el amor y a los pocos años de vivir juntos cada quien tenía centenares de relaciones por su lado, relaciones homosexuales, en el caso de Salvador. Su matrimonio nunca fue una relación, fue una ficción mal llevada. Una ficción cara y dolorosa, que olía a falsedad. A asno podrido.

¿Que por qué lo soporté? Porque yo también quería crear, y algunas veces me salí con la mía, es decir: con la voluntad de Dalí.

Desde el principio supe que él era, o éramos, el mejor de la generación. Quienes recuerdan la exposición internacional surrealista recuerdan lo que preparó Dalí, o preparamos. Porque la exposición en Londres fue un verdadero éxito. El pabellón con sirenas vivas, las esculturas que incluían a la lluvia misma, los cuadros: todo lo hicimos entre los dos. Él ponía las ideas y todo el dinero y la organización que las hizo posible, las aporté yo, es decir: nosotros.

Y, como te digo, nos confundían tanto, que con frecuencia respondí por él. En la exposición surrealista de Londres organizamos conferencias de Breton, de Éluard y de Herbert Read, pero el único que causó una verdadera conmoción fue Dalí. Se metió en uno de esos trajes de buzo antiguo, que pesaba una barbaridad, se acomodó una daga en el cinto y un taco de billar, mientras que con la mano sostenía a mis dos gigantescos *wolfhounds* irlandeses. Salvador hubiera preferido un par de caballos, uno negro y uno blanco, a fin de aludir al banquete de Platón, pero no hubo manera de que el dueño de la galería aceptara semejante intrusión. Yo mismo compré el traje de buzo y le ayudé a ponérselo en una salita contigua de las galerías. Asistieron unas trescientas personas. Nada se puede comparar a ese momento en que Dalí entró a la sala principal, causando un escándalo con cada uno de sus pasos, como si estuviera caminando sobre la superficie lunar. Para que pudiera respirar le adaptamos un compresor de aire diminuto, que instalaron en la parte superior del casco de buceo, y para que pudieran oírlo, un micrófono dentro del traje. Pero el compresor falló. Al principio Salvador le habló a la audiencia en francés, lo cual acentuó la extrañeza de los presentes, y yo me vi obligado a traducir sobre la marcha: Buenas noches, damas y caballeros, tienen ustedes el privilegio de admirar al divino Salvador Dalí. La gente no sabía lo que estaba pasando: si era yo quien traducía mal a Salvador, o era Salvador quien hablaba de sí en tercera persona. La propaganda anunciaba que Dalí disertaría al azar sobre la paranoia, los prerrafaelitas, Harpo Marx y los fantasmas. Pero Salvador hizo lo que quiso, y yo lo seguí. Por supuesto, comenzó con su famosa afirmación: No entiendo cómo la gente puede vivir sin ser Salvador Dalí, y peroró cada vez más agitado y nervioso sobre el arte contemporáneo. Yo noté que algo extraño ocurría, extraño incluso para Dalí y que éste trataba de encontrar a alguien con la mirada, sin conseguirlo, hasta que comprendí que ese alguien era yo. Salvador gritó: ¡Me estoy asfixiando! Sólo entonces vi que el cristal delantero del casco estaba empañado, porque el compresor se había descompuesto. Dalí se desplomó sobre una de las sillas delanteras del improvisado auditorio, casi exánime, y los empleados de la

galería trataban de evitar que mis perros huyeran asustados. Paul Éluard y yo tardamos más de lo recomendable en abrir el casco, hasta que tomé un taco de billar y abrí un orificio en el traje de buzo: gracias a eso Dalí volvió a respirar. Para cuando le retiramos el casco, Salvador estaba bañado en sudor y elevaba los ojos al cielo. Lo primero que dijo fue: Dalí está vivo, gracias a Dios. Una inglesa muy desconcertada le preguntó por qué llegó disfrazado de buzo, y Dalí replicó: Para demostrar que, de todos los artistas vivos, soy el único capaz de sumergirse en el inconsciente del alma humana.

Al día siguiente todos los periódicos hablaron de eso, y exigieron una nueva conferencia de prensa. Dalí aceptó, pero tuvo un ataque de angustia, de modo que regresó a París sin avisarme, y adivina a quién le pidió que lo sustituyera, aprovechando el parecido físico… Por supuesto, tuve que convertirme en él. No teníamos otra opción, había asistido toda la prensa de Londres. Como dijo mi contador, que estuvo presente, fui un fracaso costoso: si bien yo podía describir el proyecto estético y los planes de Dalí mejor que el mismo Salvador, yo no era Dalí. La admiración que provocó Salvador con su *performance* se disipó en cuanto la gente vio que llegaba un tipo sin escafandra ni locura. Hasta ahí duró la ilusión… Pobre de mí, que creí ser Salvador y sólo era Edward James. Durante años no le perdoné esa vergüenza.

Aunque alguna vez me buscó, no nos hablamos.

No tenía caso.

Ya no era Dalí.

Luego lo busqué yo a él y no respondió.

No tenía caso.

Habíamos dejado de ser Salvador Dalí. El mejor Dalí de todos los que hubo.

Me lo encontré años después, en una galería de Nueva York. Vi a un viejito triste y disminuido, que caminaba con pasos de perrito faldero. No podía creerlo. Le pregunté: ¿Eres tú, Salvador? Tan pronto me vio me abrazó y me llevó a platicar a su restaurante favorito. Estaba muy, muy deprimido. Nadie lo quería a él, buscaban a un tercer Salvador: el artista excéntrico, cercano a la locura. Aunque al llegar a los Estados Unidos hizo todo lo posible por darle

la espalda a sus amigos surrealistas, a pesar de conocer la terrible necesidad económica en que se encontraban, no consiguió ayudarlos ni reconciliarse con ellos. Me contó: Si me topaba en la calle con Breton, me daba la espalda; si me topaba con Max Ernst, Max me insultaba y cambiaba de acera. Su relación con Gala, que siempre había sido una farsa, se había convertido en una extorsión: ella le exigía cada vez más dinero para mantener a sus jovencitos. Hay días en que debo pintar diez cuadros, lloraba Salvador, no puedo con ese ritmo; me levanto al alba, no desayuno y trabajo hasta que no puedo más, mientras ella se refocila con sus amantes. ¿Sabes cuántos cuadros buenos he producido este año? Sólo tres, que pinté a escondidas, que debía esconder cada vez que ella llegaba a mi estudio; sólo tres cuadros, querido, mismos que logré exhibir en la galería de un amigo la semana pasada, tres cuadros donde puse todo lo que soy, lo que sé, lo que he aprendido, y ¿qué resultado crees que obtuve? Me destrozaron. El mejor crítico de Nueva York había reprobado su última exposición, la única buena en mucho tiempo, y Dalí sufría la injusticia. Salvador me había traicionado, insultado, vejado y maltratado durante años, pero al ver vapuleado a mi viejo amigo, el impulso fue más fuerte que yo. Es cierto: Salvador sólo pensó en dinero en una buena parte de su carrera, pero también arriesgó más que nadie y trabajó las veinticuatro horas del día durante el tiempo que vivió sobre la Tierra. No pude soportar eso, y le dije: *Vamos a recuperar tu dignidad, querido.* Esa misma mañana dibujamos unos volantes sobre una hoja de papel e imprimimos diez mil copias: Dalí como pintor satírico y yo como poeta excéntrico refutamos los argumentos del más burlón de los críticos neoyorquinos y sugerimos cuánto valía su opinión… era un volante muy divertido, algunas copias deben estar aún por aquí, en alguna parte. Y luego, porque no todos los hombres son Salvador Dalí ni todos trabajan lo suficiente, rentamos una avioneta publicitaria y durante una tarde exquisita, arrojamos los diez mil volantes sobre el edificio en que vivía ese crítico, en la calle 59. La avioneta tomaba vuelo desde el lado este de la isla, bajaba sobre el puente de Queensboro, rebasaba las tiendas departamentales, bajaba al ras sobre el zoológico, hacía rugir a los animales,

sobrevolaba Central Park y cuando parecía que se iba a estrellar contra el Plaza, soltaba su divino cargamento, se elevaba y volvía a su posición inicial. La avioneta bajó cuatro veces en una hora: el desconcierto de los vecinos fue genial, el crítico incluso se asomó a la ventana, sólo para recibir la lluvia de volantes. Salvador bajó mareado pero feliz y como mi chofer no se veía por ningún lado, caminamos hasta un sitio de taxis para volver a Manhattan. Pero platicamos tanto allí, de pie, que todos los autos se fueron, e insistí en que Salvador tomara el último. Gracias, Eduardo, me dijo y me dio el último abrazo que la vida nos tenía reservado. Al darse cuenta de que su cliente era Dalí en persona, el chofer del taxi lo miró como si Salvador estuviera a punto de hacer llover en el interior del vehículo y convocar a un ejército de caracoles para que invadieran el auto, como hizo en su mejor instalación. Como descubrí hace años, sólo un verdadero creador es capaz de crear ese tipo de magia entre las personas, tal como hacía Salvador. También comprendí que una parte de mi pasado se iba en ese taxi, y que todas las amistades terminan bien o mal, pero siempre en una especie de triste aeropuerto del alma humana.

No, Salvador jamás pudo llenar el lugar de su hermano.

Pero nadie, ningún artista tomará el lugar de Salvador.

4
El ojo de la tormenta

Hace un rato pensaba: Si no es un fantasma ni un ladrón, y tampoco un asesino o un espía, podrías ser el detective que me enviaron de la embajada británica. ¿Cómo dices que te llamas? Carlos Treviño, de La Eternidad, Tamaulipas. No lo puedo creer: eres la persona que esperaba. Me hablaron maravillas de ti: dicen que fuiste policía y ahora eres detective. Según el cónsul de Gran Bretaña en México eres un sujeto confiable y honrado. Que fuiste tú quien detuvo al peligroso asesino de la sierra eléctrica, y a los culpables de aquel famoso secuestro, en el cual estuvo involucrada la policía regional. Y hablas un poco de inglés, lo cual facilita las cosas.

¿Dices que fuiste a explorar el sitio del atentado? No hay mucho que ver: un montón de troncos en la parte superior del cerro, y los restos de uno de ellos junto a los escalones de piedra: el tronco que casi me mató. Estoy de acuerdo contigo: un tronco de ese tamaño no rueda por sí solo, y a menos que *mister* Harry Houdini esté por aquí, las cadenas de ese grosor tampoco se sueltan por sí mismas. Pero no recuerdo a nadie que me odie a ese extremo. ¿Quieres saber si tengo algún enemigo? Si exceptuamos a un vecino ambicioso, que ha intentado comprarme este rancho, no tengo enemigos, o no que yo sepa; sólo me he alejado de algunos de mis colegas por motivos financieros: dejé de apoyar los proyectos que realizaban para mí, pero no los considero enemigos, y los que tengo no vendrían hasta acá a buscar venganza. ¿Quieres sus nombres, a pesar de todo? Bueno: André Breton, Salvador Dalí, Peggy Guggenheim por nuestra concepción del arte, aquel crítico en Nueva York, pero nada más. En este país nadie te hablará mal de mí… si exceptuamos a unos cuantos jóvenes artistas a los que les debo algo de dinero, por supuesto: Leonora, Pedro, José. Un poquitín, nada más. Y en este pueblo, menos. En Xilitla casi todos tienen un pariente que trabaja para mí. Ganan más como carpinteros, albañiles o leñadores en dos meses que en sus propios oficios el resto del año. ¿Qué tal me llevo con ellos? Como si fueran mi verdadera familia.

¿Por qué estoy aquí y no allá, arriba, en el pueblo? A veces uno desconfía de su familia… Me pareció más seguro. Casi nadie se acuerda de esta pequeña casa que tengo en la parte más remota de la selva, y no cualquiera sabe llegar. Ni los leñadores la conocen. Sólo algunos alacranes que me encuentro en el pueblo se las ingenian para seguirme hasta aquí. Y para responder a tu pregunta, ayer por la noche ocurrió un hecho inquietante y preferí esconderme en esta casa en la selva, sin avisar a nadie.

Los perros del pueblo se ponen como locos cuando huelen a un animal salvaje. Y ayer que estaba en casa de mi secretario, descansando en la habitación que me proporcionó, se pusieron a ladrar con toda su furia por unos diez minutos. No había fuerza humana que los calmara. Me asomé por la ventana y vi que una espantosa camioneta verde, que parecía del ejército, subía por la calle de acceso a Xilitla desde el sur. La vi ascender con dificultades: a ratos caía en los baches, a ratos se resbalaba en el camino empedrado y entretanto las luces intermitentes de la torreta, el resplandor rojo y azul, iluminaban la barranca con su baile.

Cuando por fin superó la pendiente, la camioneta se detuvo frente a la casa de mi secretario, del otro lado de la calle. Uno de los perros no dejó de ladrar hasta que el motor se detuvo. Como hago desde que sufrí el atentado, me oculté tras las cortinas y aguardé un tiempo prudente antes de mirar a la calle de nuevo. Para entonces una sombra enorme había descendido y se estiraba en todas direcciones, hasta que alzó el rostro de golpe, como si hubiera detectado mi presencia. Me escondí cuanto pude tras las cortinas y me quedé quieto hasta oír que cerraban el auto y tocaba el timbre de la casa. Tenía la impresión de que un monstruo venía de visita.

Antes de que pudiera calmarme, mi secretario tocó a la puerta: Te busca un policía. Pásalo a la terraza, le dije. Me miré en el espejo y me sentí más estropeado que el retrato con rasgos de fauno que Leonora me hizo, pero me cepillé la barba y el cabello, y salí a recibirlo.

Bajamos las escaleras, al final de las cuales mi secretario había colocado la silla de ruedas: insistió en que la usara. Quise decirle que ya no era necesario, pero la ligereza que había alcanzado en el

sueño se había convertido, ahora que estaba despierto, en una pesadez preocupante, como si me hubieran quitado la energía necesaria para moverme: incluso mis piernas tenían la intención de quedarse clavadas en el piso.

Mi secretario me empujó a la terraza. Un poco de niebla se concentraba alrededor de los faroles y entonces lo vi. Desde el principio tuve la impresión de que uno de los grandes, enormes y desagradables cerdos peludos que aparecen en los cuadros de Leonora había escapado de las pinturas de mi amiga y estaba ahí, sentado en mi terraza y bebiendo una cerveza que mi secretario le ofreció. Moreno como un jabalí, de cabellos lacios como las cerdas de un puerco y espesos, insondables lentes oscuros de piloto aviador. Al vernos, se puso de pie, esperó a que me acercara y me entregó con la tinta corroída por la humedad:

Comandante Margarito González
Director de la Policía Secreta
de La Eternidad, Tamaulipas

Nunca me ha gustado la policía secreta, y no intenté disimularlo: ¿Trabajas en La Eternidad?, le pregunté en mi español deficiente ¿Y qué se te perdió en Las Pozas, hombre?

El representante de la justicia a la mexicana, que sin duda esperaba un mejor recibimiento, me mostró unos papeles: El señor Santos supo que intentaron matarlo, y como usted es una persona valiosa, que contribuye, que pone de su parte, que le da trabajo a gente del estado y la región, me comisionó a ver en qué puedo ayudarlo. En menos que canta un gallo voy a agarrar a ese tal por cual.

Mi secretario, que estaba de pie, a espaldas de mi silla de ruedas, sufrió de un ataque de tos en cuanto escuchó el nombre del señor Santos. ¿Qué diablos se le había perdido en Xilitla a ese hombre? Sabía de él desde que llegué a Xilitla, cuando compramos Las Pozas; aunque ya no era el gobernador del estado, era el

cacique de la región, y sin duda uno de los hombres más influyentes del rumbo: era él quien elegía a los gobernadores.

Gracias, le dije, pero no pienso levantar una denuncia. La idea de ver a un agente de la policía secreta interrogando a mis vecinos de Xilitla me parecía repugnante.

Perdóneme usted, *mister* James, insistió. Trataron de matarlo cuando usted caminaba por su jardín, ¿y no quiere que detenga al asesino?

Aún estoy vivo, le dije.

¿Y si lo vuelve a intentar?

Estoy seguro de que fue un accidente. Sería muy petulante de mi parte asegurar que fue un atentado.

El policía gruñó como si quisiera arrebatarle una presa: ¿Y si el atacante fuera uno de sus seres más cercanos, señor James? Usted es muy rico, ¿no se ha preguntado quién podría beneficiarse con su muerte?

Cuando eso decía, sentí que algo caminaba por el dorso de mi mano: un gran alacrán negro, pinzas en ristre. Me sacudí tan fuerte que lo lancé hasta la terraza: Ninguno de mis conocidos entra en esa categoría.

Y dígame, señor James: ¿en qué jardín lo atacaron? ¿Aquí mismo?, señaló el pequeño jardín con alberca.

No, le dije, en otro jardín que tengo allá abajo. Uno más grandecito, de cuarenta hectáreas.

El policía se quitó los anteojos oscuros y adoptó una expresión espantosa, hasta que comprendí que me sonreía: Usted me cae muy bien, *mister* James, así que voy a explicarle cómo son las cosas. En este país hay delitos que la gente puede callar, y olvidar, y delitos que la ley está obligada a seguir, aunque las víctimas no lo requieran. Lo que le pasó a usted es un asunto muy grave. Si usted no hubiera reaccionado con agilidad, no estaría con nosotros. ¿Y qué van a pensar sus vecinos si no detenemos a su atacante, o atacantes? A la ley hay que respetarla, *mister* James, y por órdenes del señor Santos yo estoy aquí para ver que se cumpla. Vamos a detener al individuo que lo atacó, aunque a usted no le guste.

Sentí que el golpe que recibí en la espalda me punzaba: En realidad no fui yo quien reaccionó, dije. Fue mi querida Venetia quien me arrastró y me salvó la vida.

El policía me miró con gran interés.

¿Y esta Venetia habrá visto algo, o a alguien?

Mi secretario carraspeó pero fingí no notarlo.

Por supuesto que sí. Es mucho más despierta que yo.

¿Puedo hablar con ella?

Puede intentarlo.

Me interrumpió mi secretario, que no quería problemas con semejante persona:

Venetia es su mascota: una boa ratonera.

Ah chinga'o. ¿Una boa?

La última vez que la vieron se metió al rancho del coronel Villafuerte, por aquí cerca. Si la ve, tráigala aquí de regreso: sabré agradecerle. Eso me importa más que ir a buscar a un supuesto asesino. Ahora, con su permiso, me voy a dormir.

El comandante se fue muy disgustado. Yo sabía que iba a regresar: al señor Santos nadie lo ha desairado, al menos no en esta parte del planeta.

Todo es culpa tuya, mi secretario estaba nervioso. ¿Qué vas a hacer si regresa? Si el señor Santos te quiere chingar, te chinga.

Soy ciudadano británico.

Eso no lo va a detener.

La pesadilla, el atentado, la niebla, el policía: era demasiado para una semana. Por si no fuera suficiente con el dolor de la espalda, también debía atender a un depredador que había olfateado la sangre.

Por eso me vine a refugiar aquí. Tenía mucho en qué pensar. Nunca me han amenazado de muerte, ni he estado en la lista de los más buscados por la policía alemana, como fue el caso de Max Ernst…

¿Piensas ir a investigar? No estoy seguro de que la lluvia vaya a detenerse. Si me permites un consejo, espera a que amanezca: ayer fue día de quincena, de modo que todos los albañiles deben estar bastante ebrios en la única cantina que tenemos: no te será difícil

hallarla: escucha: ese ruido que se oye a lo lejos son los corridos que tocan en la rocola. ¿Piensas ir ahí? Debes estar loco…

Si no puedo hacer nada para detenerte, pregunta por don José, el maestro carpintero, dile que vas de mi parte. Él te puede orientar. Pregúntale quiénes son los leñadores y si están ahí, que te lleven al lugar de los hechos. Un detective experto como tú podrá atestiguar que todo fue un accidente.

Veo que te asomas por la ventana una vez más, pero es imposible ver más allá de la lluvia. Antes tenía un generador de corriente, que permitía encender la luz de la sala y mi tocadiscos, pero espantaba a muerte a mis venados, así que se lo regalé a don José, para que lo use en su casa. Ahora sólo uso quinqués de aceite y aparatos de baterías, y si quiero algo frío, por ejemplo, una botella de whisky y una bolsa con hielos, voy a casa de mi secretario y asalto su refrigerador. Son bonitas esas ventanas, ¿verdad? Insistí en que fueran de estilo gótico. Así, si despierto en la noche, sé que me encuentro aquí, y no en Monkton House, en Culross Street, o en mi querido Hotel Regis. Cuando las tormentas me sorprenden en Las Pozas, me quedo a dormir aquí. ¿Sabes lo que hago cuando llueve? Escribo cartas.

Los mayores secretos de mi vida se encuentran dispersos en las cartas que han salido de aquí. Si alguien, alguna vez, deseara escribir mi biografía, no tendría más que reunirlas y transcribirlas.

¿Ves ese papel, escondido entre los cojines del sillón? Pásamelo por favor: es una carta para Leonora: una de las muchas que nunca le mandé. Si no te importa, quisiera terminarla antes del amanecer, para echarla al correo. Dado que aún me duelen la espalda y un brazo, ¿podrías tomar mi dictado? No me lo tomes a mal, pero me sentiría mejor si tienes ocupadas las manos y puedo ver cada uno de tus movimientos. Es la primera vez que contrato a un detective mexicano y no sé qué esperar.

Leonora y yo tuvimos una diferencia: el día que me concedió el privilegio de entrar a su estudio tuvimos un problemita. El lugar era tan estrecho que no parecía un estudio, sino un estuche para pinceles. Leonora pintó sus mejores cuadros allí. Yo no esperaba tanta magia, y por supuesto quedé fascinado, pero cometí una

torpeza inaudita: intenté regatear. Ofrecí una cantidad tan baja que Leonora me echó de su casa y hasta este momento no he sabido cómo excusarme, así que eso es lo que voy a escribir: una disculpa. Destapa la pluma y apunta: esta noche serás mi tercer secretario mexicano:

> ¡Oh, Leonora!

Sí, Leonora con "e", que no te confunda mi pronunciación. Apunta, por favor:

> ¡Oh, Leonora!
>
> ¡Te ruego que me perdones! No fue maldad sino ignorancia lo que me llevó a actuar así. No hace mucho que llegué a este país y desconozco aún las costumbres locales. No soy, por citar tus palabras, Un verdaderou cabroun y un gran pedazou de excrementou.

Transcribe lo que escuchaste, no le tengo miedo a las malas palabras, ni Leonora tampoco. Así habla ella, es una cita textual:

> Tan pronto salí de tu casa, Leonora, cuando aún escuchaba la cadena de insultos que me dirigiste, querida, todos indignos de nuestra amistad, cariño, y de una dama como tú, Leonora, sentí un fuerte dolor en el pecho que me impidió caminar…

Es verdad: sentí un dolor en el pecho. No, no estoy inventando nada, o quizás un poco, un poquito nada más:

> Me dolía tanto, Leonora, que me vi obligado a tomar una habitación en el primer hotel que encontré, pues estaba en riesgo de morir. ¡Oh, Leonora! ¡Disculpa los excesos de nuestra charla! ¡Nunca quise ofenderte, querida! Lejos de mí tal intención. Tengo cuarenta años en este país exótico, lleno de

> sutilezas, regido por ellas, pero aún no comprendo por completo ni el idioma y me confunden las costumbres mercantiles más elementales, la manera local de hacer tratos, el modo como la vida económica, el flujo vivificante de los arreglos financieros se realiza en este país.

Ya sé que no tengo un gran estilo: hago lo que puedo con lo que tengo. Sigamos:

> Por ignorancia, sólo por eso, Leonora, hice una oferta tan baja. Una propuesta lamentable, en verdad. Porque según entiendo, ésa sería la raíz del problema. Lamento haber visto tu cuadro y haber ofrecido sólo diez dólares. Si ofrecí esa cantidad por ese cuadro tuyo, en verdad impresionante, producto de meses de trabajo, no fue por las razones que tú, en tu justa indignación, oh, Leonora, argüiste contra mí: tacañería, mezquindad, avaricia, ruindad o cicatería. Y por supuesto, tampoco se debe, por citar de nuevo tus palabras, a que y sea *Un perfecto cabroun.* No, amiga mía: lejos de mí esas bajezas morales que, sumergida en la confusión del momento, me adjudicaste sin piedad. Heriste con fuerza mi delicada sensibilidad…

¿Te parece que me hago la víctima? Tienes razón, borra este párrafo y prosigue. Vaya que eres un secretario exigente:

> Respeto tu trabajo, te respeto a ti como persona, Leonora, y, por supuesto, siempre he tratado de honrar la amistad que tenemos con nuestro amigo en común, tu exesposo, Max Ernst… A él, por cierto, le ofrecí doscientos dólares por un cuadro…

No es necesario que me lo digas: eliminamos este pasaje también. Ya nos estamos entendiendo:

> Si persistes en esa explosión de mal humor, en esa furia, querida, no me reclames a mí, cariño, sino a las leyes del mercado, Leonora, que son inclementes e inducen a error. Culpa también a la trágica vocación que he elegido para mí. ¿Que fui un miserable? ¡Lo acepto! No es fácil brindar el mecenazgo generoso que ofrezco a artistas como tú. Cada vez que lo hago, postergo mi proyecto personal.

Leonora sabe a lo que me refiero, no necesito darle explicaciones. Soy artista, pero patrocino a mis colegas, y haciendo eso, me arruino. Me he gastado la mayor parte de mi dinero en comprar cuadros. Prosigo:

> ¿No crees que yo también querría que me ofrecieran diez dólares por cada poema que no he logrado terminar, disperso y concentrado en el mecenazgo que practico? En fin, te suplico que nos veamos para aclarar esta terrible confusión. ¡No perdamos la amistad por diez dólares, oh, Leonora!

Dices que no te parece nada bien mi redacción y que revela mi tacañería y cierta mezquindad innata… eres mal secretario, pero buen terapeuta, tienes razón. Tacha lo anterior y apunta:

> Dime, oh, Leonora: ¿aceptarías mis disculpas si ofrezco la misma cantidad que le pagué a tu marido en su mejor momento? Doscientos dólares por cada cuadro. O mejor aún: trescientos. Si no me equivoco, querida, después de ese malentendido no aceptarás recibirme pronto, Leonora: quizás nunca, así que me veo obligado a escribir: si no vas a recibirme de nuevo, cariño, hay algo que debes saber, y que yo debería revelarte. Es algo sobre el buen Max. Sí: Max Ernst, el primer amor de tu vida. El hombre con quien te casaste en Francia y al cual perdiste de vista en la guerra. Antes de venir para México me lo encontré en Nueva York, con el resto de los surrealistas exiliados. No logré contártelo en nuestra primera reunión porque se suscitó el

problemita, y creo que deberías estar enterada. Si mi arrepentimiento y mi súplica no fueran suficientes, insisto, permíteme contarte lo que sé sobre él. Algo que, ni siquiera tú, sabes por el momento, Leonora.

Claro que le puedo hablar en ese tono: a Leonora la conozco como a la palma de mi mano, y así me habla ella a mí: nuestras familias giraron en torno a la familia real británica. La gente importante en mi tierra cabe en un pañuelito. Conozco la vida de Leonora como si fuera la mía: siempre supo que no se iba a casar con un miembro de la realeza para darle gusto a su padre, que no dedicaría su vida a organizar tés de caridad como le suplicaba su madre, que no realizó estudios convencionales, como quería su familia. En cuanto fue mayor de edad se fue a un departamento y se dedicó a pintar. Reconozco que se necesita valor y que Leonora lo tiene. Yo, en cambio, no podría renunciar a mis privilegios: siempre he sido un afortunado delfín que nada en el mar del dinero. Nací ahí, crecí flotando, nunca aprendí a vivir de otro modo. Pero sigamos…

Sabes, porque eso no lo olvidarás nunca, Leonora, que cuando tenías dieciocho años tu amiga Ursula Blackwell y su esposo, Ernő Goldfinger te presentaron a Max. El romance fue instantáneo, querida, y a partir de ese día ustedes dos nunca se separaron. Haría falta que el mundo entero girara en otra dirección, te decía Max, para que ese amor terminara. Seis meses después te fuiste a vivir con él, contra la voluntad de tu padre.

No es poca cosa tener en contra a Harold Carrington, el sagaz empresario, el accionista principal de Imperial Chemical Industries, a quien mi propia familia prefiere mantener a distancia… Pero eso no lo pongas; prosigue:

Mis respetos, Leonora: acompañaste a Max en las buenas y en las malas.

¿Qué tan peligroso era el padre de Leonora? ¿Sabes cómo reaccionó al enterarse de que su hija huyó con un pintor pobre? Llamó a sus contactos en el gobierno, acusó a Max de ser pornógrafo y corruptor de menores y puso en contra suya a la policía británica. Pero Max y Leonora ya estaban en Francia, donde vivieron tres años. Cuando estalló la segunda guerra se mudaron al campo, a Saint-Martin-d'Ardèche. Querían dedicarse a pintar, y pintando pasaron los años siguientes. Con los ahorros de Max y con un préstamo de la madre de Leonora, compraron una hacienda antigua y se dedicaron a restaurarla y a decorarla. Juntos esculpieron una sirena y un minotauro en la fachada, pintaron animales fantásticos en los pasillos, Max incrustó distintas variantes de su personaje, el ave Loplop, en cada pared de la hacienda: cada rincón se lo disputaron los cuadros de Max y Leonora. En sus ratos libres, cultivaban un modesto viñedo, en el cual fabricaban su propio vino.

Mientras la Alemania nazi ganaba terreno, ellos se propusieron ignorar lo que pasaba en el resto del mundo, pero la guerra entre Francia y Alemania seguía, y Francia llevaba la peor parte. Te estoy hablando de 1943, aproximadamente: Man Ray y su pareja Ady, Paul y Nusch Éluard, Lee Miller y Roland Penrose fueron a advertirles: en varias ocasiones a más de uno de ellos los habían abordado personas sospechosas, sin duda detectives enviados por el papá de Leonora, personas que preguntaban dónde podrían encontrarlos, pues la furia de su padre lejos de disminuir se había incrementado. Man Ray y Éluard les preguntaron si sabían lo de Hitler. El Führer ordenó confiscar dos cuadros de Max que exhibía su galerista en Berlín, y luego de declarar que el arte de Max era un arte burgués y degenerado, que buscaba corromper a la juventud alemana, anunció que aplicaría un castigo ejemplar: pronto deportaría a Max y a su colega Hans Bellmer y les cargaría todo el peso de la nueva ley, la ley del Partido Nacional Socialista. Max abrazó a su mujer: Yo sólo quiero pintar, y que me dejen amar a Leonora. Es imprudente que sigan en Francia, insistió Éluard: Breton y otros amigos ya están en Marsella, son refugiados de la embajada americana, están tramitando una visa para irse a los Estados Unidos. Lo vamos a pensar, dijo Max… Pero antes de que pudieran reaccionar, unos días

más tarde, Leonora oyó que un grupo de personas muy hostiles se acercaba por el bosque y comprendió que el mundo comenzaba a girar en sentido contrario.

Un grupo de soldados franceses arrestó a Max: lo acusaron de espiar en favor del Tercer Reich, lo cual era ridículo, pues Max siempre destacó entre los pocos artistas que criticaron a Hitler. Pero los soldados fueron inflexibles: Max apenas tuvo tiempo de ponerse un saco, tomar unos cuantos colores y su pasaporte. Antes de salir, besó a Leonora y le dijo en voz baja: Avisa a Éluard, él tiene amigos en el gobierno que podrían ayudarnos; cuida la casa, por favor. Leonora quedó devastada… No es necesario que tomes nota de lo anterior: todo eso lo sabe mi amiga.

Durante las siguientes semanas Leonora denunció el arresto de Max ante el gobierno francés, escribió a cuanto político conocía en París, le rogó a Éluard que tomara cartas en el asunto, y trabajó de sol a sombra para salvar los viñedos. Supo que enviaron a su esposo al campo de detención de Les Milles, en el sur de Francia. Que los artistas Hans Bellmer y Victor Brauner compartían una tienda de campaña con él. Se enteró que en el campo de detención los alimentos eran escasos, que no había atención médica, sólo contaban con dos letrinas y una toma de agua para dos mil presos, lo cual provocaba riñas constantes, muertos y heridos; que eran frecuentes las epidemias de disentería. Que una fábrica de ladrillos próxima expelía un molesto polvo rojo que hacía toser a los detenidos. Que la tos no abandonaba a Hans Bellmer ni al señor Ernst, y que Brauner adquirió una infección en un ojo, que poco después debieron extirparle. Toma nota, por favor:

> ¿Recuerdas, Leonora, lo angustiada que estabas cuando Max estuvo detenido en Les Milles?

No, no es grosero de mi parte recordarle esto. Cuando recibió la primera carta de su marido, Leonora supo que Max se ganó la enemistad del director del campo, y durante una inspección éste le decomisó los colores y otros instrumentos de pintura. Para no

volverse loco, Max se acostumbró a alzar las revistas que otros presos desechaban, a fin de recortar las figuras, y con ellas creó sus mejores *collages*, los cuales escondía en el forro de su larga capa negra. Cuando por fin consiguió el permiso del gobierno francés para visitar a Max, Leonora le llevó comida: salchichones, manzanas, café, e instrumentos para pintar: pinceles, tijeras pequeñas, tubos de pintura al óleo, libros con ilustraciones de Gustave Doré para que los recortara, y algo de dinero escondido. Le contó que Paul Éluard perseguía día y noche a los diputados para solicitar su liberación, pero ninguno aceptaba ayudarlo. Leonora lloraba sin consuelo, Max la abrazaba y le juraba que estaría bien, que no dejara de escribirle todos los días, hasta que un soldado ordenó que las visitas se retiraran y los obligaron a despedirse para siempre.

Al regresar a la hacienda, Leonora recibió una carta de Éluard: las más altas autoridades francesas, que ahora colaboraban con los alemanes, reconocían de manera definitiva que no podían hacer nada para liberar a su esposo. Durante horas, Leonora se dejó arrastrar por el dolor: se jaló el cabello, lloró hasta el cansancio, bebió dos botellas de vino hasta perder el sentido. Al día siguiente, un par de amigos suyos, enviados por su padre, aprovecharon su crisis para deslizar un tranquilizante en su bebida; se aprovecharon de su debilidad para subirla a un auto y se la llevaron a Madrid. Al comprender que fuerzas mayúsculas se confabulaban para separarla de Max, Leonora se negó a hablar con nadie y mostró síntomas de depresión y tendencias suicidas. En Madrid su padre arregló que la internaran en el manicomio de la Covadonga, donde le aplicaron Cardiazol, un equivalente químico de los electrochoques. Estuvo ahí más de un mes, encerrada y torturada, sin permiso para escribir a su esposo. Esto es lo que Max nunca supo. Que con todo su poder económico su suegro trató de anular la voluntad de Leonora y regresarla a Inglaterra, o internarla para siempre en un manicomio. Ahora sí, apunta:

> Lo que no sabes, querida, porque Max nunca te lo contó, es lo que me dijo a mí en Nueva York: que a las dos semanas sin tener

noticias tuyas, tu esposo se moría de angustia y escapó del campo, poniendo en riesgo su vida. Le pidió a Victor Brauner que falsificara un salvoconducto. Bellmer le advirtió: Si te atrapan con él, te fusilan. Pero Max no lo dudó: Necesito encontrar a Leonora. Que sea como quieras, suspiró Brauner. Cuando nadie observaba, Brauner levantó unas tablas del piso y extrajo los instrumentos que usaba para falsificar documentos. Esa noche, Brauner se acercó a los soldados que vigilaban la puerta y les ofreció cigarros, mientras Bellmer y Ernst se deslizaban al exterior. Una vez fuera, corrieron a las colinas. Cada vez que la luna se ocultaba, los dos pintores corrían por el bosque y avanzaban hacia Saint-Martin-d'Ardèche. Dormían en graneros e iglesias abandonadas, y se ocultaban tan pronto detectaban a otras personas. A medida que se acercaban a su vieja casa, Max se mostraba cada vez más ansioso.

Cuando por fin llegaron, Max vio que un grupo de personas daba una fiesta en el comedor. Uno de los comensales advirtió su presencia y se hizo un silencio incómodo. Max reconoció al tabernero del pueblo y le preguntó por ti. El comerciante juró que tú, querida, te habías ido de golpe, sin avisar a nadie, pero que antes le vendiste la casa. Max no cabía en sí de la rabia. Tomó al tabernero por las solapas y le gritó: Leonora no haría eso nunca. Un gordo con corbata de moño saltó a defenderlo: No, señor, todo fue legal; la señora Carrington vendió esta casa antes de irse y mi amigo la compró: soy el notario del pueblo, yo mismo preparé los papeles. El tabernero añadió: Le pagué muy bien por la hacienda; su esposa no quería saber nada de usted. Max examinó el certificado de venta con la firma de Leonora y no lo podía creer: Ustedes se aprovecharon de la guerra para robarnos la casa. ¡Ladrones de mierda! El notario golpeó la mesa: Como alemán, usted no es bienvenido en Francia. Si no quiere que lo deporten, le sugiero que se vaya ahora mismo. Max estaba a punto de golpearlos, pero Hans lo arrastró al exterior: Vámonos, no tardarán en denunciarnos con la policía.

Y tenía razón, pero Hans convenció a Max de esconderse en el bosque y aguardar a que la fiesta terminara y el último de los

borrachos abandonara la casa. Tan pronto esto ocurrió, tu marido forzó la puerta y entró al estudio que compartías con él. Al ver que abandonaste tus mejores cuadros y los suyos, Max entendió que debiste salir por la fuerza, así que desprendió del marco todas las pinturas que pudo, incluyendo el retrato al desnudo que te hizo, el mejor cuadro que había hecho en su vida, y amarró todo con un cordel. No tuvo tiempo de más. Hans le advirtió que una docena de policías se acercaba por el camino. Ocultos tras los cipreses, tu esposo y Hans vieron cómo un grupo de gendarmes borrachos, encabezados por el dueño del restaurante y el notario, entraban de nuevo a la casa y se llevaban las últimas botellas del vino que ustedes hicieron con el sudor de su frente. Quizás no lo sepas, pero tu esposo se ajustó la capa, cargó sobre los hombros el rollo apretado que reunía todas las pinturas, y se fue, porque la tierra giraba en otro sentido.

¿Te acuerdas cuánto te enojaste al pensar que Max te olvidó muy pronto? Según cuenta tu exmarido, no fue así, por lo menos no en estricto sentido. Les llevó dos semanas atravesar a pie la región de los Alpes y el Ródano, ¿no lo sabías? Sobrevivieron gracias a las manzanas que hurtaban de los campos, y al agua de los ríos. Cuando por fin llegaron a Marsella, extremando las precauciones, vieron que había cientos de personas como ellos: por las calles circulaban familias enteras con cajas y maletas, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos que arrastraban sus últimas posesiones y esperaban un permiso para viajar a Estados Unidos. Los hoteles colgaban letreros que decían: No hay cupo. No insista, y se daban el lujo de despedir con gestos groseros a parejas con niños y a ancianos exhaustos.

Max y Hans se detuvieron frente al muelle. Al fondo apreciaron el islote de If, sede de las legendarias mazmorras en que agonizó Edmundo Dantés; del otro lado de la avenida, el muelle y los barcos de pescadores, los restaurantes que ofrecían la mejor *bouillabaisse* del país, las prostitutas en los callejones y los pequeños cafés frente al mar, con terrazas repletas de viajeros idénticos, todos rodeados de maletas, mal abrigados, los

rostros ocultos bajo los sombreros, bebiendo pastís con angustia, si es que podían pagar.

Max vio que un hotelito al otro lado de la calle encendía el anuncio luminoso de su fachada. Luego, media docena de focos se encendieron de arriba hacia abajo, hasta rematar en una flecha que señalaba la entrada principal. Max por poco se va de espaldas al distinguir, sentado bajo la flecha, al mismísimo André Breton, junto a un grupo de colegas. Max corrió a saludarlos y a abrazar a Benjamin Péret y a Remedios Varo, a Óscar Domínguez, a Victor Serge y su hijo Vlady, a Wifredo Lam. Luego de comer un bocado, Max les explicó que no sabía nada de ti desde hacía dos meses y pensaba viajar a París en tu búsqueda. No lo haga, le suplicó Breton, está usted en la lista negra de los nazis, tiene que irse del país. Max frunció el ceño y dijo que no pensaba irse sin ti, pero aceptó hospedarse con el resto del grupo. Podría apostar a que esto no lo sabías, mi querida Leonora.

Días después, ya instalado en la casa que el representante de los Estados Unidos rentó para los artistas perseguidos, Max fue llamado por el cónsul americano, el cual le explicó que debía salir de Francia de inmediato. La tarde anterior, los nazis habían quemado cuadros de Picasso, de Klee, de Léger y del mismo Max en un acto público en pleno centro de París, a fin de denunciar el arte burgués y degenerado: La Gestapo tiene agentes aquí y están tras sus huellas, le explicó el cónsul, si lo encuentran, lo matan. Max se vio obligado a aceptar que debía salir del país. Con cincuenta dólares que le prestó Peggy Guggenheim, y con el pasaporte de Paul Éluard retocado con todo su talento, tomó un tren nocturno a la frontera entre Francia y España. Su intención era llegar a Lisboa, donde, según Peggy, ella podría conseguirle un boleto de avión a los Estados Unidos. Al llegar a la frontera francesa, Max pasó sin dificultad el control regional: a esa hora, los soldados franceses estaban hartos de todo y sólo querían volver a dormir. Cuando sellaron su pasaporte sin verlo, tu esposo creyó que tenía esperanzas de verte de nuevo. Pero

entonces lo condujeron a la aduana española. Ahí, cuando creyó que lo peor había pasado, el mundo volvió a girar en su contra.

Al examinar el pasaporte, un agente muy joven y celoso de su deber advirtió que Max en realidad no se parecía mucho a la foto de Paul Éluard y lo detuvo para interrogarlo, fuertemente escoltado. Supongo que esto nunca te lo contó. Pues espera: mientras revisaban su maleta y el interior de su capa, tu marido estaba muy nervioso: si los aduaneros averiguaban su nombre, descubrirían que estaba en la lista negra y lo enviarían a París, donde sería entregado a los nazis. Pero cuando abrieron su maleta, les llamó la atención un paquete enrollado con mucho cuidado: eran los lienzos que Max logró rescatar de tu casa en Saint-Martin-d'Ardèche, más los cientos de *collages* que hizo mientras estuvo en el campo de detención. Me extraña que no los hayas visto aún: son pequeñas obras maestras, en las cuales Max aprovechó al máximo los materiales de que disponía. Los cuadros llamaron la atención de los aduaneros, y para examinarlos mejor, los desplegaron alrededor de la sala: pronto la habitación se transformó en una galería improvisada. La sorpresa de los españoles crecía cada vez que sacaban un nuevo cuadro y no dejaban de comentar con entusiasmo los detalles de las figuras, el encanto de las mujeres y de los hombres-pájaro, la misteriosa textura de los paisajes. Al oír el barullo, los soldados que vigilaban la puerta entraron a admirar los cuadros y abrieron una botella de vino. Fue la exposición más exitosa de Max hasta ese momento. Ni siquiera en París reaccionaron con tanto entusiasmo como esos soldados. Cuando desplegaron la última obra, casi se fueron de espaldas al ver el impresionante retrato al desnudo que te hizo Max. ¿Quién es esta mujer?, preguntó el más asombrado de los aduaneros. Es Leonora, les dijo tu esposo. Leonora, repitieron los guardias y Max vio que guardaban un silencio respetuoso.

En ese instante entró el jefe de la estación: un cincuentón hosco y bien armado. Los soldados se pusieron de pie e hicieron el saludo militar. En cuanto le explicaron la situación, el jefe gruñó, recorrió el cubículo y examinó todos los cuadros, uno por

uno. Al ver los *collages* con los hombres-pájaro, se jaló la barbilla. Luego miró a Max, que estaba sentado en un rincón de la sala, conteniendo la respiración:

Dígame, lo llamó el jefe: ¿esto es el famoso arte burgués y degenerado, que tanto odia Hitler?

No, señor: imposible, tan sólo es honesto arte moderno, dijo Max.

Pero el jefe no le creyó: Usted es rubio y de nariz aguileña, ¿no será usted el famoso Max Ernst, que encabeza la lista de los más buscados?

No, señor, susurró Max, soy su servidor, Jean París. Éste era el nombre que usaba en el pasaporte falsificado de Paul Éluard. El jefe prosiguió su paseo y se detuvo al ver tu impresionante retrato, querida. Y aquí viene lo bueno. El jefe de la estación en persona se detuvo y preguntó:

¿Qué es esto? ¿Quién es esta mujer?

Es mi esposa, Leonora, dijo tu marido.

El jefe de la estación lo miró con recelo:

Deme su pasaporte.

De inmediato, el joven celoso de su deber fue a mostrarle al jefe las inconsistencias y los detalles sospechosos en el documento, ¿a quién se le ocurre bautizarse como Jean París?, hasta que el jefe de la estación le ordenó que se callara y se dedicó a estudiar las expresiones de Max.

Luego de echar otro vistazo a los cuadros, el jefe de la estación resopló:

A ver, muéstreme las manos, y gruñó al ver las uñas de Max, manchadas de pintura. Tomó una carpeta con fotografías de diversos sospechosos, la estudió, miró a Max y la cerró de golpe:

Sígame con todas sus pertenencias.

Max se apresuró a empacar sus efectos personales y siguió al jefe hasta el final del andén. El hombre le indicó que avanzaran hasta un punto muerto al final de las vías, donde terminaba el territorio francés. Max vio con angustia que el jefe apoyaba una mano sobre la funda de la pistola. El jefe le ofreció una cajetilla de cigarros y un encendedor:

¿Un último cigarro? Max negó con la cabeza y el jefe de estación encendió su pitillo:

Tiene usted mucho talento, señor Ernst. Sus cuadros son lo más bello que he visto en lo que va de la guerra. No vemos con frecuencia cuadros como ésos por aquí, y en estos momentos, toda belleza se agradece…

El pitido de uno de los trenes sonó a unos cuantos metros. Max y el policía se miraron, y el policía continuó:

Debo entregarlo a las autoridades francesas, para que lo envíen a Alemania.

Max sintió que se desmayaba, pero el militar señaló con la barbilla un tren destartalado:

Esa máquina saldrá en cinco minutos en dirección de España. Los pasajeros ya fueron revisados y no habrá más controles. Debería entregarlo a los franceses, señor Ernst, pero si yo me distrajera al despedirlo, si usted subiera a ese tren nadie lo molestaría durante unas horas. Así que vaya a encontrarse con su destino. Yo voy a fumarme este cigarro y le aconsejo que no se equivoque de tren, señor Ernst, ¿entiende lo que le digo? Váyase pronto, porque si mis agentes lo ven por aquí, deberé detenerlo.

Max tardó un tiempo precioso en comprender la proopuesta. Hasta que el jefe de la estación estalló:

¡Váyase! ¿No entiende lo que le digo?

Max tomó sus cosas y se dirigió hacia el tren español: Gracias, señor: muchas gracias… pero estaba tan nervioso que caminó en dirección equivocada, ¡hacia el tren que lo llevaría a Francia! El jefe de estación tuvo que carraspear:

¡Que no se equivoque, le digo!

Gracias a eso, Max dio media vuelta, subió al tren español y cayó sentado en el primer asiento disponible. ¿Puedes creer eso? Me dijo tu esposo, ahora exesposo, que pintar tu retrato salvó su vida. Esto no lo sabías, Leonora, porque Max nunca te lo contó. Quedó devastado cuando te perdió, y en un acto de desesperación se enredó con Peggy Guggenheim para que lo sacara de Europa, pero eso ya lo sabías. Pues para que lo sepas

todo, desde que te fuiste, Max ha tenido una pareja tras otra, Leonora, y he reparado en una cuestión significativa: todas son británicas, todas ostentan una melena negra, y se dedican a la pintura. Max te busca porque sigue enamorado de ti. Era mi deber informarte. Y con eso concluimos.

La presente carta la firma tu amigo, Edward James, con sus saludos más cordiales. Posdata: ¿podemos olvidar el asunto de los diez dólares?

De acuerdo, tacha la posdata. Y con eso es suficiente: Ya dejó de llover. El dios Tláloc está descansando… Ojalá Leonora reciba esta carta.

Ahora pon atención. La tormenta ha bajado de intensidad, pero estamos en la peor parte, justo en aquello que llaman "el ojo de la tormenta". Se aplacará por un rato, pero regresará como un jaguar malherido.

No puedo creer lo que dices… ¿Pretendes salir en estas condiciones? ¿Dices que es un asunto de la mayor gravedad? ¿No entiendes el peligro que corres? Entiendo, eres joven y crees que puedes cuidar de ti mismo. ¿Piensas ir en busca de tu auto? De acuerdo, comprendo. Yo pienso quedarme aquí, por supuesto, pero te confieso que tanta tranquilidad me pone nervioso. Y me pregunto: ¿qué pasaría si el asesino viniera a buscarme, ahora que estaré solo? No, no tengo armas aquí, ni las pienso tener. Soy pacifista.

¿Tú tienes un arma extra? ¿Cuántas armas sueles portar?

¿Calibre 38, dices? De acuerdo, sólo para amedrentar… Si alguien viene, disparo al aire dos veces.

¿Esto es el seguro, dices? Qué complicado, me tiemblan las manos, mira… ¿Y si no soy capaz de disparar? De acuerdo, de acuerdo… La guardaré en mi chamarra, con el seguro puesto…

Si vas a salir hazlo ahora que la tormenta cerró su ojo mortífero.

Antes de que te vayas debo confesar algo: tengo la impresión de que nuestras vidas están por tomar rumbos distintos, tan ajenos como los de Max y Leonora. Que el dios de la tormenta nos ampare.

5
Cuando la Revolución surrealista conoció a la Revolución mexicana

Uf, qué bueno que lograste volver. Pensé que no te volvería a ver: es el riesgo que corremos al contar una historia y cerrar por un instante los ojos. ¿Dices que hay novedades graves? Pues no lo vas a creer, pero yo también averigüé algo extraño…

Mientras tú te fuiste recibí la visita de otras personas, fui secuestrado y me llevaron contra mi voluntad a encarar al sujeto más tenebroso que puedas imaginar en esta región: aún me están temblando las manos.

Cuando te fuiste, la tormenta me hizo llegar el molesto ruido de fiesta que venía de un rancho próximo… Parecía que aguardaron a que la tormenta se calmara para hacer una fiesta. Imagínate: una fiesta en el ojo de la tormenta. Cuando no eran trompetas, eran cohetes atronadores, lanzados de diez en diez, o "vivas" que todo mundo gritaba en honor de no sé qué santo: santa Dinamita o san Trinitrotolueno, quizás. Cuando ya no soportaba otro cohete, vi que mi secretario se acercaba por el camino empedrado y salí a recibirlo:

¿Qué es ese ruido espantoso?

Mi secretario no se animó a responder, porque cuatro rancheros armados lo seguían a unos pasos. Antes de que pudiera esconderme ya estaban aquí:

Edward…, estaba pálido, estos señores vienen de parte del señor Santos. El señor Santos quiere que vayas a verlo y que brindes con él. Están dando una fiesta en su honor allá abajo.

Muchas gracias, pero estoy descansando.

No hay modo de evadir la invitación, suplicó, si le dices que no, te ganas un enemigo.

Eso será para los mexicanos, pero yo soy súbdito de la reina de Inglaterra.

Mi buen amigo me dijo al oído:

El señor Santos es peligroso. Peleó en la Revolución mexicana y fue gobernador de San Luis; si una casa o hacienda le interesa, mueve sus influencias y echa a sus propietarios. Si no quieres que te quiten el terreno, tienes que ir. ¿Te acuerdas de que el mes pasado vino un inspector a revisar los títulos de propiedad de Las Pozas? Adivina quién lo mandó…

Ve tú y ofrécele mis disculpas. No soporto los cohetes ni el ruido.

Pero un ranchero más alto que todos nosotros, que parecía ser el mandamás de la comitiva, bramó:

Mi general Santos ordena que vengan los dos.

Se refería a mi secretario y a mí.

¿Cómo dice?, la situación me tomó por sorpresa: ¿Es un secuestro?

Mi secretario susurró al borde del desmayo:

Todavía no, Edward, pero tenemos que ir: te lo ruego.

No me quedó otra opción. Me puse un par de botas, y cambié la chamarra por un jorongo, pues si bien había dejado de llover hacía un frío que te calaba los huesos.

Cuando bajábamos los primeros escalones hacia la carretera advertí un descuido imperdonable: dejé tu 38 en la chamarra. Como te dije, las armas y yo no mantenemos buenas relaciones.

Nos permitieron bajar en el jeep de mi secretario, seguidos de cerca por la camioneta en que venían los rancheros. Por momentos esa camioneta aceleraba tanto que casi nos empujaba hacia delante. Mi secretario condujo lo mejor que pudo en esas circunstancias y bajamos por la carretera hacia un rancho cercano. Unos metros antes de llegar a la reja, ya había ahí varias camionetas del ejército estacionadas y un grupo de soldados vigilaba la entrada principal.

Nos condujeron a unas tribunas en las que un grupo de personas con apariencia de políticos o guardaespaldas mexicanos (guayaberas blancas, pantalones y zapatos de vestir, algunos con pañoleta huasteca enrollada en el cuello) se esforzaban por terminar sus respectivos tragos de tequila. Un grupo de mariachi se retiraba y su lugar lo ocupó de inmediato un conjunto huasteco. Dos de ellos gritaron:

¡Arriba el Alazán Tostado! ¡Primero muerto que rajado!

Y cantaron una canción en honor de un hombre que habría entrado a la Revolución a los trece años, que habría ascendido muy rápido gracias a su valor y a su buena puntería y habría recibido todos los honores que la Revolución confiere a quienes luchan por ella: diputado, senador, ministro, diplomático, gobernador de un estado. Al final, el cantante pronunció el nombre del señor Santos.

¿Dónde está el señor Santos?, reclamé, ¿para qué me hizo venir? Soy un hombre enfermo.

Los rancheros y las mujeres guardaron silencio, como si un ratón se hubiera atrevido a gritar frente a un elefante.

¿Alguien tiene idea de dónde está el señor Santos?, insistí, ¿podrían avisarle que ya llegó Edward James?

Un hombre gordo, de redonda cabeza calva, vestido con más elegancia que el resto de los presentes, se adelantó y preguntó qué deseaba, y si me estaban tratando mal.

Soy Edward James. El señor Santos me obligó a venir. Yo estaba enfermo, descansando.

No me diga, güerito. ¿Le molesta que lo inviten a una fiesta?, sonrió el gordo.

Me molesta que me obliguen, estallé.

Mi secretario intentaba calmarme. Parecía que se iba a desmayar:

Eduardo, cálmate. Si no lo haces por ti, hazlo por nosotros, los que vivimos aquí. No queremos problemas.

El gordo me examinó hasta que sentí escalofríos, y sonrió:

Quizás el señor Santos fue demasiado rudo y torpe con usted. Tiene fama de bronco. Es un déspota.

Es probable.

La gente se rio.

¿Le parece que el señor Santos es un bruto y un déspota?

Tuve la impresión de que los presentes se doblaban de risa.

Quizás es un caballero. Lo sabré en cuanto lo conozca. ¿Con quién tengo el gusto?

Me ofreció una mano sudorosa:

Soy el humilde caporal de este rancho.

¿Y el señor Santos?

No tardará en venir. Cuánta prisa, chingado. Mire, el caporal me obligó a sentarme junto a él, ya va a empezar el jaripeo. ¿Por qué no se toma un tequila mientras espera? Sirvan tequila para los señores, chingado.

Mi secretario me suplicó a señas que mantuviera la calma. Muy a mi pesar, me senté junto al caporal. Mi secretario se instaló al otro

lado de la mesa, flanqueado por un par de rancheros, siniestros como verdugos de la Revolución. Mientras hablábamos, los meseros no dejaban de limpiar la mesa y servir tequilitas para el administrador y los invitados. Muy importante debía de ser este individuo, porque todos se cuadraban ante él. Supuse que, en ausencia del patrón, era la máxima figura de autoridad. Todos iban a brindar con él, a pedirle favores. Cada vez que le daba un trago a su bebida, un mesero llenaba su vaso hasta el borde. Una mujer hermosa como una actriz de cine mexicano estaba sentada a su lado y le acariciaba las mejillas. Con frecuencia la mujer me observaba y sonreía:

Disfrute la fiesta, no tarda en regresar la tormenta.

Vimos a una amazona lazar y doblegar a un caballo que parecía indómito. La mujer era muy linda: morena de largas trenzas oscuras, vestida con ropa de cuero café; se movía con la agilidad de una acróbata de circo. Al terminar la suerte con el caballo se acercó a nosotros y se quitó el sombrero. El caporal la felicitó en nombre del señor Santos y sus invitados volvieron a reír a carcajadas.

¿No será este gordo el señor Santos?, me incliné sobre mi secretario.

No tengo idea: no sé qué aspecto tiene.

Y vi que la actriz sonreía y le picaba las costillas al caporal.

El gordo sonrió a su acompañante y ambos giraron el cuerpo hacia nosotros:

¿Le gustan los caballos?

A mí me gustan, pero yo no les gusto a ellos.

El gordo festejó mi respuesta:

Yo aprendí a montar a ¿qué edad cree? A los ocho años. Ya para entonces era huérfano de madre. Mi infancia entera la pasé en un rancho, educado entre los vaqueros y los caballos. Un día mi papá me ordenó treparme a un potro salvaje, recién capturado, y ahí voy. De las puras crines me agarré y el animal saltó por todo el corral, como si le hubieran puesto encima al mismo demonio. ¡No te aflojes, no te aflojes!, me gritaba mi papá, y así estuve, hasta que el potro se cansó y aprendió a trotar. Nadie podía creer que yo seguía vivo, mucho menos mi padre, y de puro gusto hice que el potro diera dos

vueltas más, antes de bajarme y entregarlo para que le pusieran las riendas. Ese potro salvaje, que domé a los ocho años, fue mi primer caballo. ¿Y el suyo?

Yo monté por primera vez un poco antes que usted: a los cinco años.

¿A los cinco? ¿Y qué raza era? ¿Uno de esos Old English, un Suffolk, un Yorkshire? ¿Uno de esos bonitos Welara?

No. Era un pony blanco. Muy bonito. Sweetheart, se llamaba.

El gordo se me quedó mirando con una buena dosis de rencor social:

¿Y era muy brioso ese pony? Ah, qué don Eduardo. Me salió más curro que Jorge Negrete.

Otro espectáculo de rancheros lazando y tirando novillos sucedió frente a nuestros ojos. Al final, los vaqueros alzaron la mano hacia nuestra mesa, como buscando al señor Santos, que seguía sin llegar. En cuanto el gordo dejó de aplaudir me acerqué para que me oyera:

Ya es muy tarde. ¿Cuánto tardará en llegar el señor?

La actriz le susurró algo al oído y el gordo ordenó que nos llenaran las copas de nuevo.

Usté no desespere, ya llegará. ¿No me diga que se la está pasando mal? Mientras viene el patrón, cuénteme qué tal es vivir allá arriba, en Las Pozas. Usted es nuestro vecino, pero nunca coincidimos.

Una vida magnífica. No hay quien me moleste… La mayor parte del tiempo.

Me dijeron que le gustan mucho los perros. ¿No fue usted el que trajo unos treinta galgos al pueblo?

En efecto, fui yo. Quedan muy pocos. El clima y las bestias por aquí no tienen corazón con mis mascotas.

¿Qué otros animales cría?

Pues no crío animales, sólo tengo unos poquitos: venados, tortugas, ocelotes y boas.

¿Boas?

Dos boas constrictoras. O mejor dicho: una. Esta semana la mayor se escapó.

Las boas no son animales domésticos, vecino. Odian vivir en cautiverio.

Pues las mías parecen felices. Las crie desde que nacieron. Les hice una bellísima casa en forma de buque, apta para que se desplazaran y se enredaran, tallada en madera por el mismísimo José Horna, el escultor surrealista, y la boa prófuga se escapó a causa de un malentendido. Se llama Venetia. Estoy muy preocupado, pues podría estar en cualquier casa o rancho cercano… No queremos que la lastimen.

Oiga, don Eduardo: el peligro es que ella lastime a la gente. ¿Nunca las ha visto cazar? Imagínese que está usted dormido en su hamaca, o dándole de comer a sus gallinas y de golpe escucha que algo muy pesado, tan pesado como un costal de cemento cae desde lo alto de un árbol y aterriza sobre uno de sus animales. Apenas se ve una especie de relámpago atigrado con dos hileras de colmillos: eso es lo último que ve una víctima de estos animales.

Venetia es mansita. La eduqué para comer ratones blancos, de laboratorio. Uno gordo cada semana. En toda su vida no ha probado otra cosa, y no sabe cazar, así que no estoy preocupado por los vecinos, que saben correr rápido, sino por ella, que nunca ha cazado sus alimentos: es un poco como yo.

¿Y cómo le hace cuando viaja? ¿Se la lleva a los hoteles?

Rento un cuarto para ellas. Claro, le advierto a las personas que hacen el aseo que no deben abrir esa puerta, pero los problemas no dejan de ocurrir. Una vez, en el Hotel Regis, se escaparon los ratones blancos y bajaron hasta la recepción. Los huéspedes se quejaron y el gerente se enojó conmigo: Me van a bajar la categoría del hotel, por su culpa, me dijo, pero yo le expliqué: No tiene nada de qué preocuparse, señor, esas boas son mis hijas y yo soy un caballero.

¡Ah, qué vecino tan loco tengo!

El caporal se carcajeó y le dio un trago al tequila.

A él y a su acompañante les hacía gracia, pero yo estaba muy preocupado. ¿Qué sería de mi pobre Venetia si la encontraba un ranchero de éstos? ¿Cómo la tratarían? ¿Sacarían los machetes? No quería ni pensarlo. Y era casi imposible que un alma cristiana, en

caso de toparse con ella, decidiera adoptarla. ¿Quién podría consentirla como lo hice yo? Y a mí, ¿quién iba a acompañarme en las noches oscuras y solitarias de la selva? Nadie, en toda mi vida, me abrazó como ella…

El mesero llegó y sirvió dos platos de botana.

Pues es un alivio tener a un auténtico caballero vigilando allá arriba. Y, por cierto, ¿qué opina de esos rumores malintencionados según los cuales se le ha visto desnudo, cantando canciones y paseando por las cascadas?

Los rufianes que lo acompañaban soltaron la risa que las hienas salvajes tienen preparada para estas ocasiones.

Los rumores vienen con el dinero, como decía Peggy Guggenheim.

Pues de usted dicen de todo: que tiene tanto dinero porque es hijo bastardo del rey de Inglaterra. Que nadie lo quiere en su tierra. Que gasta dinero a lo tonto. Que mandó hacer una escalera para sus jaguares. Que es bastante locochón.

Eso han dicho toda mi vida. ¿Ha oído hablar de los poetas románticos?

No me vaya a salir con que se enamoró de una orquídea, vecino. ¿Y las fieras? ¿No lo molestan?

Allá arriba no hay fieras, sólo animalitos que se portan muy bien.

El gordo hizo un gesto de asco, como si hubiera olfateado un animal descompuesto:

Me refería a las fieras, no siempre de cuatro patas, que a veces andan por allí, huyendo de la ley. Revoltosos, insurrectos, sublevados, la basura comunista, vaya…. ¿Y qué piensa usted de ellos?

Le ofrecí la única respuesta con la cual me dejaría en paz:

Eso no es lo mío. El dinero y el comunismo no se llevan.

El gordo se rio:

Me cae bien, vecino. Qué bueno que pensamos igual. Hay cosas que no permitiría. En San Luis todos luchamos por la Revolución: para que las cosas cambiaran. Para que no llegaran gringos como usted y compraran los mejores sitios del estado.

Yo no soy gringo: soy inglés.

Da igual: las tierras de San Luis son para los mexicanos que las merecen. ¿Sabe que el señor Santos tiene un rancho más grande que el suyo?

Creo que he oído hablar de él… ¿no se llama "El Gran Galeote"?

Pensé que el caporal y su acompañante se morirían de la risa:

Ándele, palabras más, palabras menos. ¡Verdad que me cae bien este vecino!

¿Y dónde queda ese rancho?

¿Conoce el camino viejo a Tamuín? ¿El camino que entronca con la carretera federal 85? "El Gran Galeote" y Las Pozas están en los puntos más alejados de ese camino, como si sus dueños tuvieran ideas opuestas sobre la vida. Pero ¿sabe qué? Son igual de grandotas, las dos haciendas. Yo creo que el señor Santos y usted serían buenos amigos.

Se acabó su tequila y el mesero apareció de la nada para servirnos de nuevo. Yo había bebido demasiado.

Yo también lo espero. Basta con que cambie su manera de invitarme a sus fiestas.

¡Ah, qué vecino tan exigente! Y dígame una cosa: ¿cómo le hace para mantener su hacienda? El señor Santos tiene que invertir muchísimo cada semana para mantener habitable el Gran Galeote, como usted le dice, y eso cuesta caro.

Yo tengo ahorros, le dije. La pregunta es: ¿cómo hace el señor Santos para mantener tantos ranchos?

El caporal me miró a los ojos. Por un momento pensé que iba a dispararme:

Al señor Santos jamás se le atora nada. ¿Sabe qué hizo la última vez que requirió dinero? Fue con un grupito de su confianza a la cámara de diputados, entró a la tesorería y se llevó todas las monedas de oro que se guardaban ahí desde finales de la Revolución. Nadie intentó detenerlo, porque entendieron que era mejor que él las guardara. Hasta el presidente Calles lo mandó llamar para decirle que aprobaba su decisión, que por el momento el país no tenía necesidad de esas monedas. ¿Cómo ve, vecinito? Y cuénteme, ¿qué hace usted cuando necesita mucho dinero?

Bueno… La última vez que necesité dinero estaba realmente quebrado… Toda mi vida había invertido el dinero en comprar obras de arte. Un día me llamó el contador y me dijo: Después de toda una vida derrochando tus ahorros, por fin lo lograste: no tienes un centavo, Edward: en dos meses no tendrás dónde caerte muerto. ¿Qué vas a hacer para comer en dos meses? Yo le dije: ¿Te acuerdas de esas cajas de cartón que he enviado desde México y Francia? ¿Las cajas apestosas que están en la bodega? Justamente ésas: ve a abrirlas y haz un inventario. Mi contador tuvo que contratar a tres ayudantes y otros tantos expertos en arte: se tardaron varias semanas, pero encontraron todos los cuadros que compré en mi vida. Veinticuatro obras maestras de Dalí, veinte de Magritte, obras del aduanero Rousseau, decenas de cuadros y dibujos de Leonora Carrington, de Max Ernst, de Remedios Varo… Fotos originales de Man Ray, diseños de Elsa Schiaparelli… Lo mejor del surrealismo lo tenía ahí: obras que nadie había visto en décadas. Lo que sacamos de esas cajas de cartón bastante arruinadas lo estamos vendiendo desde hace años en casas de grandes subastas, en Londres y Nueva York. Dicen que el segundo aire del surrealismo lo provoqué yo.

El caporal parecía negro de coraje, pero su novia se inclinó hacia mí:

¡Qué interesante! Dicen que usted también es artista, y que diseñó con sus manos las esculturas que hay en Las Pozas. ¿Fue miembro de la Revolución surrealista?

Ah, usted sabe de arte, me dirigí a la mujer. Los surrealistas son, o fueron, mis amigos. Incluso patrociné a algunos, pero nunca fui parte del grupo… Siempre hice mis cosas por mi cuenta, sin seguir órdenes ni consignas. La Revolución surrealista tenía principios más bien morales, a diferencia de la Revolución mexicana…

¿Qué sabe usted de la Revolución? El gordo se encrespó como si fuera a golpearme: Le estoy hablando.

Mi secretario estaba petrificado de miedo. Me indicó a señas que por favor tuviera paciencia, así que respiré hondo antes de responder:

Bueno, sé que obedecían ideas importantes. Por ejemplo, sus jefes decían: Tierra o libertad y La tierra es de quien la trabaja. Y

una que me gustó mucho, que es como si fuera mía: La libertad no se conquista de rodillas.

De los hermanos Magón, gruñó el caporal.

Y su novia agregó:

Mira, cielito: nada mal. Conoce de historia.

Por supuesto que sí. Y me acuerdo de otra: Prefiero morir de pie que vivir de rodillas.

Ésa es de Pancho Villa, rugió el gordo. Mi general Obregón destrozó a ese bandido.

Y Sufragio efectivo, no reelección, es decir: que nadie se quede en el poder para siempre, porque se vuelve un tirano. Es la última que me sé.

Yo conozco frases mejores, bromeó el gordo: Nadie aguanta un cañonazo de cincuenta mil pesos, como decía mi general Obregón. Y yo he inventado otras mejores. ¿Sabe qué le respondía a los que nos criticaban por inmorales? Que la moral es un árbol que da moras, y: A mis amigos les doy todo, a mis enemigos, uno de los tres hierros: fierro, encierro o destierro.

Al oír esto, la mayoría de los rancheros que estaban en esa mesa rieron y aplaudieron, como si el gordo hubiera dicho el más gracioso de los chistes. Ahí comprendí con quién estaba hablando. Ese hombre gordito era en realidad el señor Santos. Sentí como si estuviera hablando con el elefante en la sala.

Ah, el patrón es usted…

Pensé que estabas dormido, vecino. Nomás te tardaste una hora.

La mujer llamó mi atención:

Mi Gordo está muy sentido con usted porque no quiso venderle su hacienda.

Así que de eso se trataba… Semanas antes, un licenciado vino a ofrecerme la cuarta parte de lo que valían Las Pozas a nombre de una persona que deseaba mantenerse en el anonimato. Lo rechacé de manera tajante.

El terreno no es mío, le expliqué al señor Santos. Es de un amigo, que lo compró hace años.

Eso es lo que usted dice, vecino, pero todos saben por dónde fluye el dinero.

Pues gracias, pero el terreno no está en venta.

Dígame una cosa, don Eduardo: el otro día usted sufrió un atentado muy grave, apenas puede caminar según me cuentan; ¿no sería momento de migrar, de dejarlo todo y volver a Inglaterra? Si se da el caso, yo conozco a varias personas que podrían comprarle su rancho a un mejor precio… No es que yo tenga ningún interés en esto, sólo quiero ayudarlo.

No puedo volver a Inglaterra.

¿Por qué?

Si paso más de tres meses al año en mi propio país, el servicio de impuestos tiene derecho a exigirme un porcentaje muy alto de mi fortuna. Así son las leyes allá.

¿Para qué quiere esas esculturas? No sirven para nada. Ponga a la gente a sembrar en su rancho, y ya verá qué productivo se vuelve. Tire esas esculturas tan feas y siembre maíz y frijol.

Ése fue el único comentario que logró sacarme de mis casillas.

Usted sostiene que el arte no sirve para nada, ¿no es así? ¿Qué tal que yo le demuestro que sí?

A ver, hágalo.

Si yo le demuestro que el arte sirve para algo muy útil, me quedo con Las Pozas. Si no, le vendo mi hacienda en lo que usted diga.

Mi secretario casi se desmaya al oírme. Aunque una voz interior me decía: Edward, ¿qué estás haciendo? ¿Estás loco?, me lancé hacia delante y antes de que yo mismo pudiera detenerme, le reclamé:

Dice usted que el arte no sirve para nada, ¿correcto? Que no se puede construir nada perdurable con él, ¿me equivoco? Que mis esculturas son una locura: ¿de qué sirven esas esculturas allí, en un rincón de la tierra que sólo pueden visitar los animales salvajes? ¿A quién se le ocurre construir edificios justo en la base de un cerro en el cual hay deslaves muy peligrosos, de toneladas de tierra, capaces de arrastrar árboles o borrar una casa del mapa en unos minutos? Para responder a eso le voy a contar lo que hizo un poeta francés en la Segunda Guerra Mundial. Su acompañante, por lo visto, conoce y aprecia a los surrealistas…

¿Surrealistas como Dalí?, gruñó el señor Santos. Yo también lo conozco, es el loco de los bigotes. Aquí a mi novia le compré dos esculturas suyas, dizque recientes. Las tiene a la entrada de su departamento: dos elefantes de patas muy largas, como si fueran insectos de agua… A ella le gustan, pero son espantosas.

¡Estoy de acuerdo con usted!, lo palmeé. Celebro su buen gusto: lo último que ha hecho Dalí es desastroso… Pero, claro: comprarlo indica refinamiento y buen gusto, además de visión para los negocios… Pero no me refiero a él, sino a otros surrealistas, a los más pobres del grupo, que fueron, a fin de cuentas, los más heroicos. ¿Ha oído hablar de Robert Desnos?

El gordo me mostraba los colmillos superiores, mientras el resto de su estado mayor, los rufianes que lo acompañaban, ponían caras tan expresivas como piedras de río… y casi tan listas. Sólo su joven acompañante se inclinó hacia mí.

Me encantaría escuchar esa historia. Adoro a los surrealistas, ¿verdad, Gordo? Adelante, por favor.

A una señal de mi vecino, los músicos dejaron de tocar. Los acompañantes se acomodaron en sus equipales, la actriz cruzó las piernas como Scheherezada y el mismo gordo se apoyó con un codo sobre la mesa, como si fuera el sultán, mientras estudiaba mi rostro, listo para escuchar mi historia, y acabar conmigo si no le gustaba. Entonces advertí que toda la noche me había comportado como esos personajes de *Las mil y una noches*, que narran las pobres historias que tienen, a fin de convencer a un demonio que los deje vivir. Y aún me quedaba una prueba más, así que respiré muy hondo antes de empezar:

Desnos fue uno de los mejores poetas de Francia. Dicen que los artistas somos como imanes que atraen a las mejores palabras, y pocas veces eso ha sido tan cierto como en el caso de Robert Desnos. Como todos los surrealistas, Robert también creyó en la revolución, como ustedes, los mexicanos, pero ellos la practicaron de otra manera. En lugar de lemas, como los de ustedes, ellos siguieron el brillo de unas palabras: Amor, Poesía, Libertad, el Sueño, la Imaginación. Y estaban dispuestos a todo con tal de ser dignos de ellas. En las páginas más impresionantes de uno de sus libros, otro

de los miembros del grupo, Philippe Soupault escribió: "Yo sé, Libertad, que tu hermana es la Muerte, y no me espanto cuando algunos me dicen que quien quiera alcanzarte a ti encontrará primero a tu hermana: al contrario, yo soy de esos que no dudarían en tomar el camino más corto para alcanzarla a ella si eso nos lleva hacia ti". Así podríamos resumir la vida entera de Robert Desnos…

Se está alargando mucho, mi amigo, me interrumpió el señor Santos. No tengo tanta paciencia. Y nomás le advierto que no me vaya a salir con versitos, que no los soporto.

Déjalo que cuente, exigió la actriz, a mí sí me interesa.

Pues bien: cuando empezó la Segunda Guerra Mundial y Francia fue invadida por los alemanes, Desnos fue de los primeros en unirse a la Resistencia. Por su trabajo como periodista, se enteraba antes que nadie de información relevante. Eso lo compartía con dos grupos de resistentes, *Agir* y *Combat*, los cuales salvaron las vidas de muchos franceses.

Un día los miembros de la Resistencia le preguntaron si estaba dispuesto a hacer el mayor sacrificio posible: el de su propia vida. Le pidieron que ocultara en su casa, durante una temporada, a un hombre que los alemanes buscaban para interrogar con violencia, un colaborador que guardaba mucha información delicada. Pero ¿qué debo hacer si viene la policía, o si alguien nos denuncia?, preguntó el poeta. Es probable, le dijeron, es probable en efecto, pero haremos todo cuanto esté en nuestras manos para evitar que eso ocurra. Habrá una muy bien organizada red de vigilancia y apoyo alrededor de tu casa: evaluaremos la seguridad todos los días, y te llevaremos de comer y beber, pues necesitarás provisiones que no puedes costear en las actuales circunstancias. Incluso tu portera y tus vecinos forman parte de nuestro grupo, de modo que si algún día la policía de Vichy intenta entrar a tu casa, lo sabrás minutos antes, gracias a una serie de golpes muy claros, que la casera dará en la tubería principal. Entendido, dijo Robert, ¿y ese aviso será suficiente para salvarme la vida?, y el rostro de los presentes se ensombreció: No, Robert: si la policía llega nada podría salvarte la vida. Lo que te pedimos, en nombre de toda Francia, de los cientos de personas que forman la Resistencia, de los miles de personas en

peligro, que pusieron su vida en nuestras manos, es que tú te vistas, peines y sonrías como tu huésped, y si llega la policía, que te entregues por él: que suplantes su identidad. Eso distraería al enemigo por unas horas, que serían preciosas, pues si salvas la vida de este hombre, salvarías la vida de cientos de personas más. La policía no perdonaría este tipo de estratagema, no te dejarían libre ni siquiera cuando tu verdadera identidad quede por completo esclarecida. Lo más seguro es que te torturen y te manden a prisión… pero si ganas esas horas extra, salvarás muchas vidas. Te elegimos por tu valor y por tu parecido físico con nuestro agente. ¿Y dicen que nadie más, nadie parecido a esta persona aceptó el sacrificio? Nadie en París, asintieron.

Robert Desnos se echó para atrás y cerró los ojos, como si se hubiera dormido de golpe, o como si entrara en contacto con una fuerza más grande que él, más fuerte que sus enemigos, más fuerte que los fantasmas que animaron el surrealismo, y así estuvo en silencio, hasta que por fin abrió los ojos y contestó: Cuenten conmigo, señores.

Durante esa semana Robert y su pareja, la modelo Youki, esperaron con ansiedad la llegada del huésped. Todos los días a las ocho en punto, el horario convenido para recibir al agente, miraban con preocupación por la ventana, pero el huésped nunca llegó. Al octavo día el contacto de Robert con la Resistencia tocó a su puerta. A su lado estaba un muchacho muy joven, de mirada angustiada. Robert los hizo pasar de inmediato. Robert, se despidió su contacto, necesitamos que cuides a esta persona con tu vida.

Robert ya tenía todo preparado. Con ayuda de un carpintero que le envió la Resistencia, había instalado una pequeña pared de madera al final de la recámara, a fin de que el muchacho pudiera esconderse ahí si se presentaba una situación de peligro.

El joven vivió en casa de Robert y Youki durante dos semanas, hasta que un día la casera subió a informarle que la Gestapo iría a su casa a detenerlos a él y al muchacho en cuestión de minutos. Robert obligó a su pareja, Youki, a bajar a toda prisa con una maleta y tomar un taxi en la calle, tal como habían planeado. Apenas tuvo tiempo de darle un último beso, y volver a toda prisa. Llevó al

muchacho al edificio contiguo, donde lo escondieron otros miembros de la Resistencia, y cuando volvía a su departamento, se topó con que los policías ya lo aguardaban en la escalera de su edificio. Como estaba convenido, dijo que él era el hombre que tanto buscaban y los acompañó a las oficinas.

Por supuesto, los alemanes no tardaron en detectar el engaño, y el castigo fue atroz. Cuando cesaron de interrogarlo, lo enviaron al pavoroso campo de concentración de Buchenwald. De ahí lo trasladaron al más alejado y descuidado de todos los campos, uno que concentraba a decenas de miembros de la Resistencia para que murieran de hambre y de frío: el campo de Theresienstadt, en Checoslovaquia. Allí Desnos enfermó de tifoidea. Perdió la mitad de su peso en un año. Seguía vivo gracias al apoyo de sus compañeros y a los médicos voluntarios. Para entonces Alemania estaba perdiendo la guerra y nada funcionaba en el campo de concentración: no había medicinas ni comida suficiente, todo se descomponía, se cortaban las comunicaciones, e incluso fallaban las provisiones de armas y del gas letal. Pero cabía la remota, muy remota posibilidad de que los aliados bombardearan el campo en cualquier minuto.

Mientras la salud de Robert empeoraba, los soldados con más experiencia del campo fueron sustituidos por jovencitos orgullosos e inseguros; las raciones disminuían y noche tras noche llegaba un camión a recoger a los prisioneros de alguna barraca para llevarlos a la cámara de gas. Los amigos de Robert veían con terror cómo sus vecinos desaparecían, hasta que una noche el camión se estacionó frente a ellos. Porque los soldados con mayor experiencia habían sido enviados al frente ruso, tres soldaditos muy jóvenes se apostaron en la puerta y les ordenaron subir al camión. Nadie pudo oponerse, sobre todo porque pocos tenían la fuerza suficiente para defenderse, y muchos, como el mismo Robert, dependían de la buena voluntad de sus compañeros para ponerse de pie. Así de famélico y enfermo estaba su grupo. Los condujeron, para pavor de todos, al último rincón del campo, un edificio del que nadie regresaba.

Los soldaditos les ordenaron descender. Pero como nadie quería ser el primero en la fila, porque no había manera de que los primeros se salvaran, nadie se movió. Los soldados perdieron la paciencia y apuntaron al primer joven: Tú, baja de inmediato y párate ahí, junto a la puerta; los demás harán la fila detrás de ti. El joven, lívido, se bajó, y cuando dio sus primeros pasos cayó de rodillas y se echó a llorar. Los soldados se pusieron muy nerviosos, y aunque lo patearon, aunque le ordenaron moverse, aunque lo golpearon con las culatas, el joven lloraba y trataba de indicarles que no se podía mover. El resto de los presentes estaba paralizado, porque la única perspectiva posible para el joven preso era que lo fusilaran de inmediato.

Robert, que apenas podía moverse, invocó todas las fuerzas que le quedaban, rompió la fila, se tambaleó hasta el muchacho y le dijo: Rápido, dame tu mano. Al principio el joven no entendía muy bien lo que el poeta decía, o no lograba oírlo, hasta que Robert se le acercó, tomó la mano del joven, la estudió por un instante y dijo, con la misma voz con la que improvisaba poemas, cuando se reunía con los surrealistas: Aquí dice que tendrás una vida larga y próspera, que serás muy feliz y vivirás frente a una playa: las líneas del destino lo aseguran. De inmediato, el joven dejó de llorar, miró su mano y se puso de pie. Robert le dio dos palmadas en la espalda: Felicidades, viejo, ya quisiera tener esa suerte yo. Y el joven sonrió. En ese instante sucedió algo: la persona que seguía en la fila extendió su mano en dirección a Desnos: Yo también, por favor; Robert, ¿puedes leer mi destino? El poeta tomó la mano del segundo camarada e improvisó: Aquí dice que vivirás más allá de los noventa años, que volverás a tu pueblo y heredarás un viñedo, el cual te dará de comer a ti, a tus hijos y a los hijos de tus hijos. El segundo hombre sonrió y entonces los que seguían en esa fila y en la siguiente se acercaron a Robert. El poeta se apoyó en el camión y le leyó las manos a todos los que se acercaron, intercalando bromas y juegos con las palabras. Al más cercano le dijo: Dice el destino ladino que eres una rueda redonda y como buena rueda, tu destino es girar: serás el más longevo y el más querido periodista deportivo de Europa, cubrirás quince veces el Tour de France y viajarás por el continente cada año

para presenciar los mejores torneos. Al siguiente en la fila le señaló: Las líneas curvilíneas de tu mano, que ahora parecen confusas en realidad son abstrusas, pero si alineas las líneas podrás comprender: encontrarás a tu mujer y a tus hijos sanos y salvos y vivirás con ellos hasta finales del siglo. Y a partir de ahí fue la locura, el buen Robert no se daba abasto: A ti el futuro no quiere que te lea la mano, sino la frente, gerente, pues de todos los presentes eres el director: tú saldrás de este campo y serás alcalde de tu ciudad; Tú, que te acaricias las sienes, serás el mejor filósofo del sur de Francia: comprenderás como nadie el corazón del hombre y escribirás libros para explicarlo; Tú encontrarás ruinas griegas que nadie osaba buscar: hallarás el cuerpo de Ulises y aprenderás a tensar su arco; Tú comprarás un barco y darás la vuelta al mundo diez veces, acompañado por el amor de tu vida; Tú escribirás las canciones más alegres que se han oído en Europa; Tú, los versos más divertidos, los que todos querrán recordar; Tú pintarás mil y un amaneceres, junto a mil y una tazas de café, y serán cada vez mejores; y al final alzó y leyó su propia mano y les dijo a todos: La estrella, la buena estrella nos dice: el horror pasa, los sueños duran; resistan, resistan, porque todo el dolor de este mundo, todo lo que han sufrido, ya va a terminar.… Cuando Robert terminó de leer los destinos de sus camaradas, los condenados a muerte habían recuperado la calma, ¡algunos incluso sonreían! Este Robert está loco, a mí me juró que seré un atleta olímpico en cuanto vuelva a Burdeos. A mí me dijo que ganaría la lotería dos veces seguidas, la misma semana… Hacía meses que ninguno de ellos esbozaba nada que no fuera amargura, y esa noche Robert los tranquilizó a todos. Y en eso, el director de la cámara de gas, un teniente viejo y amargado, salió a regañar a los soldados: ¿Qué pasa aquí afuera? ¿Por qué tardan tanto? Tuvimos problemas, señor, pero ya los resolvimos, dijeron los jóvenes. El teniente, muy extrañado, revisó los rostros de los condenados a muerte, y se acercó a los soldados: ¿Están seguros de que éste es el grupo que vamos a ejecutar? Los veo muy tranquilos. ¿No se habrán equivocado? ¿Quién tiene la orden firmada? No tenemos ninguna orden firmada, ésta fue una orden verbal. No, señores, sin una orden firmada me niego a seguir adelante, porque si esto fue un

error, mañana el general me ejecutará a mí también, así que ¡llévense de aquí a estos sujetos!

Porque la orden de un superior nunca se discute, los soldados hicieron que todas esas personas subieran de nuevo al camión y las llevaron de regreso a la barraca. Horas después, los aliados llegaron al campo de concentración y los últimos nazis huyeron a toda prisa. Los sobrevivientes, por supuesto, fueron liberados. Todos, menos Robert Desnos, que murió de disentería esa misma madrugada. Y así fue como Robert Desnos les salvó la vida a cuarenta personas.

El cacique, que estaba muy serio, asintió:

No sabía que estuvo en la guerra, vecino. Eso cambia la impresión que tengo de usted.

Iba a sacarlo de su error, pero mi secretario me leyó la mente y me indicó a señas que no, por favor, que me quedara callado: Por favor, por favorcito, Edward: ya no abras la boca. Era mejor que el señor Santos se quedara en el error. Así que alcé el caballito:

A la salud de las dos revoluciones y las cosas buenas que tenían. Gracias por todo, vecino: yo me retiro a la inglesa… Ah, una cosa más… Si Venetia aparece en su rancho, prometa que la enviará de regreso…

Y como el señor Santos no respondió, vacié mi caballito de un trago, me despedí con un gesto de la actriz y los presentes, y mi secretario y yo regresamos aquí. Ya lo sé, fue muy extraño, no lo voy a discutir.

Ahora cuéntame: ¿qué hiciste tú en este par de horas?

Espera, ¿tienes una mancha de sangre en las ropas? Ya veo. Hay albañiles que no toleran que los interroguen. Mucho menos si se trata de un ex policía.

No hallaste a don José: comprendo.

Preguntaste por el gerente del bar: entiendo.

Le preguntaste quiénes eran los leñadores de Edward James: no lo apruebo, me parece arriesgado, pero lo entiendo. Esos trabajadores son tan explosivos y bestiales que ni siquiera el comandante Margarito aceptó charlar con ellos: hasta donde sé, realiza sus investigaciones en otra dirección.

Tú sí fuiste a presentarte con ellos: repruebo por entero tu decisión. ¡Qué bárbaro! ¿Por qué buscaste a los leñadores y no a los carpinteros o a los albañiles?

Porque los carpinteros y albañiles tenían un trabajo fijo en la hacienda, de modo que, si yo caía muerto, ellos se quedaban sin empleo, y en cambio, los leñadores no: a ellos los hacíamos venir con escasa frecuencia: cada vez que necesitábamos talar algo. Por ende, los leñadores ganaban menos y no tenían mucho que perder si yo llegaba a faltar… bonita forma de razonar. Debes ser un buen detective… ¿Y entonces?

Les pediste que te llevaran al lugar del atentado y se rieron de ti: lo comprendo. ¿Quién querría resbalarse con esta lluvia?

¿Sacaste tu arma para convencerlos? Lo repruebo: mi gente no se conduce así. Nadie ha desenfundado un arma en Xilitla desde la Revolución mexicana. No me extraña que se hayan negado a llevarte.

Ah, vaya: ¿le entregaste tu arma al gerente del bar, en presencia de los albañiles, y le pediste que la guardara hasta tu regreso? Vaya, eso es valor. ¿Y qué pasó?

Te acompañaron los seis leñadores. Supongo que fue difícil seguirles el paso: se mueven como chivos de monte. El gerente iba junto a ti, el resto avanzaba a regañadientes. ¿Te caíste una vez? Eso explica tu pantalón roto. Y se burlaron: tu dignidad se hizo talco.

¿Tardaron media hora en llegar? Claro, no está lejos, pero bajo la lluvia todo es más lento en esas condiciones.

Examinaste el lugar, le pediste al jefe de leñadores que recreara el evento, ¿y qué te contestó? Don Manuel no es un hombre de muchas palabras…

Hubo que asesorarlo, hasta que entendiera qué es lo que estabas pidiendo: muy bien, ser amable nunca está de más en este planeta. ¿Y qué te contó? Le pediste que reconstruyera los hechos, y que dijera cuántos de los leñadores estaban con él en el momento del incidente. ¿Cuatro de cinco? ¿De verdad? ¿Y la quinta persona?

No lo puedo creer: ¿lo hizo Pedro? ¿El más burlón de los leñadores? Una vez mi secretario lo atrapó en esta misma casa, robando mis pertenencias.

No, no es necesario que digas nada más: te creo por completo. Pedro vino a pedirme dinero la semana pasada y no se lo di porque nunca se presenta a trabajar. Es el que más falta. Tiene problemas con el cigarrillo… Lo he despedido dos veces, porque mientras los demás están trabajando, este sujeto fuma lo que se encuentra en el campo, no sé si me entiendas; así que fue él… no lo hubiera esperado.

¿Le preguntaste si él soltó la cadena que sostenía los troncos? ¿Y tan sólo se rio? No puedo creerlo: aceptó la culpa, el canalla.

Oye, pero espera un momento: Pedro será un haragán, pero es un haragán muy fuerte. ¿No tuviste problemas para detenerlo?

¿Se liaron a golpes? ¿Levantó un tronco enorme del piso y lo movió como si fuera un bate de beisbol? Uf, ¿y tú qué hiciste? ¿Cómo saliste vivo de ahí, alma de Dios, si no llevabas el arma?

No lo puedo creer… ¿Le dijiste: Cuidado con la boa y él te creyó? No quiero imaginar qué pasó después, pero veo que tienes lastimados los nudillos. ¿Y lo dejaste en la policía, con el jefe Ricardo? ¿El comandante Margarito estaba ahí y se murió de la envida? ¿Que Margarito es muy torvo, y aunque fuiste tú quien detuvo al culpable, será Margarito quien se lleve el mérito de la detención? Vaya, veo que hay una historia muy larga, un rencor añejo entre ustedes, muy digno de una novela, pero no te voy a echar flores, sólo dime una cosa: ¿encerraron al agresor? ¿Y dices que no trabajaba para el señor Santos? ¿Es decir: que actuó por su cuenta? Perdona mis dudas, pero tengo derecho a asegurarme de que tu deducción es correcta[*].

La lluvia comienza otra vez… Claro que estoy preocupado. Ponte en mi lugar: ¿qué va a pasar conmigo si detuviste a la persona equivocada? Claro que me preocupo, ve cómo llueve: ¿qué no ves la tormenta?

---

[*] Si alguien desea saber más sobre dichas rencillas, puede consultar la novela *No manden flores*, obra del secretario que transcribe estas líneas.

6
Ladrón, asesino o espía

Dices que detuviste al culpable y ya puedo dormir tranquilo: no estoy tan seguro. Sospecho que el atentado es la tímida sombra de un peligro mayor. O para decirlo en otras palabras, se acaba la calma que concedió la tormenta. ¿Por qué estoy tan seguro? ¿Tú has escuchado el rugido de un jaguar? El hombre no está hecho para soportar ese impacto. Así debe ser la voz de la muerte. Yo he escuchado el rugido de un jabalí, la risa de una hiena, el ulular agresivo de un búho a medianoche, en el campo italiano, pero te aseguro que nada se compara con el rugido de un jaguar… Salvo una entrevista financiera.

Durante los últimos tres años me ha perseguido una reportera. Una periodista de *Forbes*, la famosa revista de finanzas, quiere hablar del oscuro manejo que le di a la fortuna familiar. Ha entrevistado a Peggy, a los Rockefeller y a los Rothschild, todos empresarios exitosos, pero también a mis hermanas y a mi contador, y no puede comprender que exista una persona como yo, que dilapida tanto dinero en obras que nunca devolverán la inversión, por citar sus palabras. Según su primera carta, esta reportera no puede comprender que no me dedique a transformar el arte en dinero, como un buen empresario, sino el dinero en arte, como un perdedor. Me sentí tan insultado al leer sus palabras que le respondí sin pensarlo: Estimada señorita Riverhead, no soy un mediocre. No he derrochado una fortuna, sino tres. Si quiere hablar del tema, venga a Xilitla u olvídese del asunto, y reciba saludos de Edward James… La posibilidad de revivir estos temas me interesa tanto como la llegada del Juicio Final.

Minutos antes de que llegaras tuve uno de los sueños más extraños de mi vida. En el sueño me encontraba aquí, en este mismo sillón, y quería levantarme. Habías llegado tú, y no quedaba claro quién eras y qué intenciones tenías. Aprovechando que no habías entrado aún a mi casa, fantasma, ladrón, espía o detective, luego de llamar sin éxito a los empleados que debían protegerme, logré ponerme de pie y, para mi sorpresa, me sentí ligero y renovado, como si mi cuerpo no recordara mi edad ni las lesiones recientes. Benditos analgésicos, pensé. Embriagado por la sensación

de bienestar en mi cuerpo, quise aprovechar esos minutos de gracia. Yo, que hace años no lograba caminar sin dolores, me vi atravesar esa puerta, bajar por el camino empedrado y caminar en dirección a Las Pozas.

Sentí que tenía veinte años de nuevo. La niebla se encontraba ahí, reposando a sus anchas, antes de ponerse a trabajar. Era tan majestuosa, y estaba tan extendida que se diría que no me hallaba en la selva, sino entre las nubes. Caramba, pensé, llevo veinte años aquí y este lugar nunca deja de sorprenderme. Si sobrevivo al intento de asesinato, me dije, escribiré un poema sobre la niebla. Diré que a veces un poco de niebla es necesaria, incluso recomendable para sanar el espíritu. Que la niebla es el único fantasma autorizado para recorrer este país. Que es magia portátil. Diré que es conveniente poner un poco de niebla al principio y al final de cada obra: hecho esto, el autor puede sentarse a esperar la visita de las palabras importantes, las que llegan a hurtadillas, sin permiso, las que uno escucha en esos raros momentos de terror o inquietud, cuando descubrimos que estamos vivos y solos a mitad de la noche. Los poetas somos como imanes: vamos por ahí y atraemos las palabras. ¿O qué piensas tú? ¿Las atraemos nosotros o son ellas quienes nos convocan, desde el principio de los tiempos, como si la humanidad estuviera dividida de acuerdo a las palabras importantes de sus vidas? En mi caso creo que he sido yo quien camina hacia ellas y las guarda, las colecciona y transcribe con profundo respeto, a fin de comprender y multiplicar su misterio.

En el sueño bajé hacia Las Pozas y me dirigí a la escalera para jaguares, cerca del camino principal; al acercarme descubrí un ave muy divertida, una especie de quetzal. El ave parecía llamarme con silbidos extravagantes y provocaba mi risa. Fue como si el ave fuera consciente de ello y se esmerara en hacerme reír. Ella silbaba y yo reía… Entonces sentí que me observaban. Al darme vuelta y mirar entre los troncos de los árboles descubrí una aparición: se trataba de una mujer desnuda, una mujer joven, que se paseaba sin una prenda de ropa por ahí. ¿Se estará bañando en Las Pozas?, pensé, quizás la tomé por sorpresa. En cuanto pretendí hablarle, corrió como un ocelote hacia la selva, donde la perdí de vista, bien oculta

tras las plantas y la niebla. Entonces escuché que algo se desplazaba alrededor de mí. Vaya que me preocupé: la paranoia de las últimas semanas, el método paranoico-crítico de Dalí me orilló a preguntarme qué pasaría si no era la joven quien se estaba acercando, sino otra persona, el sujeto que planeó mi atentado, por ejemplo, y comprendí cuán tonto era encontrarme a solas y expuesto a mitad de la selva a esas horas de la noche. Así que pregunté: ¿Quién está ahí?, con el tono más firme que pude, aferrando el bastón y un poco después, la joven asomó tras la escalera para jaguares. Pero al alzar la vista vi que se había puesto una máscara de jaguar. Sentí de nuevo esa sensación en el pecho y cuando abrí los ojos, mi secretario me esperaba a la entrada de esta habitación:

Eduardo, la reportera te aguarda en mi casa.

Bajamos por el camino empedrado, subimos al jeep y me llevó despacio hasta el pueblo. Me sentía como un condenado a muerte, con esa sensación terrible en el pecho. Cuando entré a la sala de mi secretario, la mujer examinaba un libro con grabados de Piranesi, que yo le regalé a mi colaborador, expuesto sobre un atril. Era una joven de treinta y tantos años, la melena color trigo recogida en un chongo, el cuerpo en un vestido negro diseñado por Elsa Schiaparelli, mi amiga y cómplice de tantas travesuras. Era un placer ver esos rizos gruesos y espesos coronando su rostro: una mata de rizos que caía a ambos lados de la cabeza, y se ajustaba en un nudo improvisado. Esa melena me recordó a Tilly, la primera vez que la vi.

Veo que le gustan los laberintos.

¿*Mister* James? La joven se sobresaltó. Soy Anne Riverhead.

No he dado muchas entrevistas a lo largo de mi vida, pues como opina mi contador, cada vez que hablo en público provoco un desastre. Ocurrió cuando tuve que sustituir a Dalí durante la conferencia de prensa de la Feria Internacional de Nueva York, para presentar *El sueño de Venus*. Sucedió cuando mi viejo amigo Randolph Churchill, que decía apreciarme, malversó mis palabras y escribió aquella nota retorcida a propósito de mi divorcio, dando como ciertas las mentiras de Tilly. Y, por supuesto, lo provoqué con mi desafortunada declaración a la prensa sobre la infame crítica que

hizo Stephen Spender a propósito de mi libro *The Bones of My Hand*, la cual fue reproducida por las peores, las más infames revistas de sociedad.

Desde el principio comprendí que la señorita Riverhead no se detendría ante nada si había viajado hasta allí para encontrarse conmigo.

¿Vino hasta aquí con esos zapatos? Usa tacón cubano: ¿Qué tal la trataron las calles del pueblo?

Se arregló un rizo:

No siempre visto con tanta elegancia. La línea aérea perdió mi maleta en los Estados Unidos y sólo tenía este vestido, que reservo para las fiestas de gala.

Tenía una voz suave y muy fresca.

Su jardín es asombroso, no me esperaba algo así. Lo he visitado a conciencia mientras usted se hallaba en el hospital… ¿Invirtió diez millones de dólares en este lugar? Estaba boquiabierta. Un hijo del rey que construye las ruinas de un reino… ¿Qué pensaría su padre, el rey Eduardo VII?

Comprendí que había llegado el momento de aclarar la verdad, y que ésa sería la única entrevista que me restaba.

¿Quiere confesiones? Bien, apunte esto: no soy, y repito, no soy hijo ilegítimo del rey Eduardo VII, como se ha dicho toda mi vida. Estoy harto del tema. Toda la vida he sido insultado y perseguido por ese rumor, pero como el caballero que soy, no podía responder. Verá, señorita: mi madre no fue amante del rey. De ningún modo: ella era *hija* del rey. Mi madre, Evy Forbes, fue hija de Eduardo VII y por eso el monarca iba a visitarla con inmensa ternura todas las tardes, a la casa de Monkton, no por un supuesto amorío, como se especula en mi tierra. Por eso mantengo no malos, sino estupendos lazos con la familia real. ¿Recuerda ese anillo de diamantes gigantesco, hecho de concreto, que está a la entrada de Las Pozas? Lo hice como una broma para la reina de Inglaterra, cuando ella era joven y soltera, y traté de convencerla de que se casara conmigo y se viniera a Xilitla.

La joven no podía creer lo que oía, así que serví dos caballitos de tequila.

Pregunte lo que quiera, le dije.

Dos horas después, la reportera y yo guardamos silencio. Mi secretario vino a abrir las cortinas, para que apreciáramos la bella vista nocturna, pues la niebla se las ingenió para subir a la casa y lamer el suelo frente a la alberca.

Qué belleza, dijo la reportera.

¿Le gusta la niebla? Las corrientes que vienen del golfo de México se topan con las montañas de la Sierra Madre y convierten la brisa en un espectáculo… No conozco otro lugar en la tierra en que la niebla venga a visitar tu jardín. Se entiende que la gente del pueblo cuente historias de duendes que salen a robar comida, a jugar con los niños y a robarse las cosas.

La mujer bebió el resto de su caballito de tequila. Unas veinte luces, una por cada casa con las luces encendidas, convertían la visión de la calle en otra Vía Láctea, más accesible y terrenal. Entonces dio la estocada final:

Una última cosa: luego de recibir críticas muy crueles de los críticos ingleses usted anunció que dejaría de publicar poemas con su propio nombre… Pero en los últimos años se han publicado los libros de un par de poetas muy buenos que recuperan los temas y recursos que usted manejó. ¿Sigue publicando poemas tras los seudónimos de Edward Silence y Edward Vayarta?

Vaya con el as que la señorita guardaba bajo la manga.

Está subiendo la niebla, me limité a sonreír.

Es verdad, reconoció la joven: Qué impresionante, sube por los muros de las casas, como si quisiera cubrir todo el pueblo.

Y se acarició los brazos.

Mire, me dijo, la niebla se mueve otra vez.

Pasamos al comedor, que estaba mucho más fresco, y mi secretario abrió las ventanas. Antes de entrar, sentí que algo crujía bajo mis pies: era el alacrán negro que me acechaba. Así son estos animales: cuando uno intenta echarlos se escabullen, pero el Azar termina por darles su merecido.

Ahora, con tu permiso, mi estimado fantasma, ladrón, espía o detective: quisiera regresar a ese sueño. La mujer jaguar y el caballero inglés se retiran y te deseamos que disfrutes la niebla. La bella, horripilante, sensual y magnífica niebla. Sobre la mesa del comedor coloqué tu pistola y también un sobre a tu nombre, que busca expresar mi gratitud. Tendremos que dejar para otra ocasión nuestra controversia inicial: que tengas buen viaje y que el tiempo decida quién es el fantasma.

7
El incidente parisino

Lo que voy a revelar no consta en las actas del surrealismo y, hasta donde sé, tampoco en la correspondencia o las entrevistas que han dado los involucrados. Al oírlo comprenderán por qué mi nombre aparece en muy pocas historias del arte contemporáneo y por qué, cada vez que volvía a encontrarme con alguno de los implicados, todos evitaban hablar del tema.

El último viernes de noviembre de 1924 yo estaba en París, sobre la avenida Saint-Germain-des-Prés, con mi último libro de poemas y un mono vivo en los brazos. Eran mis dos regalos para André Breton. Durante meses había soñado con conocer a uno de los poetas más importantes de Francia, el líder del recién creado movimiento surrealista, y por fin tendría la oportunidad, gracias a la intervención de René Magritte.

Me encontré con René y con su galerista, Camille Goemans, en el café Les Deux Magots. A René lo conocía de un tiempo a la fecha y aunque aún no lo patrocinaba, ya le había comprado dos cuadros. René es un hombre muy trabajador, dedicado por completo a su arte. En lugar de visitar mi casa en Londres o mi preciosa Villa Cimbrone en Italia, prefería quedarse en Bélgica a fin de seguir trabajando en sus impresionantes creaciones. Viajaba muy poco. Y si tenía que viajar, seguía pintando y dibujando, encerrado en el cuarto del hotel, en lugar de hacer turismo.

Cuando él y Goemans vieron el mono quedaron fascinados. Era un animalito negro y trompudo, de espeso pelaje oscuro, negro, más chico que un gato, que no paraba de moverse en el interior de la jaula, y nos estudiaba con sus brillantes ojos oscuros. Les conté que lo había comprado esa misma mañana en Les Halles, a un marino que venía de Marsella, convencido de que Breton sabría apreciarlo. Tomamos un par de cervezas para darnos valor y cuando daban las seis treinta fuimos al número 15 de la *rue* de Grenelle, a conocer el famoso Bureau de Recherches Surréalistes.

Tú, que no viviste el despertar del siglo xx, pero has oído hablar de los surrealistas, puedes imaginar mi emoción. Iba a conocer a los artistas más ambiciosos y radicales del mundo. No tenían ni siquiera

un año de haber comenzado sus primeras sesiones y su movimiento ya era célebre en toda Europa. Habían provocado escándalos, los habían llevado a la cárcel por insultos y agresiones, habían forzado los límites de la psique y de la escritura, todo el mundo hablaba de ellos. En sus filas estaban los mejores poetas de Francia: Aragon, Éluard, Desnos, Soupault, Crevel, Péret y algunos de los pintores más singulares: Max Ernst, André Masson, incluso Picasso y Francis Picabia simpatizaban con ellos. Cuando el mundo era joven, estos artistas supieron qué palabras susurrarle al oído.

Yo también intuía que sólo el sueño nos permite ser libres, como escribió, palabras más, palabras menos, mi admirado Paul Éluard. Cada mañana, apuntó Éluard, en todas las familias del mundo los hombres, las mujeres y los niños se cuentan sus sueños si no tienen otra cosa que hacer, ¿qué son el papel y la pluma, qué es escribir, qué es la poesía frente a ese gigante con músculos de nube? Y Aragon insistía: Debemos aceptar la existencia del sueño, esa materia que proviene de nuestro intelecto, pero no es un pensamiento, que se parece a las alucinaciones, pero provoca la explosión de nuestros sentidos, de modo que cuando estamos sumergidos en ella, aceptamos que el pensamiento es tan sólo una forma del sueño: reconozcamos su poder, nos azuzaba Aragon. Ambos marchaban al mismo paso que André Breton, el director de ese sueño colectivo, el poeta que en los *Manifiestos del surrealismo* le reclamó al hombre vivir bajo el reino de la lógica, poner la imaginación al servicio de la cordura, despertar y guardar sus sueños entre paréntesis a lo largo del día en lugar de usarlos como la llave que abre la puerta a lo maravilloso y fusionar sueño y realidad en una verdad superior. Yo, que me reconocí en esas arengas desde que supe de ellas, soñaba con conocerlos, y el día había llegado.

En lugar de enviar con anticipación mis textos, preferí presentarme en persona, como pregonaba el anuncio que habían hecho circular en toda revista y librería de París:

> El Bureau de Recherches Surréalistes abre de lunes a sábado de 4:30 h. a 6:30 h. Dos personas se encargan a diario de atender a

> los visitantes y registrar la actividad de su inconsciente si desean compartirla con nosotros. El surrealismo se propone reunir el mayor número posible de datos experimentales para un fin que será revelado más tarde. Todas las personas que puedan contribuir a la creación de los archivos surrealistas, sea que nos propongan un método para investigar la actividad de su psique, sea que deseen contarnos una serie de coincidencias asombrosas, contarnos sus sueños o exponer sus ideas más instintivas sobre cualquier tema de actualidad, están invitados a visitar nuestras oficinas.

Cualquiera podía presentarse allí, salvo los dadaístas, que dejaron de ser personas gratas luego de constantes discusiones explosivas. Breton, Naville, Éluard, Soupault, Desnos, Aragon y el mismo Giorgio de Chirico habían militado en las filas del dadaísmo antes de romper con el fundador, Tristan Tzara, hombre de ideas afiladas como un diamante y brutales como una locomotora sin frenos. Pero a causa de la timidez que me caracterizaba, no quise ir solo y preferí que Magritte me presentara a Breton. No es que Magritte formara parte del grupo desde entonces: apenas había conversado con André durante una de sus charlas, pero muy pronto simpatizaron y prometió visitarlo en el Bureau. Debido al incidente, supongo que ambos prefirieron borrar este encuentro de sus memorias o entrevistas, y fechar mucho más adelante el primer instante en que coincidieron. No los condeno por ello.

Como la mayoría de las construcciones en el Barrio Latino en esa época, el Bureau se hallaba en un edificio antiguo que pedía a gritos una remodelación. Estaba en la planta baja. Para entrar debías caminar bajo una bella columna de roca. Había algunos escalones hundidos en el interior del edificio y cuando nos invitaron a pasar advertí que a las paredes les urgía una profunda labor de limpieza.

Aspiré con fuerza: no todos los días se conoce a los artistas más arrojados del mundo. Me disponía a entrar, pero cuando tomé el picaporte éste se zafó. Me quedé con la perilla en la mano y, según escuché, la otra mitad cayó en el interior de las oficinas. Debí

reconocer el vaticinio, y regresar a Inglaterra en ese momento, pero no lo hice. Alguien se levantó del otro lado de la puerta, introdujo la barra de metal en el orificio y la puerta se abrió. Ahí comenzó mi viaje a lo inesperado.

Una mujer muy amable, con una sonrisa encantadora, nos hizo pasar y saludó de beso a Magritte. Es Simone Kahn, la esposa de André, susurró Goemans. Di dos pasos al frente, y vi que estaban todos en la sala: Artaud, Breton, Ernst, Éluard, Crevel, Desnos, Pierre Naville, Philippe Soupault, Louis Aragon, Man Ray y el mismísimo Giorgio de Chirico. Todos hablaban con entusiasmo de la sesión de hipnotismo que había tenido lugar unos minutos antes. Breton, que se hallaba de espaldas a mí, había hipnotizado por segunda vez a Desnos y logró que éste improvisara poemas asombrosos sobre los integrantes del grupo, todos estupendos y a la velocidad de una ametralladora. Mientras Ernst y Éluard felicitaban a André con apretones de manos, el doctor Pierre Naville, el especialista en ocultismo dentro del grupo, meneaba la cabeza y repetía: No es correcto hacer estas cosas así, hay fuerzas oscuras que no deben tomarse a la ligera. En eso Simone se inclinó sobre Breton, éste dio media vuelta y vino a recibirnos. René me tomó del brazo y me arrastró frente al líder: Éste es mi amigo inglés, el poeta del que te hablé. Yo le había rogado a Magritte que me presentara como lo que soy en esencia: un poeta y no un coleccionista ni un mecenas, mucho menos como un millonario ni como un heredero, a fin de no inclinar la balanza, y de permitir que Breton juzgara de manera imparcial lo que yo deseaba mostrarle. Breton, que se hallaba cansado pero satisfecho, peinó su melena de león y me estrechó la mano. Estudió con curiosidad mi libro de poemas, lo abrió y leyó uno al azar. Me miró a los ojos y sonrió: Nada mal, viejo. Entonces levanté la jaula y la destapé. Breton abrió unos ojos redondos al ver al monito que saltaba tras las barras metálicas y sonrió: No puedo creerlo, ¡qué maravilla! Es para usted, le dije, para el movimiento surrealista, quiero decir. Vaya, dijo André, muchas gracias. La atención de todos no tardó en concentrarse en el mono, y llovieron las bromas, pero Breton le pidió a su esposa que se llevara al mono de ahí, ya que estaba interrumpiendo la sesión, y es

que Breton siempre se tomó muy en serio lo que ocurría en las reuniones del grupo. La bella Simone, una mujer angelical, tomó la jaula, sonrió fascinada, y la guardó dentro del baño, en la tina.

Aunque el resto de esa sesión fue tan deslumbrante como podía serlo una reunión entre los primeros y más aguerridos miembros del grupo, aquellos dedicados a explorar la magia y lo inexplicable con todos los recursos a su alcance, puedo decir que el hecho más extraño de ese día ocurrió al final de la noche.

Yo no cesaba de estudiar el lugar, repleto de objetos fascinantes. En un rincón de la pared habían colgado dos espadas, un florete y un garrote que parecía medieval. Había un espejo deformante junto a la entrada, con un letrero que decía: "Donado por Man Ray". En la pared del fondo, un maniquí femenino, de color blanco, colgaba desnudo sobre media docena de cuadros de De Chirico, de Picabia, de Picasso, de Max Ernst y un par de dibujos de Max Morise. El cuadro de Giorgio de Chirico era uno de sus paisajes con calles melancólicas y vistas en perspectiva, como si las hubiera captado bajo la luz interminable del atardecer italiano. Por deformación profesional, revisé el librero: tenía un ejemplar de la *Introducción al psicoanálisis*, de Sigmund Freud, un volumen con las aventuras de *Fantomas*, un *Traité de Métapsychique* del reciente premio Nobel francés, el doctor Charles Richet, y diversos libros de poesía o novela: *Les Chants de Maldoror*, *Crimen y castigo*, *El superhombre*, de Nietzsche y un libro del propio André: *Les pas perdus*. Una estufa nos calentaba a todos desde un rincón de la sala, pero apenas había suficientes sillas y sillones, de modo que en promedio había dos surrealistas sentados en cada silla.

Cuando la calma se restableció, se ocuparon de cosas prácticas: Artaud insistía en que los miembros del grupo promovieran con mayor eficiencia las suscripciones a la revista (cuarenta y cinco francos por cuatro números si vivías dentro de Francia, cincuenta y cinco si residías en el extranjero) y Marcel Duhamel, que pronto haría una estupenda carrera como editor en la casa Gallimard, donde fundaría la famosa Série Noir, nos recordó que todos debíamos donar cincuenta francos para la publicación del siguiente número de *La Revolución Surrealista*. Vi cómo Péret, Artaud y

muchos otros metían las manos en sus bolsillos vacíos, preocupados. Cuando le llegó su turno, Magritte les recordó que ese día debían hacerse un retrato en el fotomatón, pero, ojo, subrayó, con los ojos cerrados, como si estuviesen dormidos o muertos. ¿Qué expresión quieres?, preguntó Crevel, ¿debemos estar muertos o dormidos? Haz lo que tú quieras, dijo Breton, y el pobre de Crevel, que meses después iba a suicidarse, escuchó muy impresionado esa respuesta. Apremiados por Magritte, todos acordaron entregar las fotos sin falta el próximo jueves y ahí concluyó la sesión. Breton me obsequió un ejemplar de sus *Manifiestos del surrealismo*, publicados por Gallimard, y la reunión terminó con numerosos aplausos.

Pasamos el resto de la tarde en un bar de la *rue* Mouffetard, donde Man Ray había preparado una cena para los presentes. ¡Vaya delicia de jamones, de ensaladas y de quesos los que nos ofrecieron allí! ¡Qué maravilla de vino! Un Faugères exquisito. En algún momento trajeron un plato con tapas para las mujeres que acababan de llegar, y Benjamin Péret, que entró tarde al bar y se moría de hambre, tomó el plato y se dedicó a comerse las tapas con fruición. Cuando Breton le dijo que ese plato era para las señoritas y que no abusara, Péret siguió comiendo sin hacer caso a su líder; entonces Breton se le fue encima, dispuesto a pegarle, pero Péret fue más ágil: tomó el plato de tapas, saltó lejos del alcance de André y siguió comiendo. Breton estaba furioso y persiguió a Péret entre las mesas del restaurante, pero Péret, que era mucho más rápido, se dio el lujo de bailar un vals sin soltar el plato. Por fin Éluard y Aragon, que no podían de la risa, convencieron a Breton de que desistiera, y no paramos de reír hasta que el gerente nos anunció que debía cerrar.

Salíamos todos del bar dispuestos a cambiar el mundo cuando Breton increpó a Péret: ¿Quién va a montar guardia en el Bureau? Nadie, André, respondió Péret, no asignamos la labor a nadie. ¡Cómo es posible!, rugió Breton, el despacho no se puede quedar solo esta noche: siempre debe haber alguien montando guardia. Yo iba a decirle que estaba loco, ¿quién se tomaría el trabajo de asaltar las oficinas para llevarse los cuestionarios y los dibujos? Pero los demás guardaron un silencio respetuoso, y es que Breton tenía otra vez esa

expresión de iluminado, de Juana de Arco, como diríamos más tarde Dalí y yo, y todos los jóvenes surrealistas, los caballeros andantes del sueño, se lo tomaron en serio.

Uno de los más desaliñados y delgados de los presentes, cabello largo y el sobretodo negro de rigor, dio dos pasos al frente y se ofreció con voz de encantador profesional: Yo puedo vigilar esta noche. Era Antonin Artaud. Antes de que los demás suspiraran aliviados, otro de los poetas dijo: De todas formas, Artaud no tiene dónde dormir. No me gustó el comentario, ni la carcajada que soltaron muchos de los poetas, así que di dos pasos al frente y me ofrecí: Cuenten conmigo también. Magritte hizo lo mismo, un poco por solidaridad conmigo, aunque era evidente que prefería irse a dormir con Georgette. Goemans, como buen belga, se solidarizó con su compatriota y dio otro paso adelante.

Breton nos dio las llaves con solemnidad: No dejen entrar a nadie. Y con su mejor mirada de vidente, agregó: Se prepara un ataque contra nosotros y el diablo mismo va a encabezarlo. Y agregó en voz baja: Si algo ocurre, llámenme e iré a buscarlos con mi arma. Estuve a nada de decirle: Por favor, André, ¿quién va a atacar ese sitio? Pero todos estaban muy callados, así que asentí con seriedad y regresamos al número 15 de la calle Grenelle. En el camino Magritte, que estaba muy impresionado por las gárgolas de las iglesias antiguas, me tomó por el brazo: ¿No irá a aparecerse el demonio, o sí? En parte porque había bebido demasiado, y en parte porque las empinadas calles del Barrio Latino me habían dejado sin aliento, no tuve palabras para tranquilizar a René. Yo cargaba dos botellas de vino en mi gabardina, así que luego de subir por la calle Mouffetard, bajar por la calle des Écoles, de perdernos alrededor del jardín de Luxemburgo y bajar por una callejuela hasta Saint-Germain con todo ese sobrepeso, balbuceé: No tengo idea, y seguí caminando.

Cuando ocurre un suceso extraordinario hay que contarlo con toda precisión, y eso es lo que me propongo. En el momento de llegar al Bureau, un mendigo yacía frente al edificio, mucho más ebrio que todos nosotros. Al vernos llegar, nos dijo desde el interior de la zona de nadie etílica en que se encontraba:

Hay un demonio allá arriba.

¿Qué?, se extrañó Artaud.

El mendigo parecía delirar:

Oí al demonio en persona… sus gritos hielan la sangre…

Magritte casi se desmaya al oír esto y Antonin asintió, como si el mendigo, en lugar de delirar, fuera un profeta.

Esto no me gusta nada, sentenció Artaud.

Entramos de puntitas por la puerta principal. Nos deslizamos discretos, como gatos negros, por lo menos Antonin y yo, ya que Goemans se tropezó con un bote de basura que uno de los vecinos había colocado en el pasillo. Artaud nos indicó que guardásemos silencio y abrió con cuidado.

El poeta recorrió el Bureau como si estuviera midiendo el espacio y se cercioró de que no hubiera nada raro tras las cortinas, como si el mismo Macbeth o los Capuleto pudiesen esconderse allí. Cuando dijo: Todo está en orden, Magritte volvió a respirar. Yo estaba a punto de destapar una de las dos botellas que había sacado de mi gabardina, pero Antonin nos ordenó silencio con un gesto que no admitía interrupción: ¿Oyeron eso?

Agucé el oído. Y no, no se oía nada. Aguardamos un instante y dado que el ruido no se repitió, destapé la primera botella. Ofrecí un trago a los belgas, que lo necesitaban, y otro a Antonin, que bebió una buena cantidad de golpe. Artaud se había sentado detrás del escritorio y encendió una vela: No tomen a juego la advertencia del mendigo, por su boca habla lo divino. Y agregó: La noche corre como un río; si el diablo desea hacer una visita lo intentará pronto: es más de la medianoche. Magritte, muy inquieto, sugirió que encendieran la luz, el pobre Magritte, y en eso oímos los pasos: una, o dos, o quizá tres personas o una cosa de seis patas caminaba por el pasillo hacia nosotros, y se detuvo tras la puerta. Cuando se hizo evidente que había alguien o algo allí afuera y que ese alguien o algo buscaba el modo de entrar, Artaud apagó la vela y nos ordenó ocultarnos tras las cortinas. La puerta se abrió y una linterna iluminó el interior del Bureau. Acto seguido, tres sombras avanzaron y cerraron la puerta a sus espaldas. Una de ellas encendió la lamparita de la entrada.

Eran Tristan Tzara, Marcel Duchamp, Raoul Hausmann y Francis Picabia. Los dadaístas, vaya. Tzara llevaba el monóculo que lo caracterizaba y miró con odio extremo el local. Son unos cerdos, ahora verán, pero Picabia lo contuvo: Primero mi cuadro, dijo el pintor, bájenlo antes de que se lastime. Tzara y Hausmann se subieron a un par de sillas y se concentraron en retirar el cuadro de Picabia que colgaba en el Bureau, que por lo visto no resultó fácil, ya que el marco estaba atornillado a la pared. Entretanto, Marcel Duchamp, más observador que los anteriores, avanzó hasta la botella de vino abierta y la olfateó: Señores, les dijo, aquí hay una botella abierta, y concluyó de inmediato: Están aquí. Al oír esto salimos de detrás de las cortinas: Ladrones, dejen en paz ese cuadro; Por supuesto que no, estoy en mi más completo derecho, soy el autor de esta obra; Son ustedes unos cerdos; Mira quién habla. Tuve que intervenir, pues Hausmann manoteaba con Goemans y Tzara se acercó con intenciones aviesas a la espada que colgaba de la pared. Viejos, viejos, somos poetas, no vamos a pelearnos si podemos discutir. Mucho más tranquilo que sus colegas, Marcel fue el primero en asentir. Le serví una copa y me explicó todo: esa tarde Picabia se sintió muy ofendido por los comentarios de Breton contra el dadaísmo y decidió retirar el cuadro que le obsequió al grupo… situación que aprovechó Tzara para lavar de una vez por todas las afrentas recibidas, ultrajando él también el Bureau. Pero Artaud fue firme, y no permitió que bajaran el cuadro. Cuando les hice notar que si seguían jalando el marco el cuadro podría estropearse y sería una pena, Tzara y Hausmann se calmaron. En cuanto los hombres del monóculo bajaron de las sillas, Marcel tomó la segunda botella que llevé esa noche y les sirvió dos copas muy generosas, luego a Picabia, a Artaud, a Goemans e incluso a Magritte, que ya no quería beber más. Al dar el primer trago, todos decían: Pero qué bueno está, ¿qué es? Y yo respondía: Un Faugères, que me encontré por ahí. Pronto habíamos descorchado la segunda botella y todos, salvo Tzara, que seguía con ánimo belicoso, nos reíamos de la lucha entre Breton y Tristan. Cuando el vino estaba por terminarse, Picabia, que parecía conocer el lugar, abrió un

gabinete y sacó una botella de coñac que él mismo le había enviado a Breton.

La *rue* de Grenelle nunca ha sido muy silenciosa. Hasta el siglo xiv se llamó Calle de las Vacas, y luego Calle de la Justicia, pues conducía a un tribunal, y sólo ostenta su nombre actual de un par de siglos para acá. Está en el centro de la acción nocturna: cerca de Saint-Germain y a una cuadra del Café de Flore. Pero a eso de la una y media no había vacas ni justicia: los únicos ruidosos éramos nosotros.

Te podrás imaginar: ellos, los dadaístas, acusaban a Breton de protagonismo. Los surrealistas regresaban los insultos por boca de Artaud y argumentaban que no, que quienes abandonaron la lucha inicial fueron ellos, Tzara a la cabeza con su narcisismo. Sentado frente a mí, Picabia se bebía la botella de coñac y a cada trago decía: Quiero que me regresen mi cuadro. Eran ya las tres y media de la madrugada, la ciudad estaba en relativa calma, si exceptuamos nuestras bravatas, y seguíamos discutiendo si el cuadro de Picabia se iba o no, cuando ocurrió el suceso excepcional. Artaud, bastante borracho, gritó: Pues bien, ¡que el diablo se los lleve! Y en ese mismo instante oímos un rugido horrible, que nos heló la sangre, un sonido atronador, que parecía salir de las paredes. ¿Qué fue eso?, gritó Tzara. Es el diablo, gritó Artaud con una voz nasal y burlona, y un escalofrío me recorrió la espalda. Todos los presentes, incluso Tzara y Hausmann se habían puesto de pie, y buscaban, nerviosos, la puerta de salida. Hausmann se llevaba una mano al cuello, como si una garra invisible apretara su garganta. Duchamp me miró con urgencia: ¿Se escapó un tigre? ¿Se escapó un tigre del Jardin des Plantes? En la oscuridad, la hipótesis me pareció plausible, dado que había una pareja de tigres en el famoso Jardin, no lejos de las oficinas, y concluir que el tigre estaba ahí, en los alrededores del Bureau, no fue complicado. Yo me dije: Bueno, si hay un tigre no hay que preocuparse, estoy con algunas de las personas más brillantes de mi generación, van a pensar en algo. Pero lejos de la alta opinión que tenía de ellos, alguien gritó: ¡Vamos a morir! Todos nos pusimos de pie y corrimos a la puerta. Magritte tiró una silla, y el ruido molestó de modo muy personal al diablo, o al tigre, que

rugió de un modo atronador, mucho más fuerte que la vez anterior. Era espeluznante: ¿alguna vez has escuchado de cerca el rugido de un tigre? Nadie está preparado para ese tono que hiela la sangre. El que lo escucha una vez no puede olvidarlo, y lo escuchará siempre en sus noches de insomnio. Olvidando nuestras diferencias artísticas, que en ese momento nos parecían ridículas, todos corrimos a la puerta al mismo tiempo, con tan mala suerte que volvimos a zafar el picaporte. Picabia, que había bebido demasiado, y fue el último en levantarse, tropezó y rompió la lámpara central. Dado que las cortinas estaban cerradas, quedamos sumidos en una oscuridad casi absoluta, y muy preocupante. ¡Abran!, gritó uno de nosotros, y Goemans, que había quedado prensado entre la puerta y nosotros, gritó: ¡Se rompió la manija, estamos encerrados! Pero ¿qué diablos es eso?, estalló Duchamp, ¿qué diablos es?

Se oyó el rugido por tercera vez. Parecía que el tigre se encontraba en la habitación. Todos queríamos salir, pero no había manera, era una puerta gruesa y bien instalada en los bordes, hecha para resistir a la historia. En el tropel que se generó, Duchamp tuvo la cordura para susurrar: ¡Silencio! ¡No se muevan! ¡No lo perturben! La solución nos pareció adecuada, y poco a poco dejamos incluso de respirar. Si el tigre estaba allí, no debíamos enfurecerlo. Para entonces algunos vecinos habían salido al pasillo y podía oír sus voces: Dios santo, pero ¿qué fue eso? Uno de los habitantes del edificio se acercó y golpeó nuestra puerta: ¿Qué pasa ahí dentro, señores? ¿Qué es ese escándalo? Al oír los golpes, el monstruo volvió a rugir. No nos quedaba ninguna duda de que el tigre había entrado y estaba allí, en alguna parte del Bureau. Quizá entró por las ventanas abiertas, después de todo estábamos a ras del suelo, y aunque estuviéramos en el primer piso, ¿qué dificultad representa para un tigre saltar a un balcón y entrar por una ventana? Tzara se abrió paso como pudo hasta la orilla de la puerta, y desde ahí susurró a los vecinos, con la voz más bajita que le escuché jamás: Auxilio. Auxilio. Un hombre de edad respondió desde fuera: ¿Qué sucede allí adentro? Y Tzara dijo con un hilito de voz: Hay un tigre. ¿Un qué?, gritó el hombre. Shht, susurró Tzara con un hilito de voz, un tigre, hay un tigre. Dios, no escucho nada, estalló el anciano,

¿cómo dice? ¡Hable fuerte, por favor! Y golpeó la puerta. El animal lanzó su rugido de nuevo: creí que íbamos a morir. El hombre que estaba en el pasillo gritó: Dios mío, ¿qué fue eso? Un tigre, suplicó Tzara, vaya a buscar ayuda. ¡Y un cerrajero!, añadió Picabia. El vecino susurró: Voy por ayuda, y lo oímos caminar y decir a su paso: ¡Entren a sus casas, cierren las puertas, hay un tigre en el edificio!

La sensatez recomendaba quedarnos inmóviles, pero luego de comprender que si el tigre nos descubría teníamos pocas posibilidades de vivir, uno de entre nosotros, el único que tuvo el valor necesario, dio un paso al frente y dijo: Ya basta. Ese hombre fue mi amigo René Magritte. Aunque intenté detenerlo, Magritte tomó el garrote medieval que estaba colgado en el Bureau, y caminó en medio de la casi completa oscuridad en que nos encontrábamos a fin de explorar el peligro. Un rayo de luz proveniente de las farolas se colaba por la única cortina entreabierta, y pude distinguir a René avanzar con osadía a lo largo de la sala. Al instante, uno de nosotros lo alcanzó, creo que fue Goemans. Magritte echó un vistazo a la cocina, donde todo parecía estar en orden, y se dirigió a la puerta del baño. Era un baño muy amplio, como los que podían encontrarse entonces en los edificios más antiguos de París, con espacio suficiente para fundar una academia de baile entre el lavabo y la tina, y comprendió que, si el tigre había entrado, debía hallarse allí. De inmediato todos le chistamos: ¡René! ¡No lo hagas! Pero era demasiado tarde: René le indicó a su ayudante, creo que era Goemans, que abriera la puerta a la cuenta de tres, y alzó el arma que llevaba en las manos. Su ayudante giró el picaporte y, para terror nuestro, abrió la puerta poco a poco. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del baño, Magritte bajó el garrote y nos miró: Esto no es un tigre. En el acto encendió la luz del baño y vimos que en el centro de la habitación, abandonada en el piso, rodaba la jaula con el monito que le obsequié a Breton esa tarde. ¡El mono! Por culpa de la emoción de ese día, lo había olvidado por completo. Todavía rugió una vez más, aunque sin tanta convicción. Era un mono mexicano de la especie conocida como "saraguato" que, a pesar de su minúsculo tamaño es capaz de lanzar un rugido que te hiela la sangre. Nunca olvidaré la mirada que me dedicaron

mis colegas. Mientras los presentes se recuperaban, entré al baño, tomé la jaula, dije: Buenas noches, señores, y me fui de ahí como se va un surrealista: antes, mucho antes de que llegara la policía.

Aclaración sin fantasmas

La vida de Edward James parece una versión surrealista de *Las mil y una noches*.

La manera como James llegó a Xilitla disfrazado de momia suena a leyenda, pero así sucedió.

Su amistad con Dalí parece un delirio, pero es verdad. En este relato me concentré en la parte creativa: a quien desee conocer en profundidad la amistad de James con el pintor catalán le recomiendo el monumental libro de Ian Gibson, *La vida desaforada de Salvador Dalí*, sin duda la referencia indiscutible en lo que se refiere a la vida del creador de Figueras, donde el lector podrá encontrar en detalle la verdadera historia de Dalí, Buñuel y las hormigas. Disfruten a Gibson, extraordinario escritor. Por el material inédito al que tuvo acceso, también es de gran interés el trabajo de Meredith Etherington-Smith: *The Persistence of Memory: A Biography of Dalí* (Sinclair-Stevenson, Londres, 1992).

El amor entre Leonora Carrington y Max Ernst es tan verdadero como la leyenda de ambos pintores. Lo cuentan el propio Ernst y sus biógrafos en el catálogo de su exposición retrospectiva (Edward Quinn: *Max Ernst*, Ediciones Polígrafa, Barcelona, 1977, con textos de Uwe M. Schneede, Patrick Waldberg y Diane Waldman). Julotte Roche lo contó como si fuera una novela en su delicioso, fascinante libro, *Max y Leonora* (Ediciones Era, México, 2001). En 2011 Elena Poniatowska narró esta historia de amor desde el punto de vista de Leonora con riqueza de detalles, en la novela homónima. Yo me propuse contar la versión de Ernst.

La poeta estadounidense Susan Griffin evocó la última historia de Robert Desnos en *The Impossible Will Take a Little While* (edición de Paul Rogat Loeb, Basic Books, Nueva York, 2011). Si no fuera verdad, es deslumbrante.

El encuentro con Peggy Guggenheim pudo ocurrir: ella y James compartieron amigos, países y artistas a lo largo de los años.

La historia de Edward y Tilly Losch la dan por cierta muchos de sus biógrafos, pero acaso no ocurrió como James la contaba.

La historia del tigre me la contó el doctor Freddy Domínguez. Podría ser verdad.

La historia de la avioneta en Nueva York me la contó un amigo de James. Podría ser mentira.

Sólo el encuentro con el jaguar y la charla con un capo de la Revolución mexicana son enteramente ficticios, es decir: son verdad dentro de esta narración.

No tiene sentido preguntarse si una historia es verdad o es mentira dentro de un libro de ficción. Lo importante es que la historia sea tan buena que parezca verdadera y nos empuje a realizar los mayores sacrificios, los viajes más descabellados, las aventuras más inesperadas para comprobarla, volver a contarla y añadirle otra habitación a la realidad. La insólita vida de Edward James cumple con estos requisitos.

Y, por último, quiero decir la verdad: agradezco a Doré Castillo, que me ayudó a conocer el estado de San Luis Potosí con el amor que ella le tiene. A mis hijos Mateo, Mariana y Joaquín, que construían arquitecturas fantásticas con los cojines de mi sala mientras escribía este libro. A mis hermanas Angélica y Rosario, a mis primos Barragán: Andrea, Pablo, Salvador; a mis primos Heredia: Jesús, Mariano, Melín, Paty†; y a mis primos Solares: César, Aída y Silvia por el cariño. A Augusto Cruz, Francisco Barrenechea, Hugo Hiriart, Guita Schyfter, Ximena y Sebastián Hiriart, Gerardo Lammers, Néstor y Erika Pérez, Jaime Martínez y Lorenza Barragán: por la amistad sin interrupciones. A Luis Carlos Fuentes, por los consejos que me ha dado entre Mixcoac y Tequisquiapan. A Manuel Monroy, por su amistad y el privilegio de contar con su visión artística en mis libros. A Marijke Van Rosmalen, Tayde Bautista, Diana Agamez, Carol Padrón, Jorge Lestrade Sadurni, Jesús Guinto, Alberto Pérez-Martínez y Ernesto Ramírez, por nuestras conversaciones semanales. A Antonio Ortuño, Laura Baeza, Eduardo

Antonio Parra, Xavier y Adriana Velasco, Élmer y Leonor Mendoza, por su amistad y complicidad literaria.

Mi agradecimiento más sincero es para Andrés Ramírez, Nayeli García y Eloísa Nava, mis editores en Random House. Al ingeniero Jorge Modesto Rolland, que me explicó algunos conceptos de ingeniería necesarios para imaginar este libro. Al maestro Francisco Toledo, que aceptó contarme sus charlas con Max Ernst. A Rogelio Flores Manríquez, que me contó las ideas fascinantes de Ernst sobre la pintura. A Isabel Galán, por su hospitalidad, sus consejos y su apoyo en esta investigación. A Sharon-Michi Kusunoki por abrirme las puertas de Monkton House y orientarme en esta búsqueda. Al generoso azar, que me permitió encontrar en una biblioteca de Sussex un ejemplar de la biografía no autorizada de James, escrita por su secretario inglés, John Lowe (*Edward James. A Surrealist Life*, Collins, 1991). A Eugenio Cabrera, Gabi y Luisa Gastélum, por el invaluable testimonio que representa *Mi tío Edward. Relatos del castillo* (Imprenta Litoprocess, México, 2011), donde me enteré de que los verdaderos nombres de las boas del poeta eran Pancho y Och Kaan. A Plutarco Gastélum Llamazares, por su defensa de la memoria de su padre en la creación de Las Pozas. Y de modo muy especial a Luis Félix Rojas, que me ofreció su hospitalidad y durante dos semanas me contó la historia verdadera de su inaudita amistad con Edward James. A él, a su esposa Elena y a su hija Bárbara, mi mayor agradecimiento.

Una noche en la selva

1 Un millonario conoce a una bailarina

2 Por culpa de mi dinero

3 El hombre que fue Salvador Dalí

4 El ojo de la tormenta

5 Cuando la Revolución surrealista conoció a la Revolución mexicana

6 Ladrón, asesino o espía

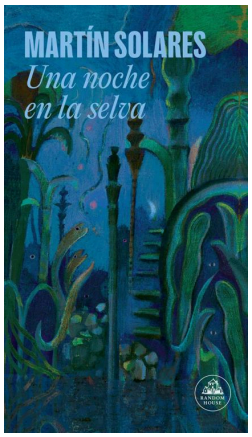
7 El incidente parisino

Aclaración sin fantasmas



Martín Solares (Tampico, 1970) ha publicado dos novelas sobre la violencia en el Golfo de México: Los minutos negros y No manden flores; dos libros de ensayos: Cómo dibujar una novela y El fantasma de la novela; y tres novelas policiacas sobre la Francia de 1927: Catorce colmillos, Muerte en el jardín de la luna y Cómo vi a la Mujer Desnuda cuando entraba en el bosque, ganadores o finalistas de diversos premios internacionales y traducidos a varios idiomas.

Ha sido finalista del Premio Rómulo Gallegos en dos ocasiones (2007 y 2025). Los minutos negros fue adaptada al cine por el director Mario Muñoz y fue nominada al Ariel al mejor guion adaptado.



Es de noche y un encuentro inquietante tiene lugar en la selva huasteca. El artista inglés Edward James conversa con un desconocido, semioculto en la niebla: ¿un fantasma, un ladrón, un espía o el hombre que intentó asesinarlo? El creador del único jardín surrealista del mundo comprende que solo una buena historia podrá salvarlo. A medida que evoca a los fantasmas de Salvador Dalí, André Breton, Peggy Guggenheim, Leonora Carrington y otros más, las sospechas y el peligro se incrementan.

En esta novela hipnótica, Martín Solares nos cuenta la vida de Edward James con las estrategias de Las mil y una noches.

Table of Contents

Una noche en la selva
Créditos
Dedicatoria
1 Un millonario conoce a una bailarina
2 Por culpa de mi dinero
3 El hombre que fue Salvador Dalí
4 El ojo de la tormenta
5 Cuando la Revolución surrealista conoció a la Revolución mexicana
6 Ladrón, asesino o espía
7 El incidente parisino
Aclaración sin fantasmas
Índice
Sobre la autor
Sobre este libro